LOS MONUMENTOS CARDINALES DE ESPAÑA

VII

LA ALHAMBRA

Y EL GENERALIFE

R. - 31.889

LOS MONUMENTOS CARDINALES DE ESPAÑA

VII

LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE

por

L. TORRES BALBÁS

EDITORIAL PLUS·ULTRA
Lagasca, 102 MADRID

ÍNDICE

LA ALHAMBRA

I. HACIA LA ALHAMBRA 17
La puerta de la Xarea, o de la Justicia 20

II. LA ALCAZABA 25
La plaza de Armas 27
La torre de la Vela 27
La puerta primitiva y el baluarte 28
Las torres del Homenaje y Quebrada 28
La torre y la puerta de las Armas 29

III. PLAZA DE LOS ALJIBES Y PALACIO DE CARLOS V. 31
La puerta del Vino 31
La Casa Real nueva, o Palacio de Carlos V. 33

IV. LA CASA REAL VIEJA. 45
Ingreso y patio de Machuca, o del Mexuar. 50
El Mexuar 53
El oratorio del Mexuar. 54
El patio del Cuarto Dorado. 55
El Cuarto de Comares. 57
El patio de Comares. 61
La sala de la Barca. 67
La torre y la sala de Comares. 67
El Baño Real. 74
La torre del Peinador 78
Las habitaciones de Carlos V. 80
El Cuarto y el patio de los Leones. 87
La sala de las Dos Hermanas y el mirador de Daraxa. 96
La sala de los Abencerrajes 105
El patio del Harén 110
La sala de los Reyes 111

V. El Partal y las Torres. 117
El oratorio del Partal 122
La torre de los Picos 123
La torre de la Cautiva 128
La torre de las Infantas 129
La puerta de los Siete Suelos 132

EL GENERALIFE

La antigua subida 140
Los patios bajos 140
La entrada actual: el paseo de los Cipreses 141
El patio de la Acequia 143
El patio de los Cipreses 149
Los jardines altos y la escalera con canalillos en los pretiles 151

Notas 157

IMPRESO EN ALDUS, S. A., MADRID, 1953.

HAY en el movimiento cultural de nuestro tiempo una exigencia que se impone a cualquier tarea: la brevedad. Cuando en el siglo XIX se acometió la empresa de publicar Los Monumentos Arquitectónicos de España, *ello fué en enormes infolios, abundantísimos en literatura nada concisa, dirigida, naturalmente, a una minoría de eruditos y estudiosos. Pero cuando el regalo de la cultura está pasando a las mayorías, es preciso recortar toda palabra e ilustración superfluas, para que el estudio llegue a cualquier formación intelectiva, incluso a las menos familiarizadas con la materia. Así surgió la idea de* LOS MONUMENTOS CARDINALES DE ESPAÑA.

Al acometer la publicación de esta serie, hemos tratado de aunar dos intentos: el de presentar una colección de monografías rigurosamente informadas y escritas, que verse sobre los edificios más preclaros de nuestra historia artística (catedrales, palacios, monasterios, alcázares, mezquitas, etc.), y el de que estas mismas monografías sirvan para visitar, con cumplida suma de datos, el monumento en cuestión. No son una serie más de guías turísticas. Y ello por varias razones. En primer lugar, porque evitan la prolijidad descriptiva y catalogal, en gracia a una supervisión de mayor nivel, sintética,

que abarque a todo el monumento. Luego, porque lo más ambicioso de nuestro intento radica en suprimir la sequedad informativa de las guías al uso, para prestar cierta gracia y calor a las ilustres piedras de que se trata. Así, pues, tal como la entendemos, la serie LOS MONUMENTOS CARDINALES DE ESPAÑA *está compuesta de libros selectos, como encargados a una también escogida formación de críticos hispanos, pero que son, al mismo tiempo, libros especialmente dedicados a todos los hombres y mujeres de cultura normal y general, a esa masa de españoles e hispanoamericanos, cada día más numerosa y despierta, para quien el dato histórico no debe flotar inerte, sino acompañado de las más varias resonancias y sugerencias y revestido con ese cariño literario, humanístico, que suele faltar incluso a las mejores guías turísticas.*

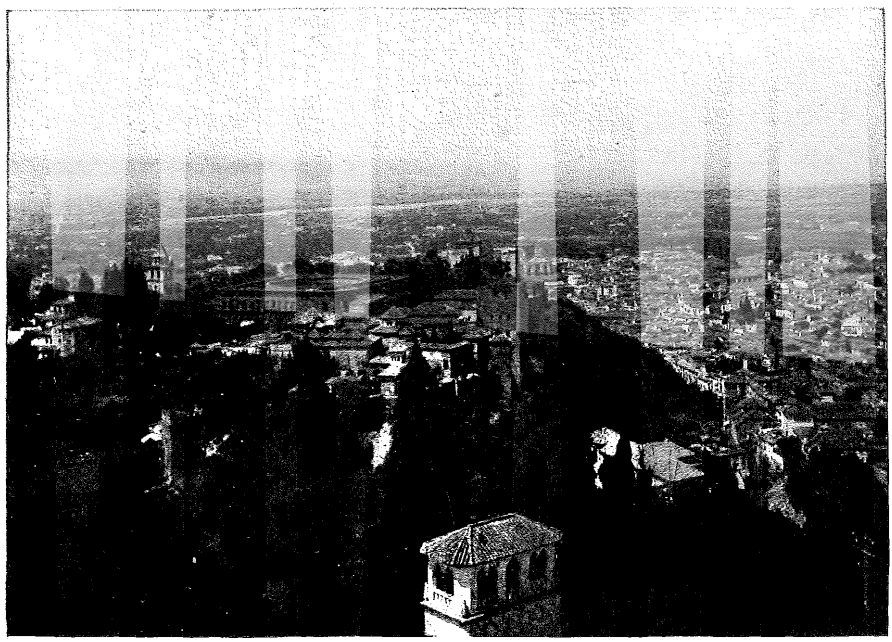
Elemento máximo de esta publicación lo constituyen sus ilustraciones. Nuestro tiempo es quien descubrió, no sólo que la sabiduría debe entrar por los ojos tanto como por los oídos, sino que, en materia de arte plástica, la vista es el más rápido, sensible e inteligente de todos los medios humanos de captación. En nuestras monografías LOS MONUMENTOS CARDINALES DE ESPAÑA, *la retina será el lazarillo incomparable del intelecto. Las fotografías todas, con que presentamos cada uno de esos monumentos, han sido hechas expresamente para nuestra publicación. Su belleza y perfección llegan al punto de hablarnos instantáneamente y con más elocuencia, muchas veces, de la que es capaz de alcanzar prolijamente la palabra humana. No pocas de estas fotografías sorprenderán al lector, en calidad, a su vez, de verdaderas obras de arte. En fin: hemos pretendido que al contemplar uno de esos monumentos augustos, con nuestra monografía en la mano, o después de haberla leído y admirado con deleite, se tenga de aquél una visión, una comprensión y un recuerdo imborrables.*

En último término, hemos realizado un verdadero esfuerzo (mucho más difícil de lo que vulgarmente puede suponerse, dados los tiempos que corremos) para que el conjunto de nuestra compleja

labor pudiese resolverse, con relación a la masa de lectores selectos a la cual va dedicada, en un precio asequible a todos ellos, sin distinción de categorías ni medios sociales. Y ésta es, tal vez, de cuantas cosas nos propusimos, la única sobre la cual podemos atrevernos a afirmar que la hemos alcanzado plenamente. Basta comparar el decoro de esta edición con el precio que lleva, para comprobarlo.

Y aquí dejamos al público enfrentarse a solas con LOS MONUMENTOS CARDINALES DE ESPAÑA. *Llevado por ellos de la mano, ante el edificio estudiado o lejos de él, el lector podrá entrar en coloquio con la red de hitos maravillosos, jalones de la Historia de España. Cumplir este fin cultural y artístico es la más noble de las tareas que nos hemos impuesto.*

PLUS ULTRA



La Alhambra, desde la Silla del Moro. A la derecha, la ciudad.

EL nombre universalmente conocido y famoso de la *Alhambra* posee un poder de evocación como el de pocos monumentos del pasado. Despierta un mundo de recuerdos y añoranzas creado en gran parte por la literatura a partir del período romántico, pero con una anticipación real, histórica, en las campañas que condujeron a la conquista de Granada, en 1492, y una primera interpretación en los años siguientes: visiones exóticas de un Oriente imaginado, fondo ideal de escenas caballerescas, en las que la nobleza y el valor se derrochaban sin tasa por ambos contendientes; pasiones avasalladoras por enclaustradas beldades de ojos negros; venganzas implacables...

Vamos a intentar decir sumariamente cómo fué y cómo ha llegado a nuestros días el principal escenario en el que se movieron todas esas sombras, sin el temor de hacerlas desaparecer.

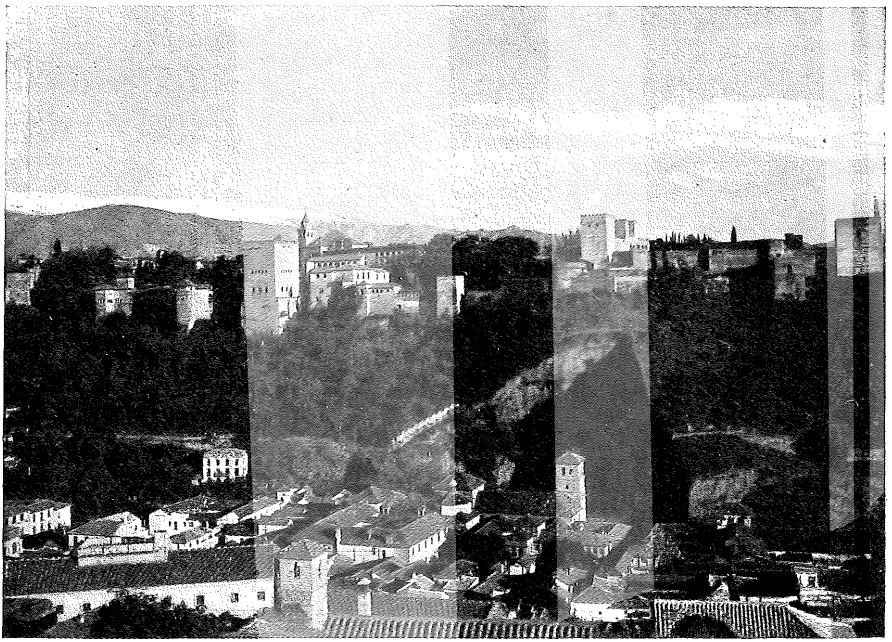
El lugar teatro de tantos episodios dramáticos es de tan original y sugestiva belleza, que ni aun el inventario excesivamente detallado de sus diversas partes—y no es ése el propósito de estas páginas—sería capaz de ahuyentar de la imaginación del lector el mundo de seres poéticos que aún parece poblarlo. El conocimiento aviva, no agosta, la admiración y el amor cuando éstos nacen de auténticas fuentes de belleza.

* * *

Entre las varias construcciones de la Alhambra queda el único palacio musulmán de la Edad Media que existe en Occidente—y aún puede decirse que en Oriente—, maravillosamente conservado, gracias a los Reyes Católicos y a sus inmediatos sucesores, que celosamente los atendieron en homenaje a su belleza y como preciado trofeo de victoria.

Alhambra la llamaron los cristianos, castellanizando las dos últimas palabras de su nombre árabe: *al-Qal'a al-Hamrá*, o sea «el Castillo Rojo». Era más que una fortaleza y que un palacio: era una pequeña ciudad regia, emplazada en lo alto de una colina alargada, cuyo perímetro queda en gran parte fuera del recinto murado de Granada. Una fuerte muralla torreada rodea la cumbre, siguiendo su contorno irregular. De sudeste a noroeste, dirección del eje mayor, la Alhambra tiene una longitud de 740 metros. Su anchura máxima es de 220 metros, terminando en aguda punta en sus extremos.

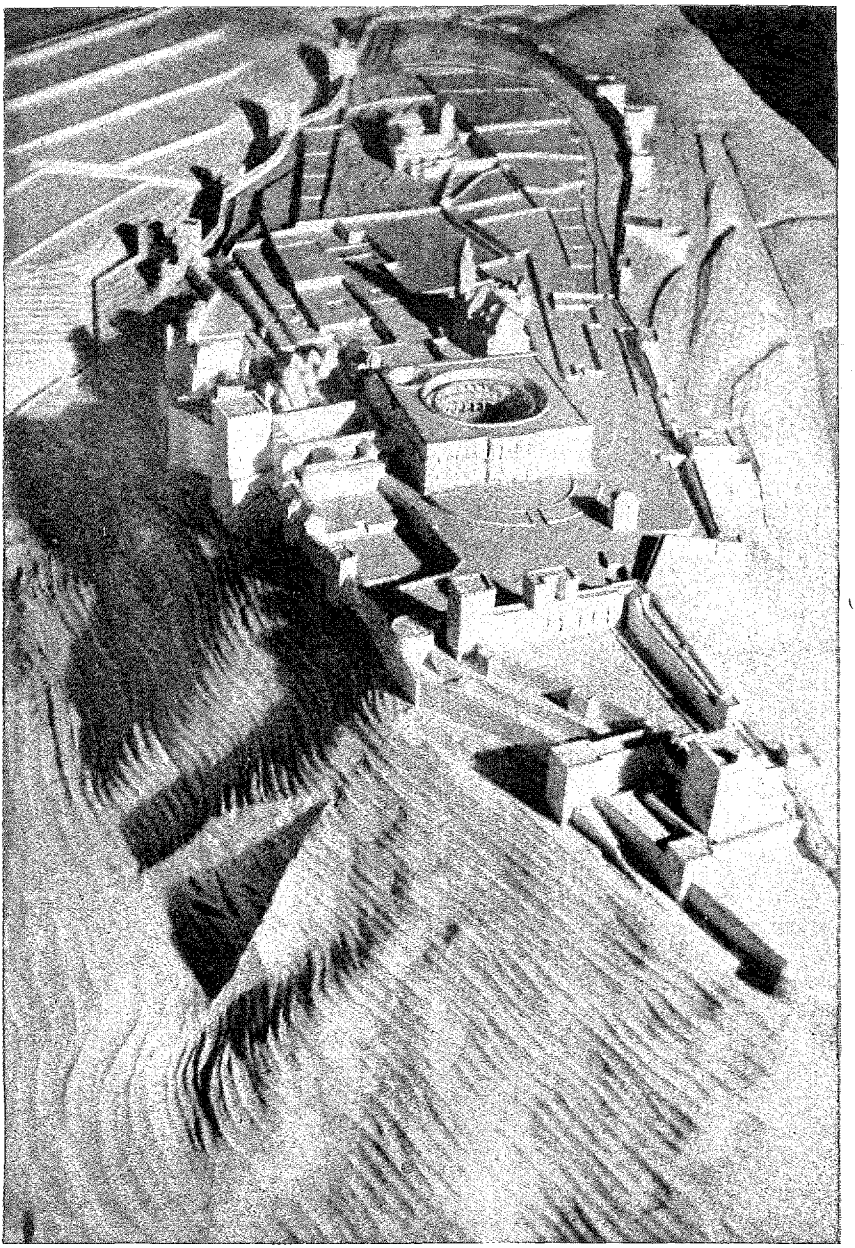
Esa colina de arcilla rojiza constituye el último escalón avanzado sobre la gran llanura de la vega, de las sierras que arrancan de la Nevada. Un pequeño barranco separa su extremo sudeste de los montes inmediatos, que van elevándose progresivamente. A partir de ese lugar, divídese en otros dos, cuyas pendientes crecen con rapidez a medida que se alejan buscando el cauce del río Darro. Entre ambos fosos naturales avanza la colina de la Alhambra hasta su extremo noroeste, erguida a considerable altura, señoreando gran parte de la ciudad, tendida a su pie, y leguas y leguas de opulenta vega, limitada por sierras ásperas y desnudas. Estaba, así, el Castillo Bermejo próximo a Granada, protegiéndola y amenazándola al mismo tiempo, e independiente de ella, con salidas francas al campo y a los montes.



LA ALHAMBRA, DESDE LA ALCAZABA VIEJA.

En el avanzado extremo noroeste del cerro, en la proa del enorme barco anclado entre las sierras y la llanura, levantóse la Alcazaba, potente fortificación con grandes torres. En la parte media y más baja, y junto a la muralla norte, el Alcázar o Casa Real; es decir, los palacios del soberano. Repartidos por el resto del recinto, sobre todo en su mitad sudeste, había un gran número de edificios de muy diversos tipos: la capilla sepulcral de los monarcas; crecida cantidad de casas, algunas con honores de palacio, residencia de familiares, dignatarios y cortesanos; una mezquita real; un baño público; la ceca, o casa en la que se acuñaba moneda; viviendas de gentes humildes, servidores y artesanos—alfareros, armeros, curtidores, etc., que en ellas tenían sus talleres—encargados de satisfacer las necesidades de una corte suntuosa.

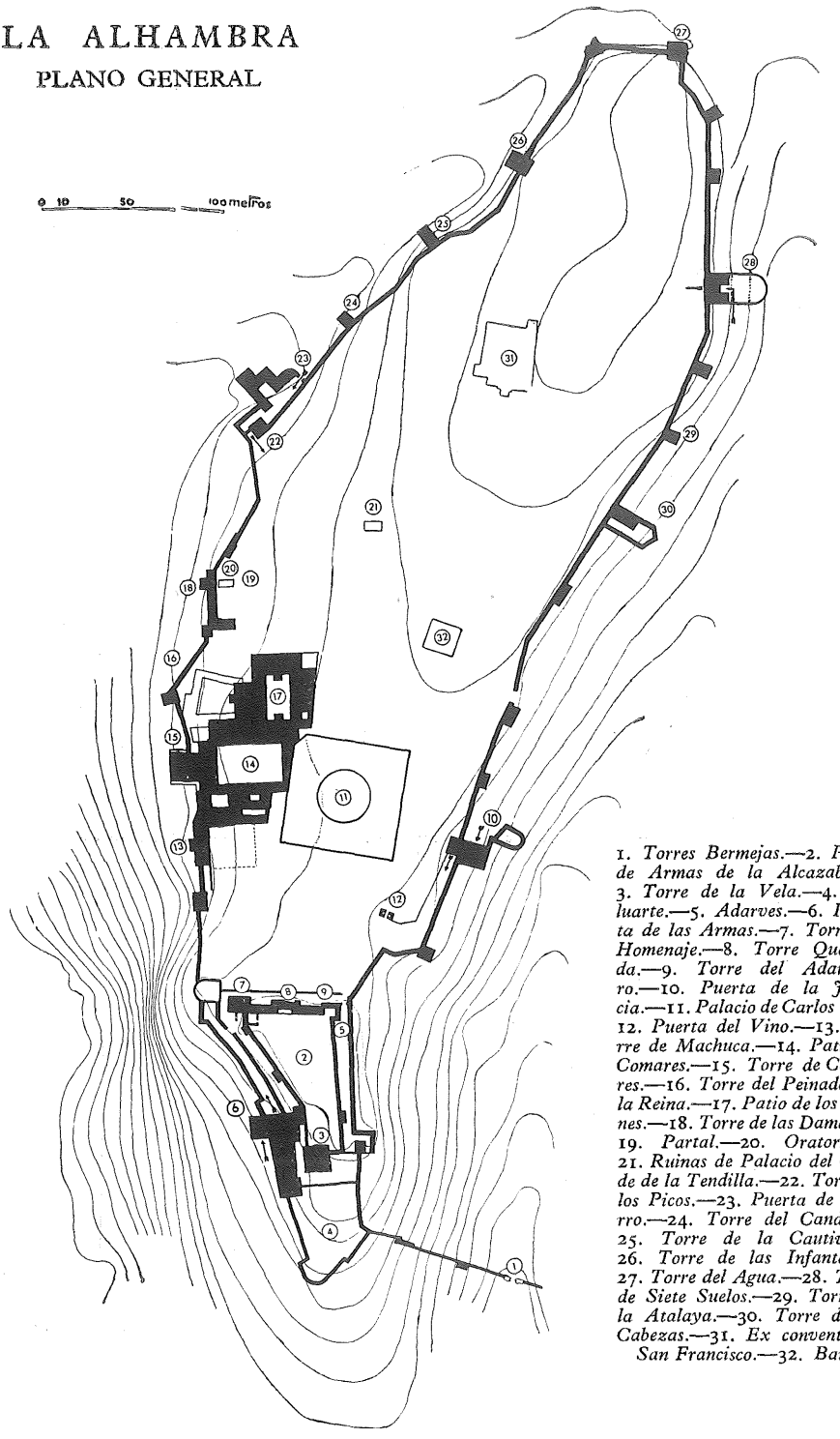
La muralla que rodeaba la Alcazaba seguía abrazando la cumbre de la colina, fortalecida con veintitrés torres: algunas pequeñas, otras enormes y varias magníficamente decoradas por dentro. Tras ella, un foso interior servía de camino cubierto. Aparte de



MODELO DE LA ALHAMBRA HECHO POR EL ARQUITECTO PRIETO MORENO.

LA ALHAMBRA

PLANO GENERAL



1. *Torres Bermejas.*—2. *Plaza de Armas de la Alcazaba.*—3. *Torre de la Vela.*—4. *Baluarte.*—5. *Adarves.*—6. *Puerta de las Armas.*—7. *Torre del Homenaje.*—8. *Torre Quebrada.*—9. *Torre del Adarguero.*—10. *Puerta de la Justicia.*—11. *Palacio de Carlos V.*—12. *Puerta del Vino.*—13. *Torre de Machuca.*—14. *Patio de Comares.*—15. *Torre de Comares.*—16. *Torre del Peinador de la Reina.*—17. *Patio de los Leones.*—18. *Torre de las Damas.*—19. *Partal.*—20. *Oratorio.*—21. *Ruinas de Palacio del Conde de la Tendilla.*—22. *Torre de los Picos.*—23. *Puerta de Hierro.*—24. *Torre del Candil.*—25. *Torre de la Cautiva.*—26. *Torre de las Infantas.*—27. *Torre del Agua.*—28. *Torre de Siete Suelos.*—29. *Torre de la Atalaya.*—30. *Torre de las Cabezas.*—31. *Ex convento de San Francisco.*—32. *Baño.*

postigos y salidas secretas, cinco eran las puertas, bien protegidas, que comunicaban el recinto con la ciudad y el campo.

«Como otra ciudad—dice Ibn al-Jatib—, se elevaba la Alhambra sobre la rica y populosa de Granada», y Fernando del Pulgar escribió a poco de su conquista que «mejor se pudiera tener en cuenta de ciudad, que de fortaleza y real Palacio» [1].

En la Sabika, nombre que daban los musulmanes a la colina de la Alhambra, habría una fortificación de no mucha importancia, probablemente en ruinas cuando, en el mes de mayo de 1238, se hizo dueño Muhammad Ibn al-Ahmar de Granada, capital desde entonces del reino nazarí por él fundado. Era ese monarca, señor de Arjona, de la familia de los Banu Nasr, de donde viene el nombre de *nazaríes*, aplicado a él y a los descendientes que le sucedieron en el trono granadino. Uno meses más tarde comenzó la edificación de la fortaleza, es decir, de la Alcazaba, tal vez completada por su hijo Muhammad II (1273-1302). Probablemente estos soberanos y sus inmediatos sucesores levantaron también algunos de los muros y torres del resto del recinto; pero los palacios que en el interior tendrían han desaparecido, sustituídos por los que construyeron dos grandes edificadores: Yusuf I (1333-1354), del que se conservan varias torres que forman parte de la Casa Real y otras del recinto y el Baño Regio, y Muhammad V (1354-1359 y 1362-1391), en cuyo reinado se construyó casi todo el resto.

El fundador de la dinastía, según los cronistas musulmanes, mandó abrir la Acequia Real, que, tomando el agua del Darro a una legua, aproximadamente, antes de llegar a Granada, la conduce por las laderas de unos cerros al Generalife y luego a la Alhambra. Antes serían pobres de vegetación, casi yermas, las faldas de ambas colinas. Al agua que desde entonces circula por el sinuoso cauce de esa acequia se deben la Alhambra y el Generalife, en forma semejante a como, según la conocida frase de Herodoto, el Egipto fué un don del Nilo. Si un río creó este país y dió a luz una civilización cuyo refinamiento, en muchos aspectos y en época tan remota, nos asombra, un caudal de agua muchísimo más modesto, una pequeña acequia, engendró la Alhambra y el Generalife; es decir, palacios de ensueño entre jardines, huertos y bosques íntimos y umbríos, feliz y armónica asociación de arquitectura, vegetación y agua.

TORRES DEL PEINADOR DE LA REINA Y DE COMARES, EN 1832-1833, SEGÚN ROBERTS.

I

HACIA LA ALHAMBRA

AL final de la pendiente cuesta de Gomeres, camino el más directo de subida a la Alhambra desde la ciudad, ábrese una puerta de piedra, de recia arquitectura del Renacimiento italiano, con sillares almohadillados, flanqueada por dos columnas toscanas. Sin duda la trazó—es decir, hizo el dibujo para construirla—Pedro Machuca, arquitecto del Palacio de Carlos V, que está en el interior de la cerca de la Alhambra. Para ingreso actual de ésta no hubiera podido imaginarse obra de arquitectura más contraria a la del palacio musulmán que tan sólida y pesada puerta de piedra.

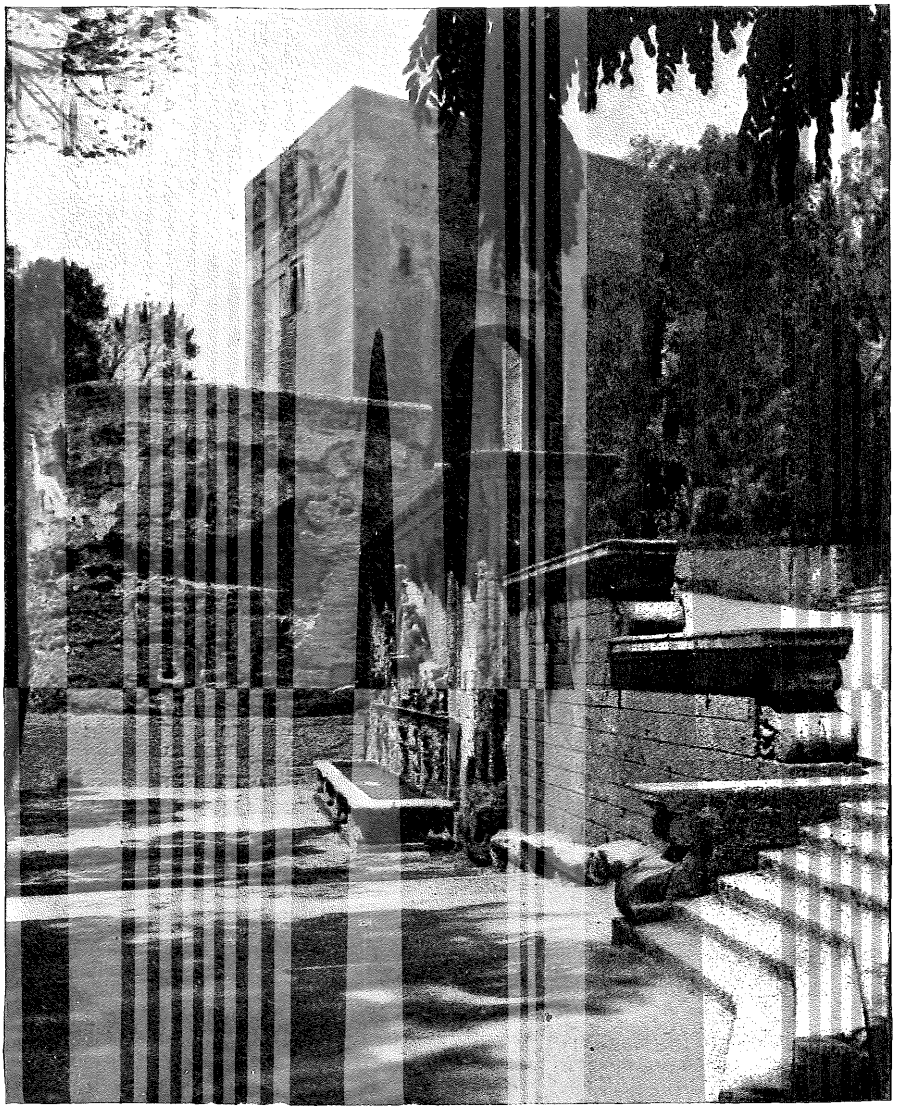
Traspasada, penétrase en *las alamedas*, que ocupan el barranco y las laderas entre dos colinas—la Sabika y el Maurur—, pobladas de frondosa arboleda, en la que predominan los olmos y los álamos negros. De mayo a octubre, sus hojas apenas dejan pasar el sol. El agua que corre por los canalillos laterales de los paseos contribuye, con la abundante vegetación, a la impresión de delicioso oasis que las alamedas producen, en contraste con las calles y plazas de la ciudad, escasas de árboles, por las que se llega a la Alhambra.

Sensación tan grata, sobre todo en los días calurosos, no hay que agradecérsela a los árabes. La Alhambra era una fortaleza, y en sus alrededores no podía haber árboles que sirvieran de

LA PUERTA DE LAS GRANADAS, OBRA DE MACHUCA.

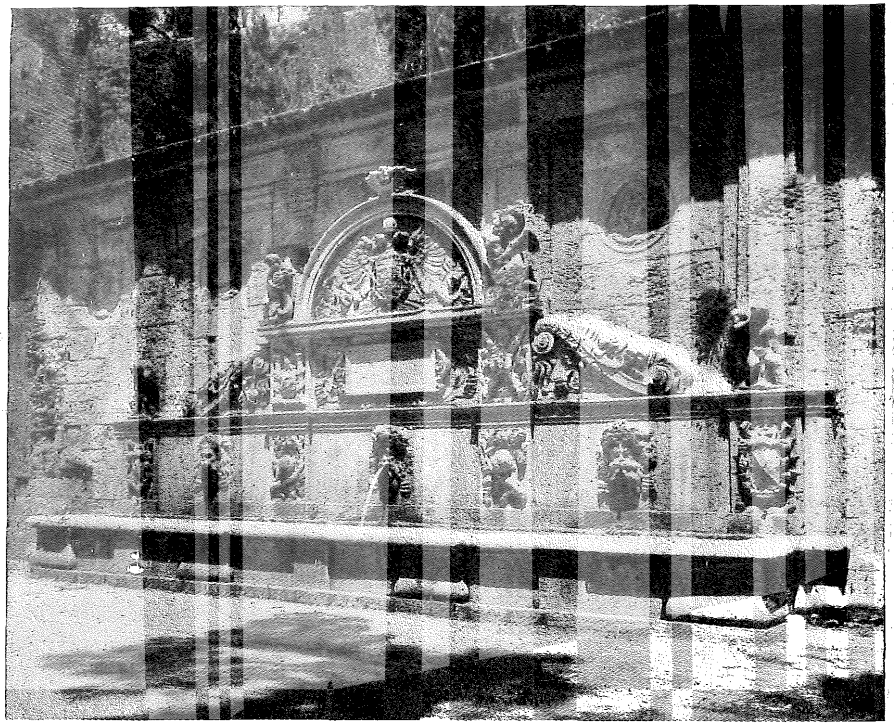
resguardo a posibles asaltantes. Jerónimo Münzer, viajero alemán que visitó Granada en los últimos días de 1494, dos años, aproximadamente, después de la conquista, cuyo testimonio invocaremos reiteradamente en el transcurso de las páginas siguientes, dice que por estas laderas se extendía un gran cementerio musulmán, emplazados siempre, como los romanos, fuera de los recintos murados, en las proximidades de las puertas.

El camino del centro, tras la *puerta de las Granadas*, que sigue el fondo del barranco, es el de subida de carruajes a la Alhambra y al Generalife. El de la izquierda, muy pendiente, conduce a la puerta principal de la primera. En lo alto de la cuesta se ve, a la derecha, arrimada a un cubo cilíndrico avanzado, una bella fuente monumental, de piedra arenisca, llamada ahora *pilar de Carlos V* y antes *de las Cornetas*. Como la puerta de las Granadas, su traza es, indudablemente, de Pedro Machuca—son grandes sus semejanzas con el Palacio del Emperador—. La ejecución de esta



El pilar de Carlos V y la puerta de la Justicia.

magnífica y espaciosa fuente, en 1543, corrió a cargo del artista milanés Nicolao de Corte. Dedicada a Carlos V, cuyo escudo y emblemas ostenta el tímpano del frontón semicircular de su remate, es obra de un renacimiento jugoso, rico de ornamentación.



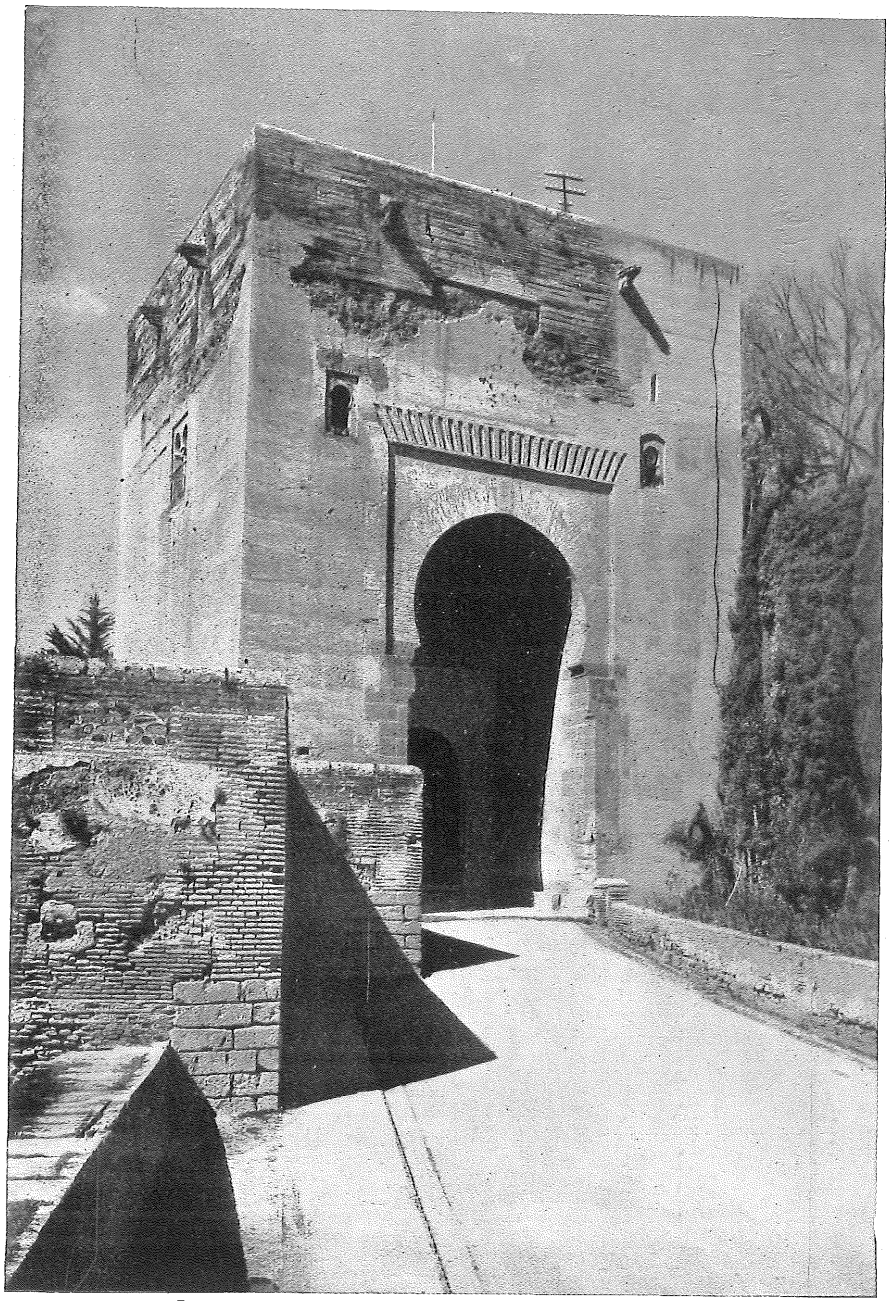
EL PILAR DE CARLOS V, EN LAS ALAMEDAS DE LA ALHAMBRA.

La puerta de la Xarea, o de la Justicia.

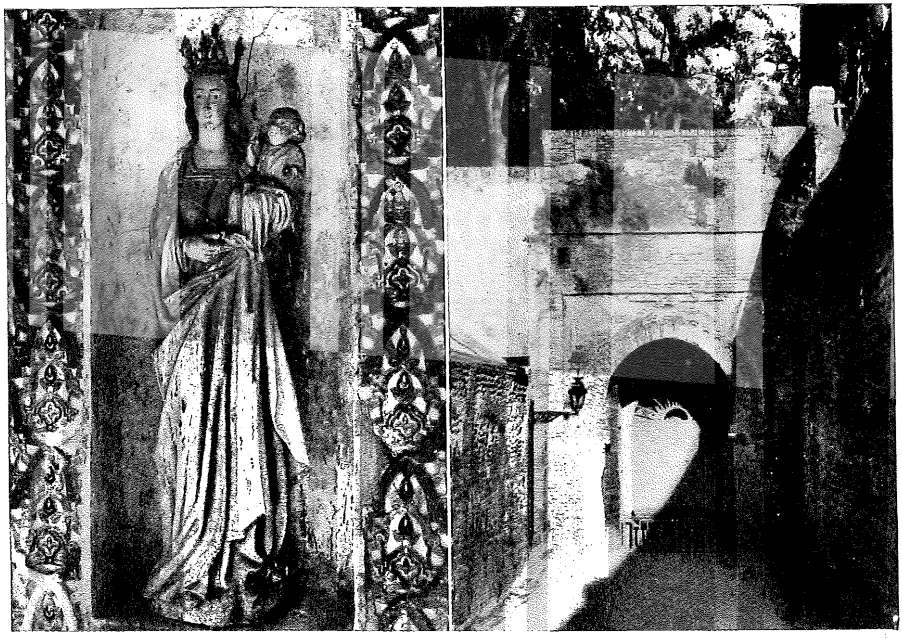
Siguiendo más allá de la fuente o pilar y torciendo a la izquierda, se ve al fondo el frente de una gran torre roto por una puerta, protegida—desde que se levantó, en el siglo XV—por el cubo circular con troneras para artillería, al que aquélla está adosado. Es hoy el principal ingreso al recinto de la Alhambra, y sería uno de los más importantes en la época árabe, a pesar de que para llegar a ella era preciso salir extramuros de la ciudad.

Llámase hoy *puerta de la Justicia*, por la equivocada interpretación del epígrafe fundacional, en caracteres cursivos, enlazados con hojas y ramas, que en ella existe, y dice ser obra de Yusuf—el primero de este nombre—, levantada en 1348.

No pudo tener el recinto viejo de la Alhambra más digna entrada. Obra hecha con singular esmero en uno de los momentos



La puerta de la Xarea, llamada hoy de la Justicia.



VIRGEN DE MADERA, EN LA PUERTA DE LA XAREA. - ARCO INTERIOR DE LA MISMA.

mejores del arte granadino, dice al visitante atento cómo los arquitectos de entonces fueron capaces de crear al mismo tiempo obras de una fragilidad inquietante, recubiertas por completo de decoración, como las de la Casa Real, descritas más adelante, y otras de recia solidez, sin decoración apenas, en las que la masa y los muros desnudos rotos tan sólo por pequeños huecos, producen una impresión de fuerte y severa grandeza. El tono rojizo de la argamasa, hecha, como toda la de la Alhambra musulmana, con la arcilla ferruginosa del propio lugar, armoniza admirablemente con el verde oscuro de los cipreses y laureles inmediatos.

Ábrese el frente de la torre por un gran arco de ladrillo y herradura aguda, con dintel encima, en el que alternan dovelas entrantes y rehundidas. En su clave de mármol se ve una mano abierta, talismán sin duda. Al fondo está la puerta, cuyas hojas, enchapadas de hierro, conservan la disposición antigua, y entre ambos hay un espacio a cielo abierto para hostigar desde los adarves altos al enemigo que tratara de forzarla. El arco de ingreso

tiene la misma forma que el descrito; descansa en columnas adosadas y ostenta conchas esculpidas en las albanegas y sobre la clave. Encima hay un dintel, en cuyo centro se labró, en hueco, una llave con su cordón y borla, emblema repetido en otros ingresos de fortalezas granadinas. Más arriba está la faja de mármol con la inscripción a la que se aludió anteriormente, y sobre ella un paño de cerámica, azulejos de relieve, con dibujos de rombos de colores verde, blanco y azul. En su centro se abrió un nicho pocos años después de la conquista de la ciudad, para colocar una imagen de la Virgen y el Niño, talla en madera encargada en 1501, por los Reyes Católicos, al maestre Roberto Alemán.

Tras la puerta hay un pasadizo de triple recodo, abierto en el interior de la torre, cubierto con bóvedas vaídas, esquifadas y de medio cañón con lunetos. En los muros, bajo arcos ciegos, se conservan poyos, en los que estarían sentados o tendidos los soldados encargados de guardar la entrada: aún quedan algunas de las perchas de madera en las que colocaban las lanzas o alabardas. La puerta de salida es también de ladrillo, con arquivolta de lóbulos y decoración de cerámica vidriada de relieve en las albanegas, en gran parte perdida.

La planta alta, con entrada desde el adarve, ocupaba la que fué vivienda del alcaide, formada por varias habitaciones abovedadas.

El camino, a la salida de la puerta, ascendía por un callejón encerrado entre dos muros, de los que ha desaparecido el de la derecha, hasta alcanzar otra puerta que hubo a su extremo, en el lugar donde hoy desemboca en una gran plaza llamada *de los Aljibes;* dicen que aquélla se nombró Real, y fué derribada por ruinosa poco después de 1527.

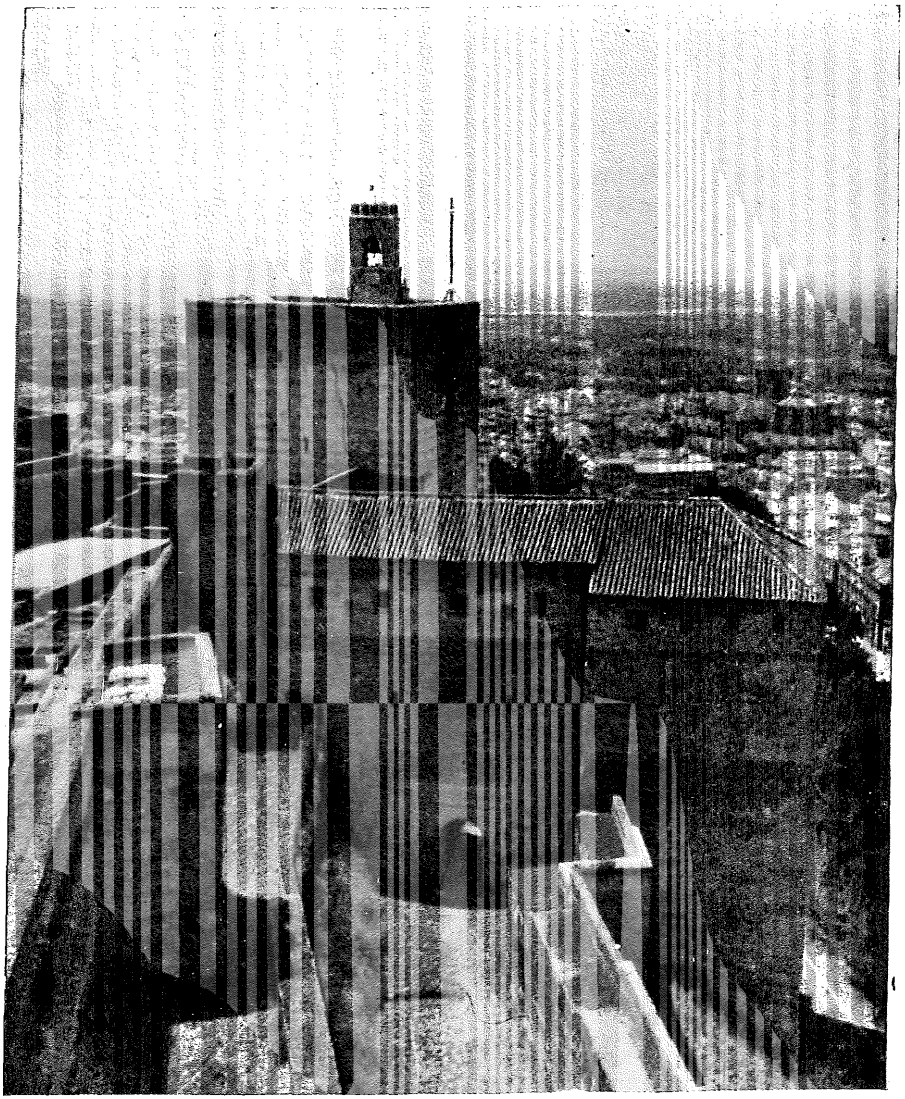
II

LA ALCAZABA

A la izquierda de la plaza de los Aljibes se levantan las torres y muros de la *Alcazaba*, construídos en el siglo XIII, probablemente durante el reinado de los dos primeros monarcas de la dinastía, sobre restos de fortificaciones anteriores de menos importancia.

Quedaba totalmente independiente el resto de la Alhambra, en el extremo occidental de la colina que avanza sobre la vega. Se reduce a una gran plaza de armas, encerrada dentro de un recinto casi triangular, de fuertes muros y elevadas torres. En su vértice de poniente está la torre de la Campana, o de la Vela, como ahora se la llama, y a su pie, la puerta primitiva. En el lado opuesto levántanse dos grandes torres, la del Homenaje y la Quebrada, y otra más pequeña, conocida en el siglo XVI por *la del Adarguero*—hoy sirve de entrada a la plaza de Armas—, cuya disposición primitiva ha sufrido grandes cambios. A su pie, a oriente, protegía a las tres una barbacana o antemuro, reconstruído en 1565, que separa la Alcazaba de la plaza de los Aljibes.

Desde ésta se ingresa a la Alcazaba por una puerta abierta en el antemuro citado. Otra, frontera, da paso al *jardín de los Adarves*, estrecha y larga faja de terreno entre el muro sur de la fortaleza y el general que rodea toda la Alhambra, en la que a comienzos del siglo XVII, el marqués de Mondéjar dispuso un delicioso jardín, a resguardo de los vientos del norte. Yedras y otras plantas cubren por completo sus muros; abundan las flores, y



LAS TORRES DE LAS ARMAS Y DE LA VELA, EN LA ALCAZABA DE LA ALHAMBRA.

varias fuentes y surtidores contribuyen a darle singular animación. Desde él, y especialmente desde su extremo occidental y más avanzado, gózase de espléndido y dilatado panorama sobre gran parte de la ciudad, el anfiteatro de la vega y Sierra Nevada.

La plaza de Armas.

Ocupan la superficie de la *plaza de Armas*, a la que se llega por la torre hueca del Adarguero, con entrada a la derecha de la del jardín de los Adarves, los cimientos de un barrio de pequeñas casas, un reducido Baño y un aljibe, estos dos en su extremo de poniente.

La torre de la Vela.

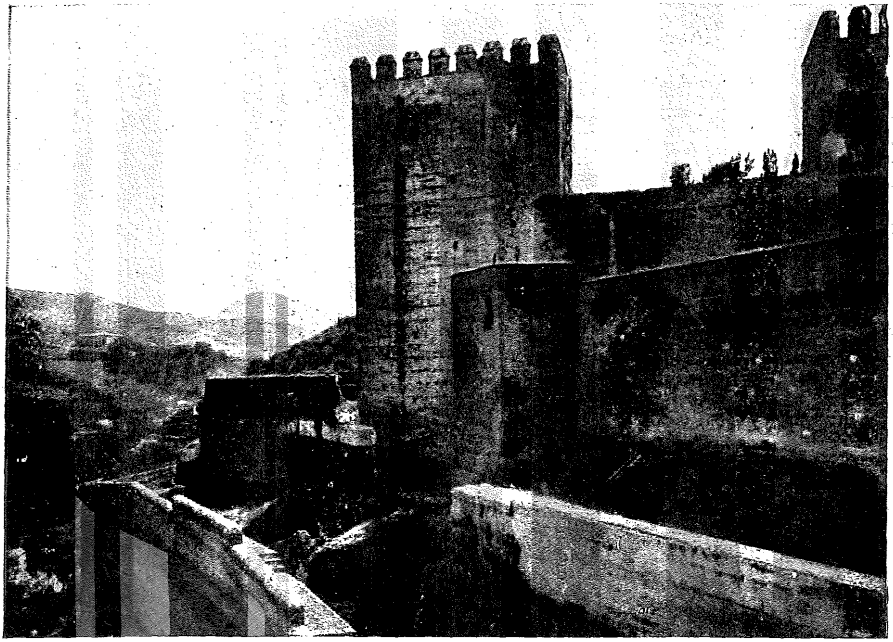
Antes se llamó *de la Campana;* ignórase el nombre con que la conocían los musulmanes. Su planta es cuadrada, de 16 metros de lado, y su altura llega a 26,80 metros. Los muros están hechos con tapias de grava, arena, cal y arcilla ferruginosa del suelo mismo del cerro.

Tiene cuatro pisos; el inferior, destinado a prisión, con acceso descolgándose por un agujero.

Del centro de uno de los lados de la terraza de la torre sobresale una espadaña, que desde la Reconquista hasta el año 1841 estuvo en el ángulo noroeste. Sostiene una campana que servía para regular los riegos de la vega.

El día de la entrega de la ciudad—el 2 de enero de 1492—subieron a este lugar el cardenal Mendoza, el conde de Tendilla, el maestre de Santiago y otros personajes, y enarbolaron la enseña de la cruz, el pendón de Santiago y los estandartes reales, tomando posesión de Granada y de la Alhambra en nombre de los Reyes Católicos.

El panorama que desde la terraza se divisa es de insuperable belleza. Abajo, al pie de la Alhambra, extiéndese la ciudad; más lejos, la extensa y opulenta vega, llanura siempre verde, limitada por sierras ásperas y desnudas que terminan a mediodía en el enorme murallón, blanco de nieve gran parte del año, de la Sierra Nevada. El encanto del paisaje nace, en parte, de contrastes: feracidad meridional de los campos regados y desnudez de las colinas y sierras, a las que no llega el agua; casitas minúsculas, blanqueadas, de los barrios viejos de Granada, y enormes paredes rojizas de los muros y torres inmediatos a la Alhambra. Repetidamente notaremos oposiciones semejantes en diferentes lugares de ésta.



LA TORRE DEL HOMENAJE, EN LA ALCAZABA DE LA ALHAMBRA.

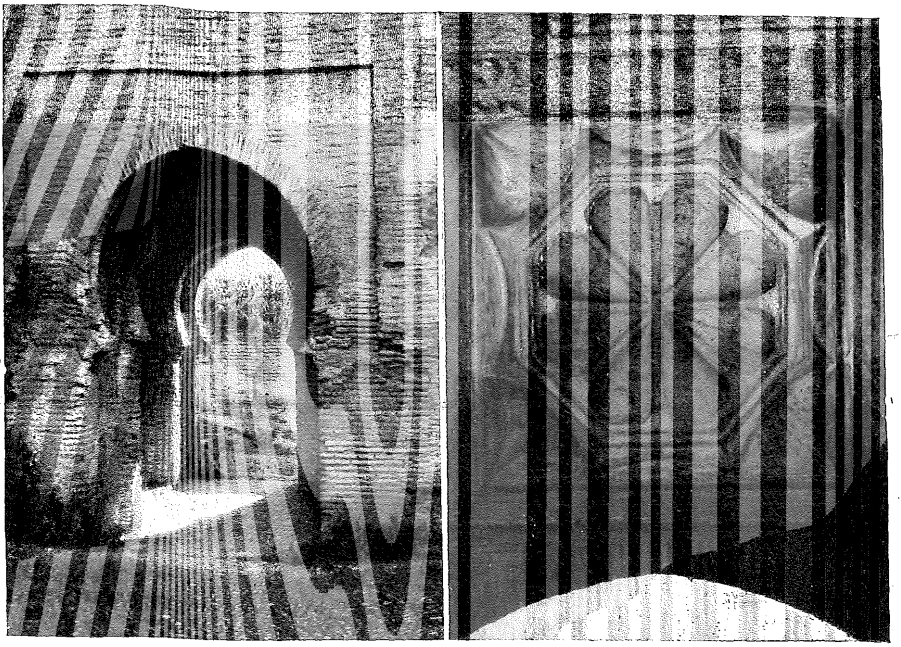
La puerta primitiva y el baluarte.

Al pie de la torre de la Vela está la antigua puerta de la fortaleza, probablemente única. Se subiría a ella desde el interior de la ciudad por un camino en zigzag, interceptado por varios obstáculos para dificultar el acceso en caso de ataque.

En un plano más bajo que la puerta, en la falda del cerro que baja en pendiente rápida hacia el Darro y la ciudad, construyóse en el siglo XV un extenso baluarte para artillería, de perímetro en parte curvo, que interceptó el antiguo camino de subida.

La torre del Homenaje y la Quebrada.

La *torre del Homenaje*, una de las más destacadas, se halla situada en el ángulo nordeste de la Alcazaba. Su altura es de 26 metros y su base forma un rectángulo de 12,12 por 10,45 metros.



ARCOS Y BÓVEDA EN EL INTERIOR DE LA PUERTA DE LAS ARMAS.

La torre inmediata, al mediodía, se llama *Quebrada*, por haber estado hendida hasta su restauración, hace no muchos años.

La torre y la puerta de las Armas.

En el siglo XIV, no muy avanzado, adosóse al muro septentrional de la Alcazaba una torre monumental, de planta rectangular alargada, en la que se abre una puerta. Sirve ésta de ingreso a un camino, encerrado entre dos muros, el de la barbacana de la Alcazaba, a la derecha, y, a la izquierda, el general que protege todo el recinto de la colina Roja. Tiene dicha torre estancia alta, con ingreso por el antemuro, y terraza.

El camino cubierto que arranca de la puerta está hoy interceptado por un cubo circular, construído en 1589. En la época musulmana conducía al Palacio o Casa Real.

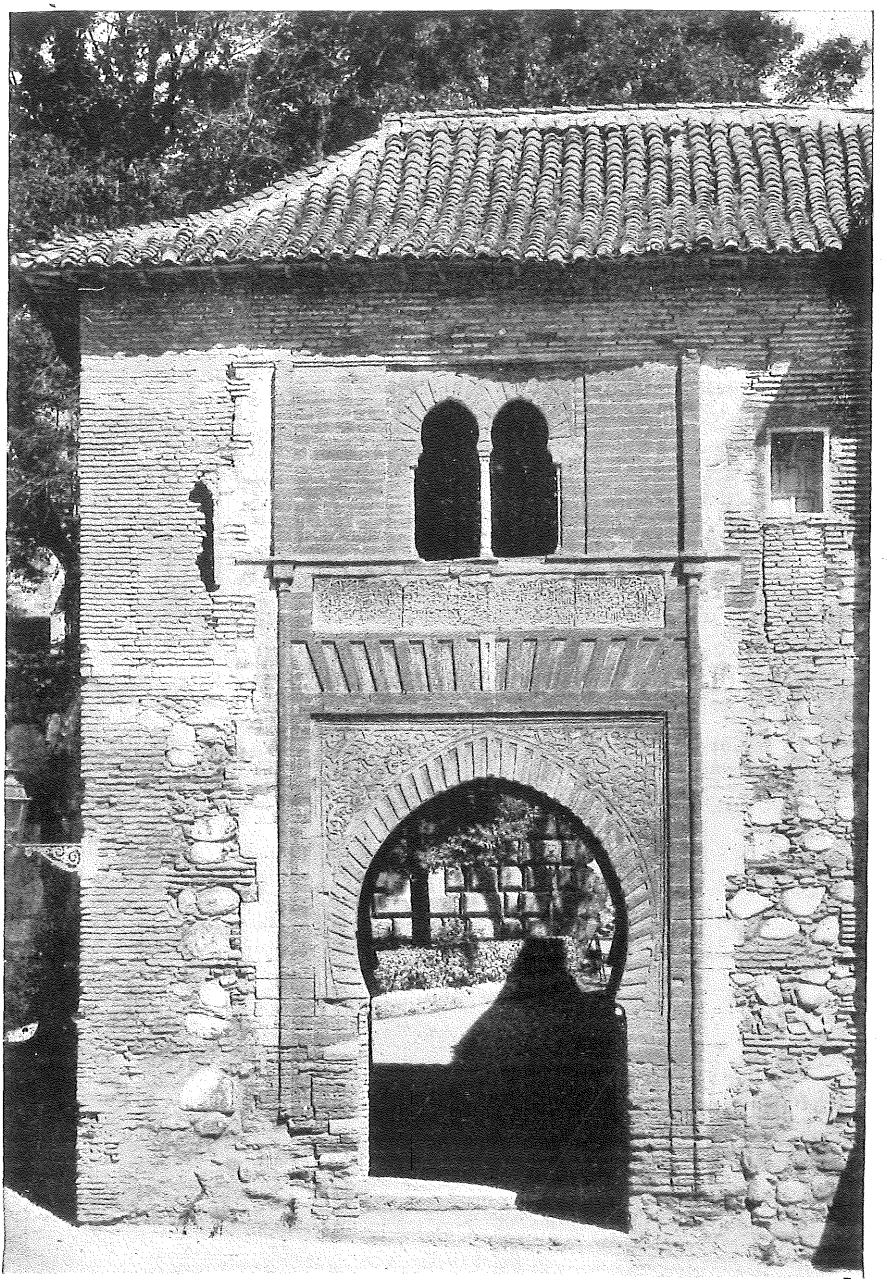
III

PLAZA DE LOS ALJIBES Y PALACIO DE CARLOS V

LA muralla exterior de la Alcazaba—límite, al mediodía, del jardín de los Adarves y, a norte, del camino que conducía desde la puerta de las Armas a la Casa Real—sigue después envolviendo la parte más ancha del cerro. La inmediata a la Alcazaba forma hoy una extensa plazoleta llana, llamada *de los Aljibes*, por la existencia, bajo parte de ella, de unos grandes, construídos por el conde de Tendilla cumpliendo órdenes de los Reyes Católicos, sobre el foso que protegía a oriente la fortaleza. También el Palacio de Carlos V, cuya fachada de poniente cierra la plaza en el frente opuesto, desfiguró mucho estos lugares, allanados en el siglo XVI para hacer en ellos una gran plaza de armas, complemento del palacio, que no llegó a iniciarse.

La puerta del Vino.

Dicho queda cómo el camino cubierto que arrancaba de la puerta de la Justicia, ya en el interior del recinto, terminaba en una puerta, la llamada Real, que estaba a la entrada de la plaza de los Aljibes. Perpendicular a esa desaparecida puerta, y próxima a su emplazamiento, se levanta la *del Vino*, cuyo nombre proviene de haberse depositado allí, desde 1556, el vino, exento de impuestos, consumido por los vecinos de la Alhambra.



FACHADA OCCIDENTAL DE LA PUERTA DEL VINO.

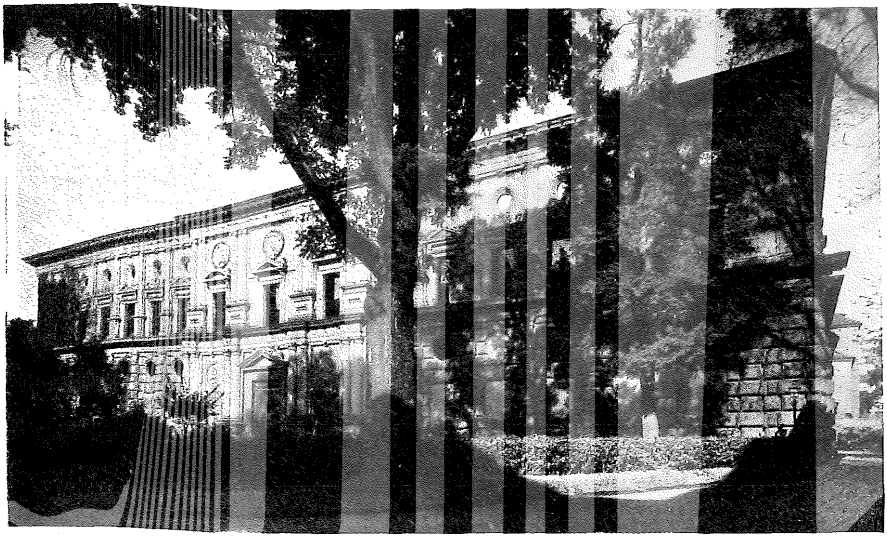
PLAZA DE LOS ALJIBES Y FRENTE ORIENTAL DE LA PUERTA DEL VINO.

La puerta del Vino es de reducido tamaño, y aparece ricamente decorada en sus dos frentes, con más aspecto de arco de triunfo que de ingreso, pues hoy está exenta por tres de sus lados.

La fachada de poniente es de piedra de la Malahá, y en ella se abre un arco de herradura, apuntado y sin enjarjar, en el que alternan dovelas salientes con otras rehundidas. Cubren sus albanegas vástagos y hojas de mediana traza. Encima vese un dintel, con dovelas también alternadas; la central lleva esculpida una llave. Más arriba hay un tablero con inscripción alcoránica de yeso glorificando a Muhammad V, edificador del arco. Las albanegas del otro arco se adornan con preciosos azulejos de cuerda seca, de los más bellos de la Alhambra.

La Casa Real nueva, o Palacio de Carlos V[2].

La gran masa del *Palacio de Carlos V* alteró completamente el aspecto de estos lugares respecto al que tendrían en la época



FACHADA DE PONIENTE DEL PALACIO DE CARLOS V.

...nana. En excavaciones realizadas hace bastantes años en ...de esta Casa Real nueva, dícese haber aparecido tan sola... ...estos de una vivienda modesta.

...se el alcázar del siglo XVI al lado del islámico, empo... ...como para hacer bien patente el antagonismo de las ...nes que ambos admirablemente representan: la Casa Real ...argamasa y ladrillo, íntima y recatada, y el gran Palacio ...to levantado a la gloria del Emperador, construído todo ...iedra, abierto al exterior por múltiples huecos, con preten... ...de monumentalidad, de las que su antecesor carece.

Carlos V, recién casado con Isabel de Portugal, tan viva aún en el retrato de Ticiano, pasó el verano de 1526 en Granada, aposentándose en el alcázar musulmán. Un príncipe criado en la fastuosa corte borgoñona no debía de sentirse muy a gusto en las salas de la Alhambra. Complacido del lugar, pensando, sin duda, volver a él con alguna frecuencia, quiso edificar un palacio más acomodado a sus necesidades y a los gustos contemporáneos. Así surgió la nueva Casa Real. Mientras los reyes nazaríes, dueños de un reducido territorio, habían tenido, desde el siglo XIV, aquella espléndida residencia permanente, los de Castilla, a excepción del

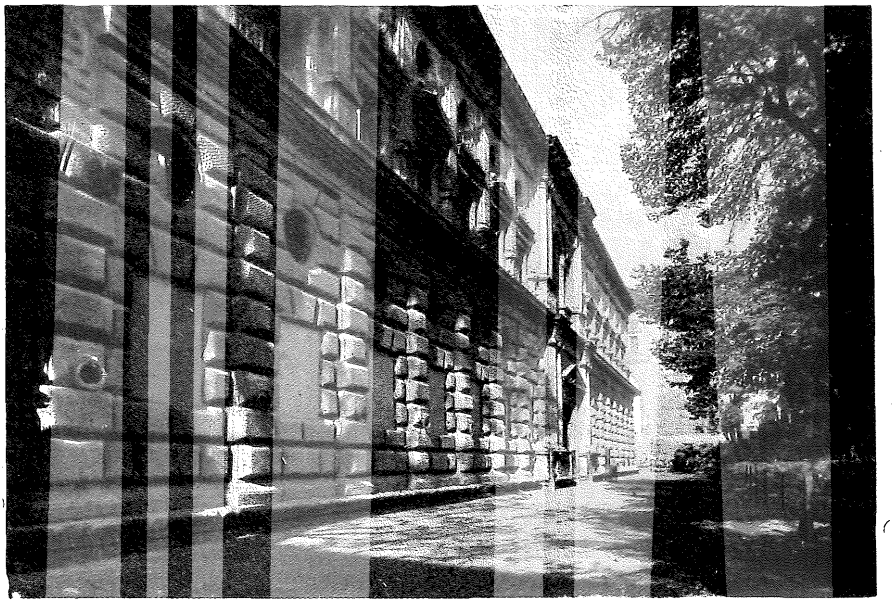
islamizado Pedro I, que la plagió en Sevilla, vivieron siempre en continuo movimiento, alojándose en castillos, monasterios y modestas construcciones. El mismo emperador Carlos V apenas si contaba, cuando se comenzó el de Granada, con más alcázares dignos de tal nombre que los de Madrid y Toledo, grandes y destartaladas construcciones, con resabios de fortaleza, formados por la agregación de edificios de varias épocas, sin unidad alguna.

El que dió realidad al proyecto fué un pintor, singularmente de retablos, Pedro Machuca, hidalgo toledano, educado en Italia en el arte del Renacimiento, en donde fué discípulo de Miguel Ángel. Hacia 1520 regresó a España, y al encargársele de la obra era escudero del marqués de Mondéjar, alcaide de la Alhambra.

En 1527 comenzaron las obras de la nueva Casa Real, costeadas con una parte de los 80.000 ducados anuales aportados por los moriscos para conservar algunas de sus libertades y costumbres, y con 10.000 con que más adelante se les obligó a contribuir al mismo fin.

Al morir Machuca, en 1550, estaban terminadas las fachadas, salvo la parte central de las de poniente y mediodía, y el ángulo nordeste, así como los muros principales y las bóvedas subterráneas de la nave septentrional. Después siguió su hijo Luis dirigiendo los trabajos, terminándose entonces el cuerpo central de la fachada del mediodía y la mitad del mismo cuerpo de la de poniente, el pórtico inferior del patio y gran parte de los muros de la capilla. Faltaba poco para enrasar éstos en todo el Palacio cuando estalló la sublevación de los moriscos, cuya consecuencia fué la suspensión de las obras, en 1568, por quince años. Prosiguieron después bajo la dirección de Juan de Mijares y Juan de la Vega, terminándose las fachadas, la bóveda del vestíbulo principal y otras partes. Más tarde, Pedro de Velasco, hasta su muerte, ocurrida en 1619, asentó la columnata alta del patio. Algunos años después se hizo la escalera principal, terminada en 1635, por Bartolomé Fernández Lechuga.

Seguramente Machuca pensaría cubrir el palacio con armadurade madera y teja. En 1580, Juan de Herrera dió trazas para una cubierta forrada de plomo, con aposentos, bajo ella, destinados a las mujeres, y ventanas en los faldones, como se había hecho en Aranjuez y El Escorial; pero no llegó a ejecutarse.



El Palacio de Carlos V, desde la entrada a la Casa Real vieja.

Provisionalmente cubriéronse algunas partes, más tarde, con tejados desaparecidos hace más de un siglo. Llegó así el edificio a nuestros días, bien conservado, merced a la solidez de sus muros, pero sin cubiertas, y, por lo tanto, inutilizable. De 1929 a 1931 lo cubrimos con techo horizontal de hormigón armado, para no alterar su aspecto exterior, excepto la capilla y la galería alta del patio. Entonces decoramos algunas de sus salas para la instalación en ellas de un museo de arte árabe, proyecto, desgraciadamente, después no realizado.

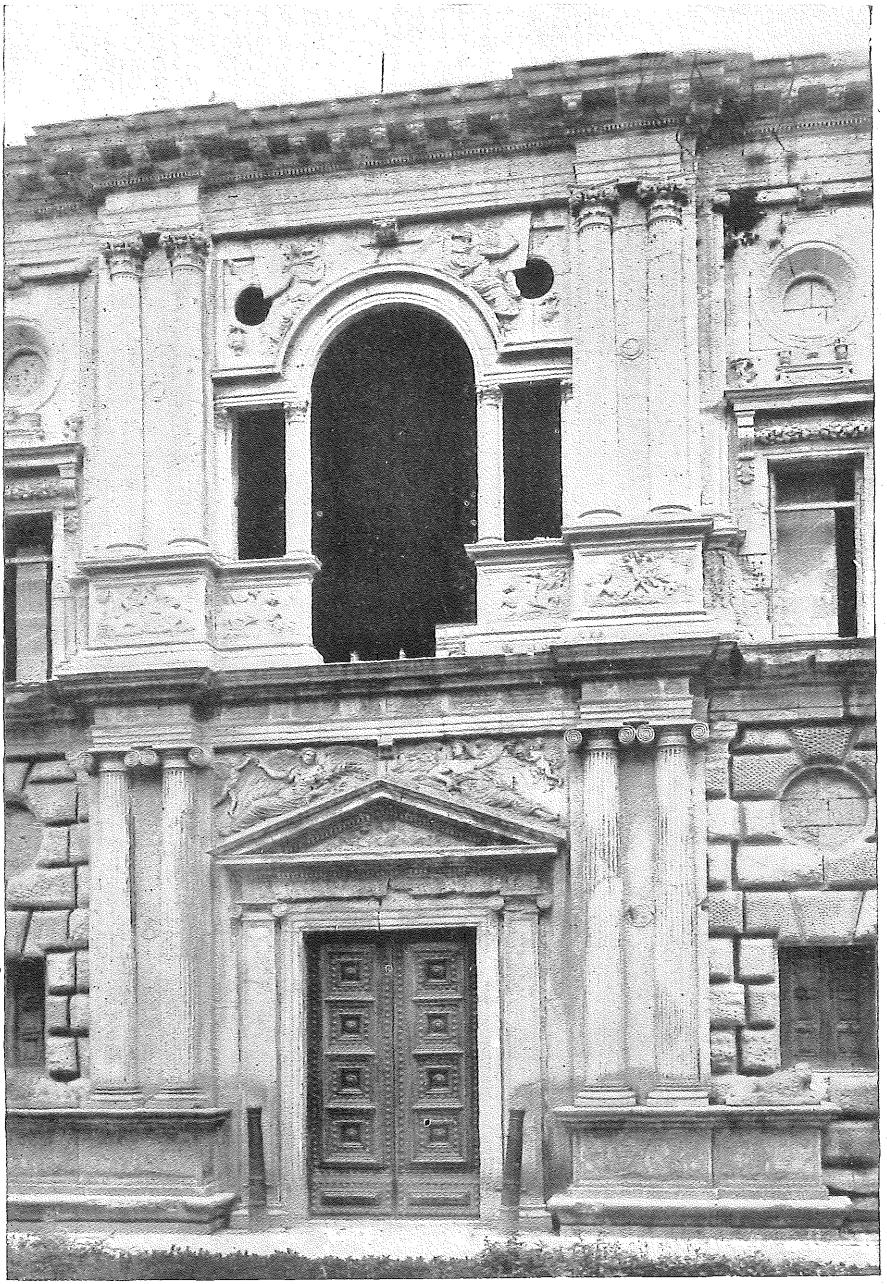
Machuca se revela en esta obra como el más italianizante de nuestros arquitectos del Renacimiento, aventajado discípulo de sus ilustres maestros. De todos los elementos que entran en su composición, lo mismo estructurales que decorativos, se encuentran antecedentes en las construcciones y dibujos de los discípulos y seguidores del gran Bramante, sin que falten recuerdos florentinos anteriores. Y, sin embargo, este palacio, «del gran Machuca fábrica admirable», como dijo Vicente Espinel, tiene un aspecto muy diferente al de los contemporáneos italianos.

Su autor mantuvo, en arquitectura lo mismo que en pintura, personal independencia. Acertó a combinar originalmente, conforme a la tradición española, con mayor libertad y riqueza de jugoso y abultado ornato, los elementos vistos en Italia.

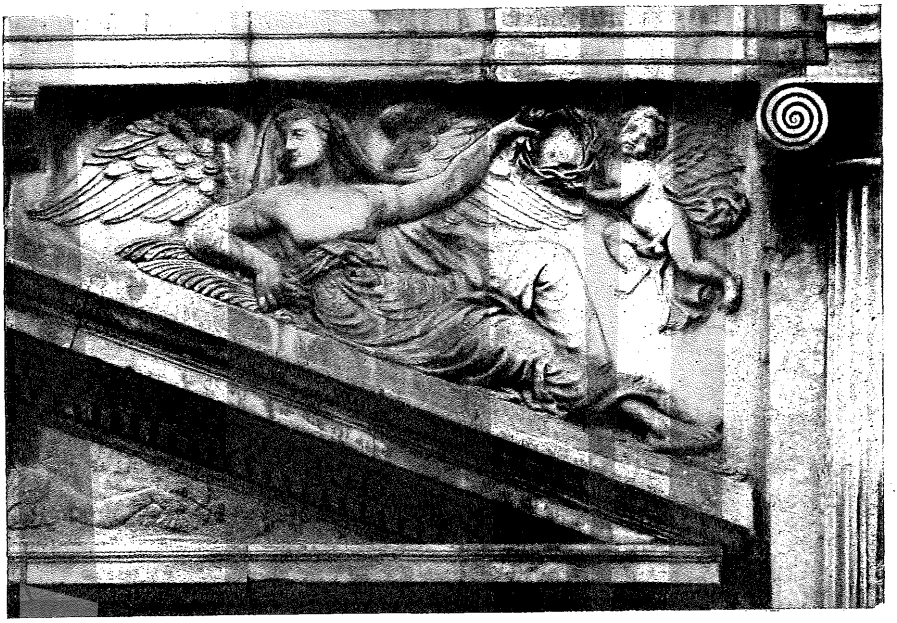
La concepción del patio circular no es, en cambio, tan original como se cree. En plena época gótica, a comienzos del siglo XIV, construyóse con igual planta el del castillo de Bellver, en Mallorca, y en 1466 se comenzó el de la casa Mantegna, en Mantua. Entre la magnífica colección de dibujos que demuestran la genial inquietud creadora de Leonardo de Vinci, hay uno de un palacio de planta y patio circulares. En otro de Baldassare Peruzzi, conservado en los Uffizi de Florencia, proyecto para la construcción de un convento, figura también un patio circular. Bramante concibió uno semejante para San Pietro in Montorio, sobre la colina romana del Janículo, en cuyo centro figuraba el célebre templete, construído en 1503, y única parte que del proyecto—cuya memoria se conserva por haber publicado la planta Sebastián Sertio—llegó a realizarse. Más suerte tuvo Vignola, pues en el castillo de Caprarola, levantado en 1547, es decir, después del granadino, consiguió ver realizada su concepción de patio redondo. Machuca no hizo, pues, más que recoger en Italia una forma arquitectónica bastante corriente, pero casi nunca realizada, y, cuando lo fué, sin el afortunado acierto con que la trató el arquitecto toledano.

La planta del Palacio es cuadrada, de 63 metros de lado, con un pequeño chaflán en su ángulo nordeste, correspondiente a la capilla octogonal. Tras cada fachada se extiende una crujía de 7,50 metros de anchura, interrumpidas las dos que concurren a ese ángulo por la capilla. El centro lo ocupa el patio circular, de 30 metros de diámetro, y en tres de los rincones que quedan entre él y las naves, se colocaron escaleras. En la planta baja hay vestíbulos abovedados en el centro de las naves de poniente—la de la fachada principal—, de mediodía y de saliente; éste, el más reducido, y el mayor, el primero. En el vestíbulo de la del norte se dispuso una escalera de bajada al plano inferior del palacio árabe.

Las fachadas, de piedra arenisca rojiza, como todo el Palacio, guardan perfecta simetría en la disposición de los muchos huecos que en ellas se abren. Desarróllanse con gran predominio de líneas horizontales, bien marcadas por dos entablamentos: el que separa



CUERPO CENTRAL DE LA FACHADA SUR DEL PALACIO DE CARLOS V.



DETALLE DE LA PUERTA MERIDIONAL DEL PALACIO DE CARLOS V.

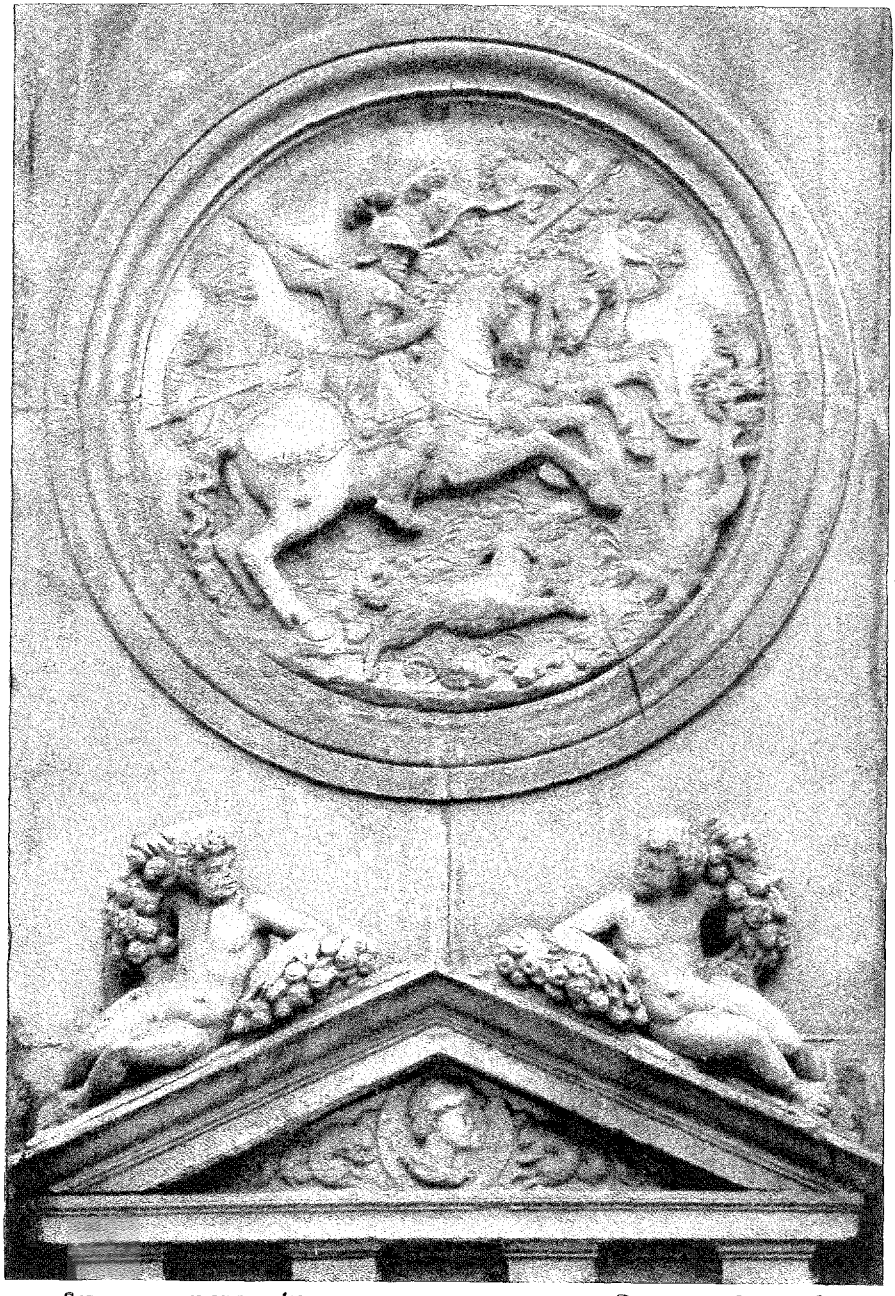
las plantas y carece de friso, y el de mayor importancia, que remata el edificio por su parte superior, con modillones que apean una cornisa muy volada.

El cuerpo bajo de las fachadas es de aparejo rústico, con sillares almohadillados de mucho saliente, picados para aumentar su efecto de ruda fortaleza, descansando sobre un banco corrido y moldurado. En aquél se abren ventanas adinteladas y otras redondas encima. Pilastras toscanas, dobles en las esquinas, flanquean estos huecos.

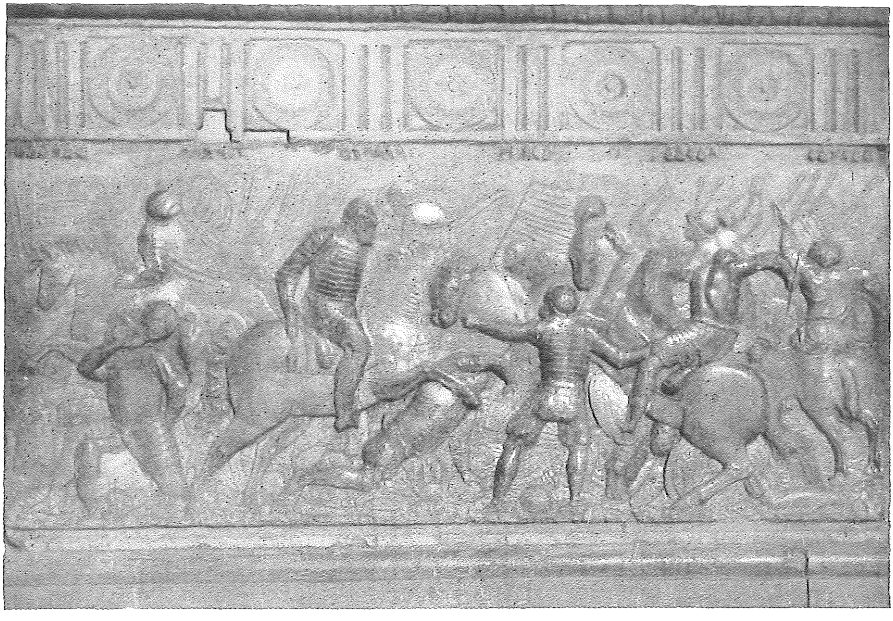
El cuerpo alto contrasta fuertemente con el inferior, por la fina labra de su sillería y la profusión del ornato, ausente de aquél. En los ejes de los huecos citados hay balcones con dinteles, y sobre ellos se repiten las claraboyas redondas, de abajo, pero extraña y poco lógicamente derramadas hacia afuera. A las pilastras rústicas corresponden otras jónicas de poco resalto, sobre altos pedestales.

Destacan en el centro de las fachadas de mediodía y poniente cuerpos ligeramente resaltados, de una ordenación más rica, labra-

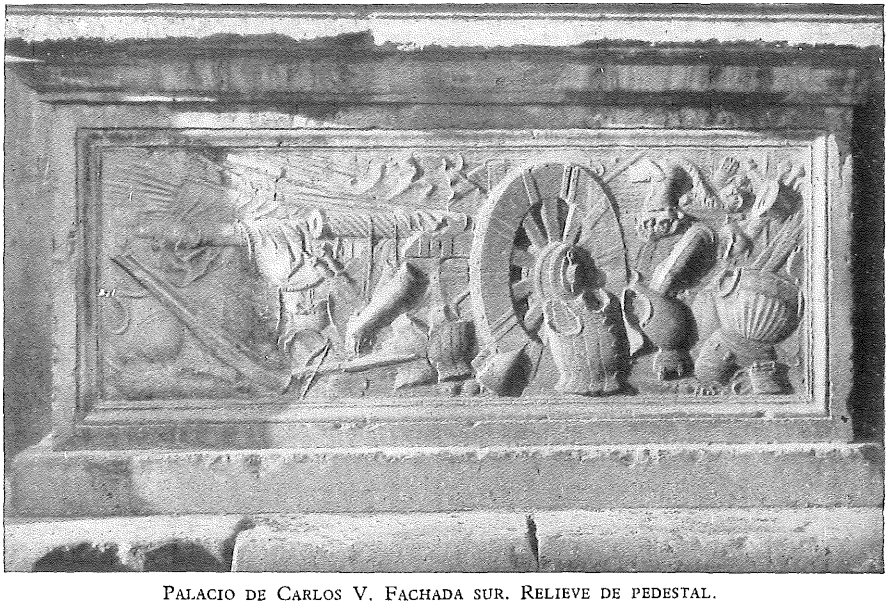
PALACIO DE CARLOS V. CUERPO CENTRAL DE LA FACHADA DE PONIENTE.



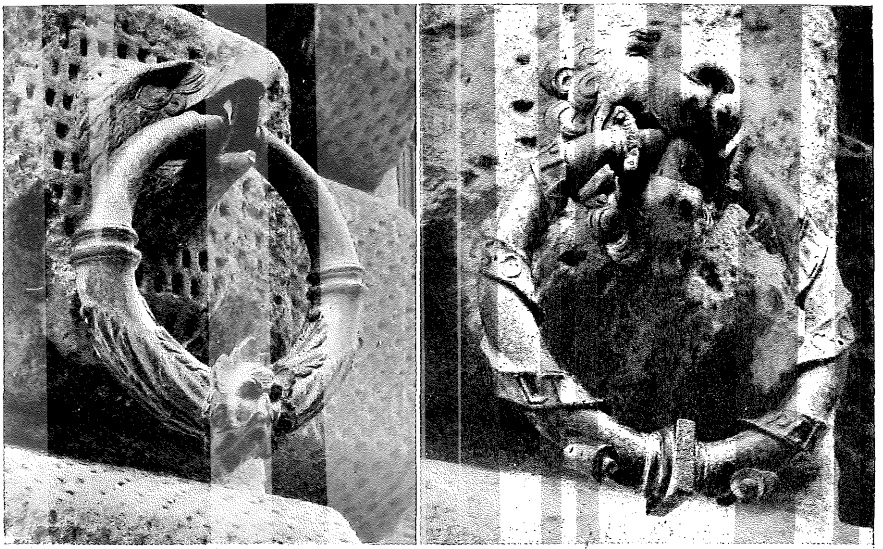
SOBREPUERTA Y MEDALLÓN EN LA FACHADA OCCIDENTAL DEL PALACIO DE CARLOS V.



PALACIO DE CARLOS V. FACHADA DE PONIENTE. RELIEVE DE PEDESTAL.



PALACIO DE CARLOS V. FACHADA SUR. RELIEVE DE PEDESTAL.



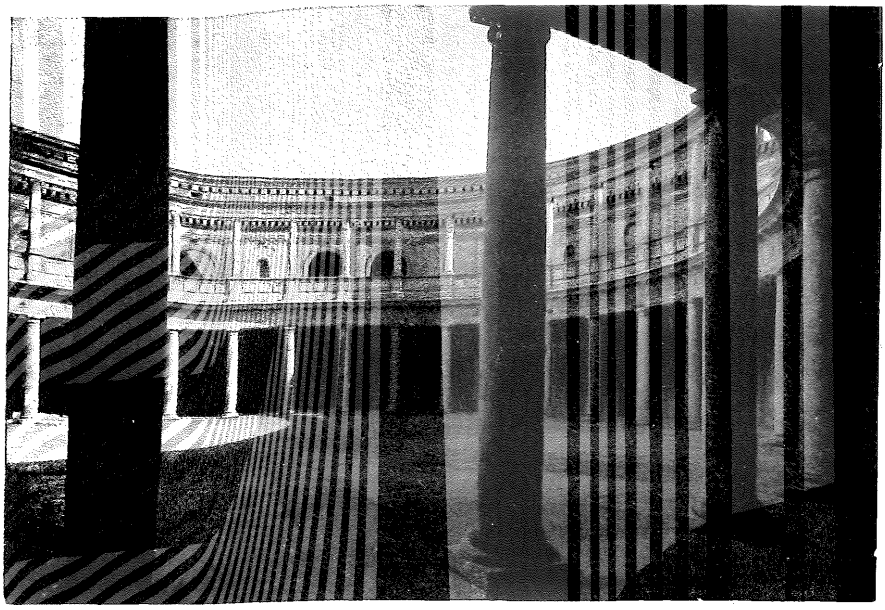
ANILLONES DE BRONCE, EN EL PALACIO DE CARLOS V.

dos en mármol gris de Sierra Elvira, señalando los respectivos ingresos. Cabe señalar partes notables entre ellos. El de la meridional, por ejemplo, es un trozo de excelente arquitectura renacentista.

El cuerpo central de la fachada de poniente es de mayor amplitud, pero mucho más seco, como de época posterior, y afectado por la intervención de Juan de Herrera en su parte más alta, labrada, de 1586 a 1592, por Juan de Mijares, siguiendo las instrucciones de aquél. Una de ellas decía que se aliviase «todo lo que fuese posible de la talla»; es decir, del adorno. La baja se hizo de 1541 a 1563. Sobre las puertas laterales y los tres balcones hay medallones circulares, en cuyo interior labró relieves el escultor flamenco Antonio de Leval, autor de los restantes de esta portada.

Siguiendo la moda de algunos palacios florentinos del siglo XV, en el cuerpo bajo de las fachadas se empotraron grandes argollas de bronce, que cuelgan alternativamente de cabezas de águila y de león, recuerdo de las usadas en análogo lugar en la Edad Media para atar los caballos. Son obras admirables que pasan generalmente inadvertidas, a pesar de la perfección y belleza de su forma.

Grande es el contraste entre la arquitectura movida y pintoresca del exterior y la severidad del patio circular. Consta éste



PATIO DEL PALACIO DE CARLOS V.

de dos pisos, pórticos adintelados ambos sobre esbeltas columnas, dóricas en el bajo, y jónicas en el de encima. Su única decoración consiste en el friso de tríglifos y métopas, con bucranios y clípeos alternando en éstas, del orden inferior, y en las ovas que realzan los capiteles de las columnas del mismo.

Como se dijo, la galería alta está hoy sin cubierta, desaparecida hace más de un siglo la provisional que tuvo. Si algún día se construye atinadamente una nueva y apropiada—quedan las cajas en los muros de piedra, donde iban a entrar pares y tirantes—, la austera arquitectura del patio ganará extraordinariamente.

IV

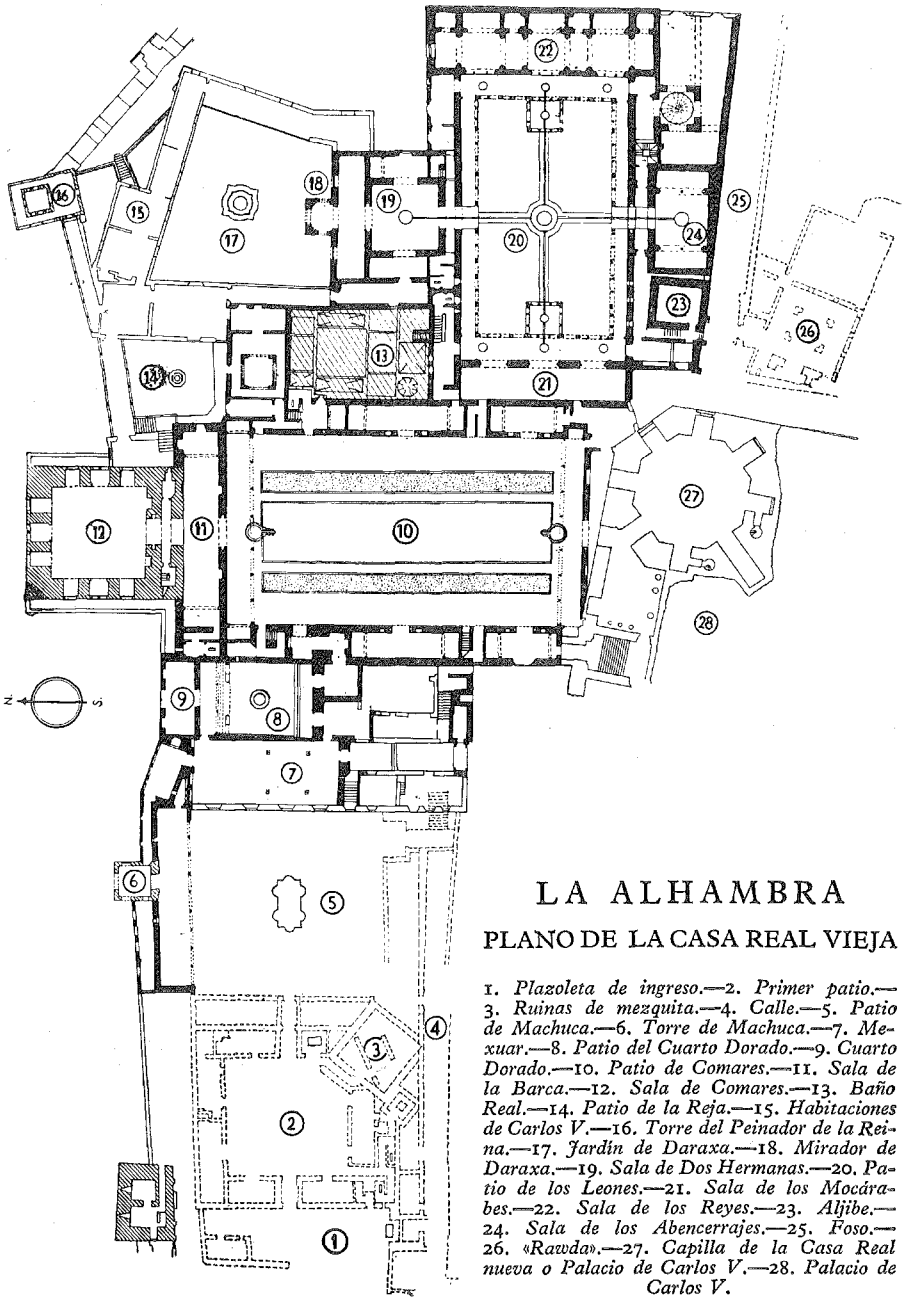
LA CASA REAL VIEJA[3]

EL Palacio de Carlos V y la iglesia de Santa María de la Alhambra, situada a su oriente, impiden hoy la visión de la *Casa Real vieja*—el palacio árabe—desde el mediodía. De no existir ambas construcciones, tan sólo se percibiría una confusa perspectiva de tejados humildes y de muros desnudos, puesto que la proximidad de otros edificios situados a nivel más alto impediría abrir huecos al exterior.

Emplazada la Casa Real sobre la muralla norte del cerro de la Alhambra, dominaba desde considerable altura gran parte de la ciudad y el valle del Darro. Los que la habitaban podían salir al exterior directamente, sin pasar por otros lugares de la Alhambra ni por las calles de la agrupación urbana. Desde sus salas dominábanse magníficos panoramas.

Los muros lisos—de cortijo más que de residencia regia—que limitaban exteriormente la Casa Real, y que hoy sólo pueden verse al mediodía del Cuarto de los Leones, donde aún existe el foso que la separaba de la Alhambra alta, encierran el único gran palacio musulmán conservado de la Edad Media. Rica y maravillosamente decorado, fué fecundo foco artístico, del que irradiaron las modas de la arquitectura doméstica, por el norte, hasta la alta meseta castellana, y hacia el sur, hasta las vertientes del Atlas y los desiertos africanos.

La admiración por los grandes monumentos del pasado ha solido nacer inmediatamente después de construídos. Los letreros



LA ALHAMBRA

PLANO DE LA CASA REAL VIEJA

1. *Plazoleta de ingreso.*—2. *Primer patio.*—3. *Ruinas de mezquita.*—4. *Calle.*—5. *Patio de Machuca.*—6. *Torre de Machuca.*—7. *Mexuar.*—8. *Patio del Cuarto Dorado.*—9. *Cuarto Dorado.*—10. *Patio de Comares.*—11. *Sala de la Barca.*—12. *Sala de Comares.*—13. *Baño Real.*—14. *Patio de la Reja.*—15. *Habitaciones de Carlos V.*—16. *Torre del Peinador de la Reina.*—17. *Jardín de Daraxa.*—18. *Mirador de Daraxa.*—19. *Sala de Dos Hermanas.*—20. *Patio de los Leones.*—21. *Sala de los Mocárabes.*—22. *Sala de los Reyes.*—23. *Aljibe.*—24. *Sala de los Abencerrajes.*—25. *Foso.*—26. «*Rawda*».—27. *Capilla de la Casa Real nueva o Palacio de Carlos V.*—28. *Palacio de Carlos V.*

de los muros de la Alhambra pregonan repetida e hiperbólicamente la belleza de salas y patios. Pero si el testimonio pareciera parcial, por inmediato y proceder de gentes acostumbradas al desmedido ditirambo, puede invocarse el del alemán Jerónimo Münzer, que visitó la Alhambra en 1494, acompañado de su alcaide, el conde de Tendilla. «En Europa—escribió—no se halla nada semejante —al palacio árabe—, puesto que es todo tan magnífico, tan majestuoso, tan exquisitamente obrado, que ni el que lo contempla puede cerciorarse de que no está en un paraíso, ni a mí me sería posible hacer una relación exacta de cuanto vi» [4].

Casi todas las construcciones de la Casa Real se levantaron en el reinado de dos monarcas del siglo XIV, aunque gran parte del esqueleto de los muros y torres del recinto puede ser anterior, pues la decoración es un revestido superficial que no fecha los paramentos que recubre, con frecuencia más antiguos. Era fácil sustituirla, ya por estar deteriorada, ya para ponerla a la moda del momento. Algunos epígrafes y ornatos de yeso o escayola pueden datarse, entre ciertos límites, merced a las referencias históricas de los primeros; pero la cronología de los muros de argamasa y ladrillo y de las bóvedas de este último material queda siempre incierta.

Al Palacio actual precedieron otros en el mismo o en próximo emplazamiento. En el reinado de Yusuf I (1314-1325) fueron decoradas—y tal vez construídas—las torres de Machuca y de Comares y se levantó el Baño. La torre del Peinador comenzóse en el reinado de ese monarca y fué terminada en el de Muhammad V (1354-1358 y 1362-1381). Éste edificó el resto de la Casa Real. Del palacio de Yusuf, cuya existencia acredita el Baño, parece, pues, que su hijo y sucesor respetó tan sólo las partes más sólidamente construídas, rehaciendo lo demás. Ambos soberanos superpusieron las estancias del Palacio a las fortificaciones: aún quedan en la torre del Peinador y en el oratorio del Partal las almenas de sus respectivos adarves, aprovechadas en el muro norte de ambos edificios, levantados sobre ellos, interceptándolos al mismo tiempo que al camino de ronda.

Se engaña el que piense encontrar en la Alhambra una organización unitaria que responda a un plan de conjunto, una idea directriz que haya presidido a la concepción arquitectónica, como en las grandes construcciones occidentales. Los palacios musulmanes se forman por superposición y yuxtaposición de diversas

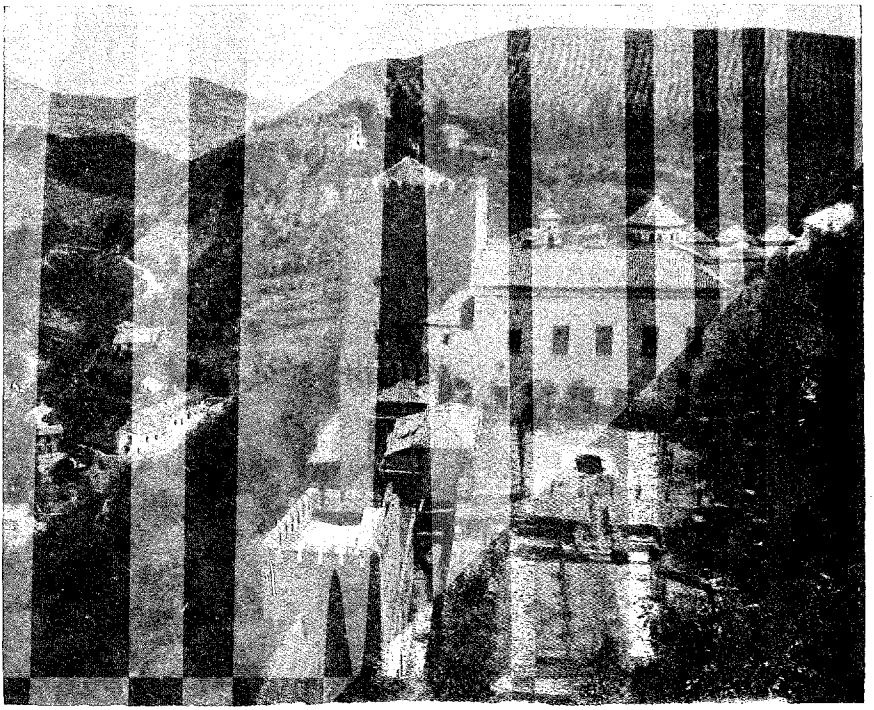
partes, sin atender a más consideraciones que a la forzosa del relieve del suelo y a las necesidades del momento. La célula inicial es el patio rectangular, con pórticos sobre columnas en los lados menores, sala transversal con entrada por cada uno de ellos y alcobas en sus extremos, y, cuando la topografía o la existencia de una huerta lo permite, una torre saliente al fondo. Naves de habitaciones cierran los costados. La disposición se encuentra ya iniciada en el patio del Palacio del Castillejo, en la vega de Murcia, junto a Monteagudo, levantado en el siglo XII.

De acuerdo con lo dicho, la Casa Real de la Alhambra se formó por la yuxtaposición de varios patios, tres de ejes paralelos norte-sur: uno, sin nombre, de ingreso; el de Machuca y el de Comares. Otro hay aparentemente normal a éstos: el de los Leones, obligado el cambio de eje por la existencia anterior del Baño.

Es de admirar en la Alhambra, y revela el refinamiento de la vida en ella respecto a la de los palacios occidentales, la cuidadosa instalación de abundantes retretes, aislados lo más posible de las restantes dependencias, y la bien distribuída red de atarjeas con agua corriente, que facilita el rápido alejamiento de las sucias.

Para el que conozca bien la estructura interna de las fábricas de la Casa Real, como de todos los edificios civiles levantados por los nazaríes, será siempre motivo de admiración verlas aún en pie. En contraste con las sólidas obras militares antes descritas, la endeblez de los muros, suelos y cubiertas del palacio aparece bien notoria allí donde falta el revestido que los recubre. Muros de tierra o de ladrillo con mortero pobre en cal y maderos embebidos, como en las construcciones más antiguas de Oriente; suelos y armaduras de livianas maderas, sin escuadrar apenas, ocúltanse tras una decoración de gran riqueza aparente: enchapados de barro vidriado en los zócalos; placas de yeso o escayola, dorada y policromada, que recubren el resto de los muros; delgadas tablas talladas y miniadas con primor, que tapan techos y dinteles: así se elevaron rápidamente palacios de sugestiva fragilidad, condenados, al parecer, a breve existencia.

Los monarcas granadinos no construían para la eternidad. Al llegar al trono, aspiraban a estrenar un nuevo palacio; en el de su antecesor permanecían los familiares de éste o era abandonado o destruído. Dicho queda cómo a la Casa Real de Muhammad V, es decir, a la actual conservada, precedieron otras varias. Si ésta



LA CASA REAL VIEJA Y EL VALLE DEL DARRO, DESDE LA TORRE DEL HOMENAJE.

subsistió durante el siglo XV, ello fué debido a la gran decadencia de la dinastía durante el curso de aquella centuria; más tarde, a la atención de los Reyes Católicos y de sus inmediatos sucesores.

La literatura ha tratado de explicar el milagro de la conservación del palacio nazarí, recogiendo tal vez consejas populares, suponiéndolo levantado por un nigromante que vendió su alma al diablo, quien desde entonces lo protege por mágico encantamiento.

Por todas partes se percibe en la Casa Real el arte admirable de asociar la arquitectura a la vegetación y al agua corriente, así como el de variar los efectos y desarrollar en profundidad perspectivas escalonadas en las que alternan partes en sombra con otras iluminadas, dando lugar a una serie de impresiones imprevistas y cambiantes, profundamente modificadas con la luz de las diferentes horas del día. Pero hay que desechar la idea falsa de que la composición arquitectónica obedece al deseo de lograr tales

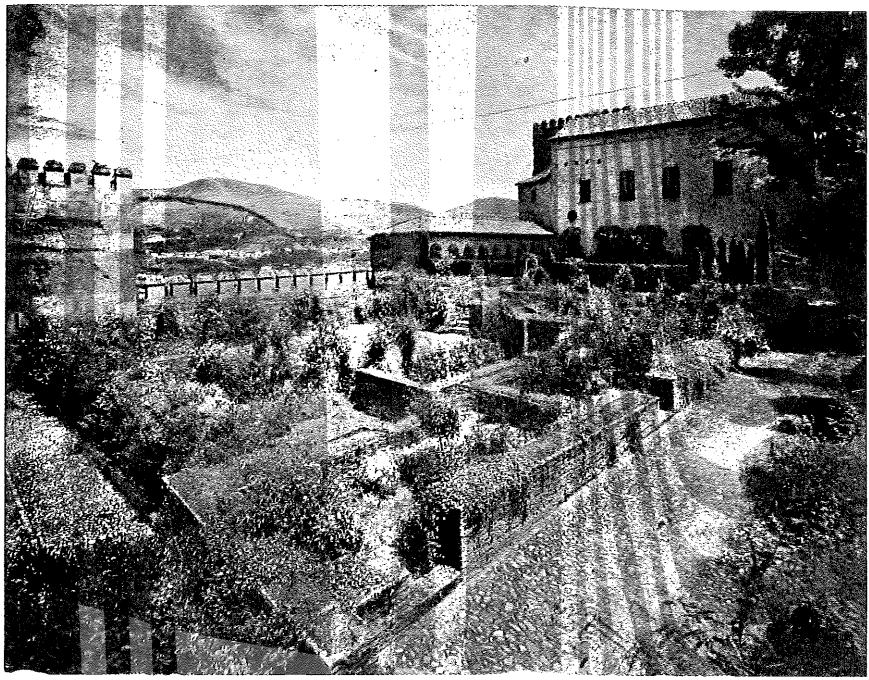
perspectivas. Vemos ahora un palacio sin puertas ni cierres de madera en balcones y ventanas, existentes cuando estaba habitado. El de los nazaríes era de estancias más cerradas, más íntimas, y en su penumbra cobraba todo su valor la rica y fuerte policromía. Los huecos entre las celosías, puntos luminosos y brillantes, armonizarían bien con las estrellas de plata y oro de muros y bóvedas.

No es fácil a las gentes de hoy comprender y gozar el arte de la Casa Real vieja. Lo que la mayoría de los visitantes admira es su situación y el paisaje en torno; la maravilla de armonía del patio de la Alberca y la fragilidad pintoresca del de los Leones, de perfecta unidad ambos, como no la tienen los de las más famosas «madrazas» de Marruecos. El arte, complejo y refinado a la vez, del granadino queda lejos del gusto presente. Sus secretos tan sólo se revelan, lentamente, a los que los contemplan con calma y persistencia, olvidados del correr del tiempo. No se hizo para el disfrute de grandes muchedumbres, sino para el de las escasas gentes que la habitaban. Sobre la humilde puerta de ladrillo por la que dimos nuevo y más adecuado ingreso al palacio nazarí, debería colocarse un epígrafe con las palabras con que tituló, en el siglo XVIII, su libro de versos el poeta granadino don Pedro Soto de Rojas: «Paraíso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos.»

Ingreso y patio de Machuca, o del Mexuar.

Las gentes que en el siglo XIV y en el XV subían a la Casa Real de la Alhambra desde la parte oriental de la ciudad, pasando por la puerta de las Armas, o desde los barrios y arrabales del mediodía, a través de la de la Justicia, llegaban a una plazoleta empedrada, cerrada a oriente por el muro exterior de un edificio, seguramente de fachada lisa, desnuda, sin decoración. A su pie hubo un poyo de fábrica para descabalgar cómodamente, y una pila de mármol, con su fuente. De todas estas construcciones de ingreso, que se ven hoy a la izquierda y en bajo, antes de penetrar en el Palacio, no queda más que la parte inferior, reconstruída, de sus muros.

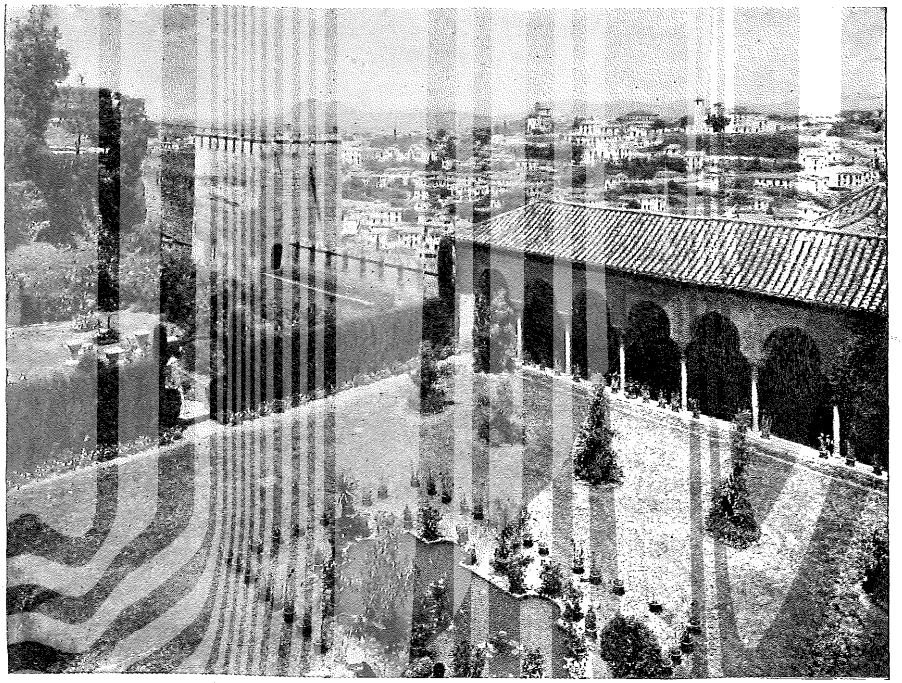
Traspasado el hueco donde estuvo la puerta del muro de fachada y lo que fué pequeño zaguán, éntrase en un patio cuadrado, al que rodeaban estrechas naves con locales de servicio, que se



CIMIENTOS DE CONSTRUCCIONES EN EL INGRESO DE LA CASA REAL VIEJA.

extendían por la parte alta, pues se reconocen los arranques de dos escaleras, una de ellas con entrada independiente desde la plaza. En el ángulo sudoeste del patio hay un corto pasillo de ingreso a dos retretes, y en el de sudeste se ven los cimientos de una construcción que lo achaflana, cuadrada, probablemente un oratorio, colocado así para darle la orientación ritual hacia la Meca, al que se subía desde el piso del patio por una escalerilla, y junto al cual había un pequeño alminar cuadrado, con macho central, estrecha torre que aún se ve en pie en grabados del siglo XVII. Inmediata hay otra pila de mármol con agua corriente.

Desde este primer patio, subiendo varios peldaños de mármol, se llega al *de Machuca*, de mayor tamaño e importancia artística. Este segundo patio, cuyo nombre actual viene de haberse guardado durante el siglo XVI, en uno de los aposentos inmediatos, las trazas y modelo en madera hechos por el arquitecto del Palacio de Carlos V, antes nombrábase *del Mexuar*. Formaba un cuadrado



PATIO DE MACHUCA.

de 23 metros de lado, con sendos pórticos de nueve arcos iguales, de medio punto, en sus lados norte y sur; este último, desaparecido.

Al fondo del pórtico norte, una puerta da entrada a una torre de 4 por 3,80 metros, que avanza sobre el Bosque, como se llama, desde el siglo XVI, a la pendiente escarpada de la colina a cuyo fondo corre el Darro.

La torre se abre en sus tres frentes exentos por otros tantos balcones con arcos de medio punto festoneados. En uno de los laterales quedan restos de la celosía de madera que lo cerraba. El central tuvo un ajimez o balcón muy volado, sobre jabalcones de madera cuyos extremos se conservaban empotrados en el muro. Los paños interiores están cubiertos de yeserías, y sobre la cornisa de mocárabes que los limita asiéntase la armadura de forma de artesa, apeinazada, es decir, con viguetillas vistas y al fondo la tablazón. La torre datará, a juzgar por sus adornos, de Yusuf I, y el patio, de Muhammad V.

La alta nave que cierra este patio a oriente, cuya fachada tiene rejas voladas en la planta baja y balcones de hierro en la alta, es una construcción pesada y sin carácter, levantada en distintas épocas, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, alterando profundamente su primitivo aspecto, imposible de reconstituir. Con su gran masa, rompe la unidad de las construcciones árabes, de cubiertas más reducidas, y las oculta por completo desde la plaza de los Aljibes.

Arrancan del patio de Machuca dos escaleras: una angosta y otra más ancha; esta última, del desaparecido pórtico meridional. Conducen al ingreso del *Mexuar*, situado en el fondo de un reducido patinillo, por el que se penetra actualmente en la Casa Real.

La puerta tiene un falso dintel de dovelas de yeso y pilastras en los costados, sobre las cuales hay zapatas que sostienen los extremos del alero, protección obligada a las yeserías que hay bajo él y al desaparecido zócalo de azulejos.

En el Mexuar—*Maxwar* en árabe—, situado siempre a la entrada de los palacios musulmanes, el monarca granadino—según refiere Al-Umari en el siglo XIV—daba audiencia a sus súbditos, asistido por los principales miembros de su familia y otros personajes, los lunes y jueves por la mañana. Después de la lectura de una parte del Alcorán y de un fragmento de las tradiciones del Profeta, el visir escuchaba las quejas y peticiones de las gentes.

El Mexuar de la Alhambra acababa de construirse en 1365, según una *qasida* de Ibn Zamrak, fechada ese año, que lo describe:

Enhorabuena por tu feliz construcción,
asilo para días de consejo y de dádiva;
bello halo de tu luna, convertido
en refugio de pedigüeños y lugar en que son derribados los enemigos.
. . . . . .
¡Qué bella su cúpula, más alta que los cielos,
que rebasa la vista del espectador!
Las maravillas de su tisú admiran,
como el tisú de la primavera, cuando cae la lluvia[5].

El poeta alude, sin duda, a la cúpula—de mocárabes, o un techo en forma de artesa invertida, de maderas labradas—, cubierta des-

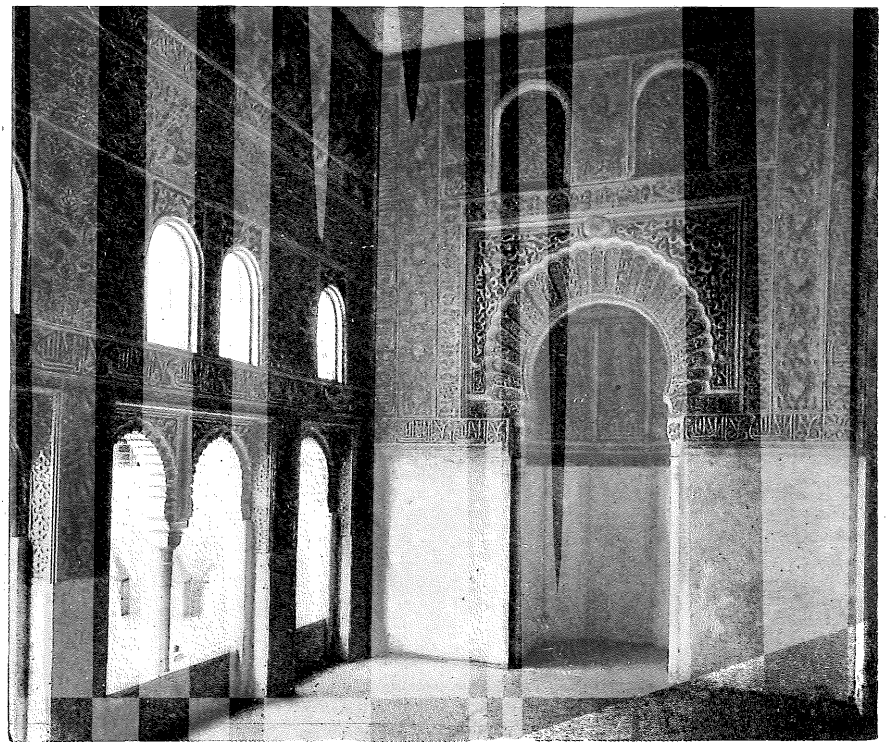
INTERIOR DEL MEXUAR.

aparecida de la linterna o cuerpo de luces, sobre cuatro columnas de mármol, que apean dinteles con ayuda de mocárabes, cuya parte inferior se ve en la parte delantera del salón al que la puerta descrita sirve de ingreso.

El oratorio del Mexuar.

Una puerta moderna, al fondo del Mexuar, da entrada a un pequeño *oratorio* o capilla doméstica, bien definida, por tener *mihrab*, o sea el nicho orientado hacia la Meca, que caracteriza a las mezquitas. Su ingreso antiguo hacíase por la torre de Machuca, de cuyos aposentos formaba parte.

Data el oratorio de Muhammad V, como todas estas habitaciones de la Casa Real, monarca al que alude alguna de las inscripciones que en él hay.

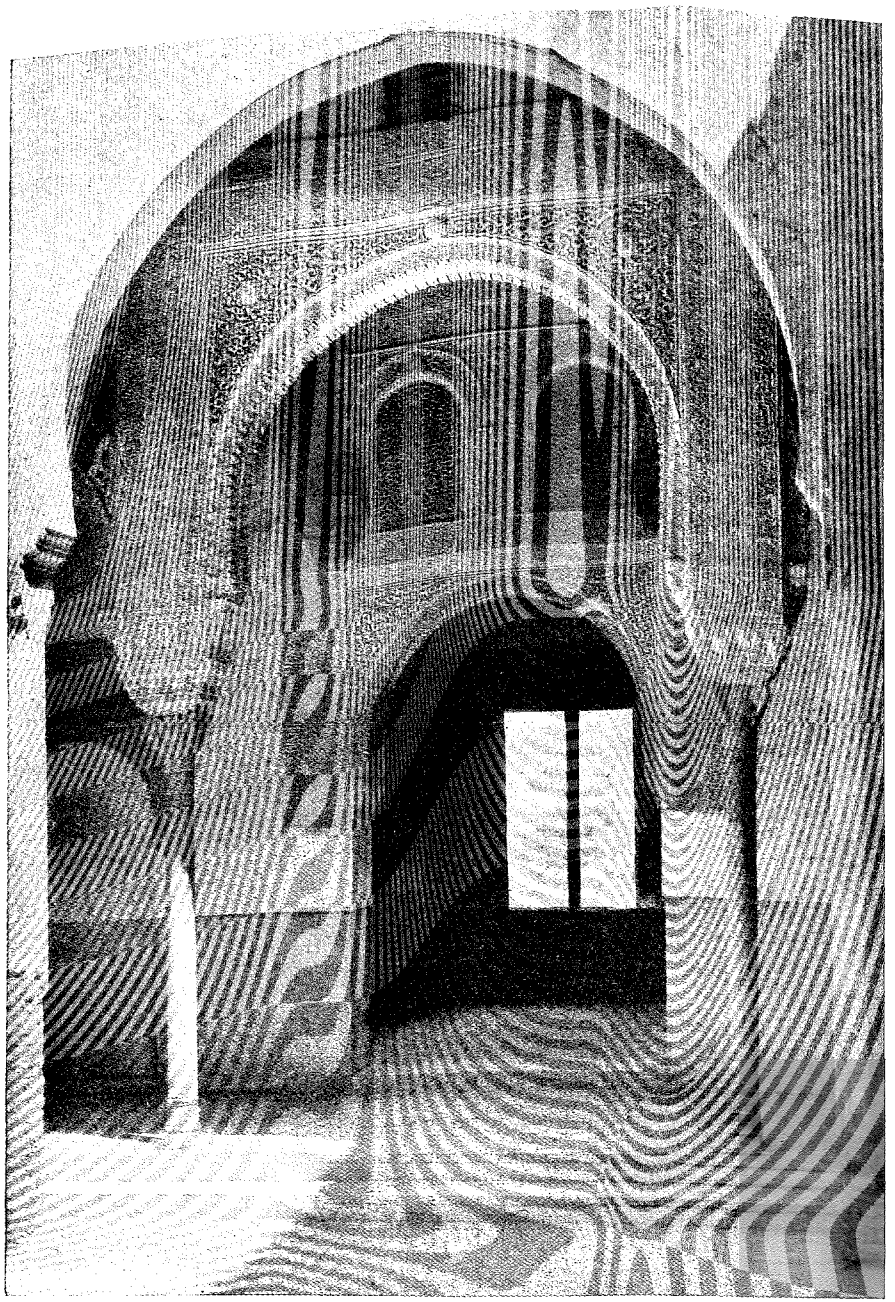


ORATORIO INMEDIATO AL MEXUAR.

Una puerta, interceptada por el bello zócalo de alicatado—mosaico de cerámica vidriada—hecho en el siglo XVI, que rodea toda la sala, comunicaba el Mexuar con un pequeño patio a su oriente.

El patio del Cuarto Dorado.

Así se llama por la sala que tiene al norte, muy restaurada en tiempo de los Reyes Católicos, cuyo ingreso se abre en el fondo de un pórtico de tres arcos—mayor el central—, sobre columnas de mármol con capiteles de tradición almohade. Por delante se construyó otro, en el siglo XVI, liso y pesado, no fiándose de la resistencia de aquél, al que en parte oculta, para sostener



PÓRTICO DE INGRESO AL CUARTO DORADO.

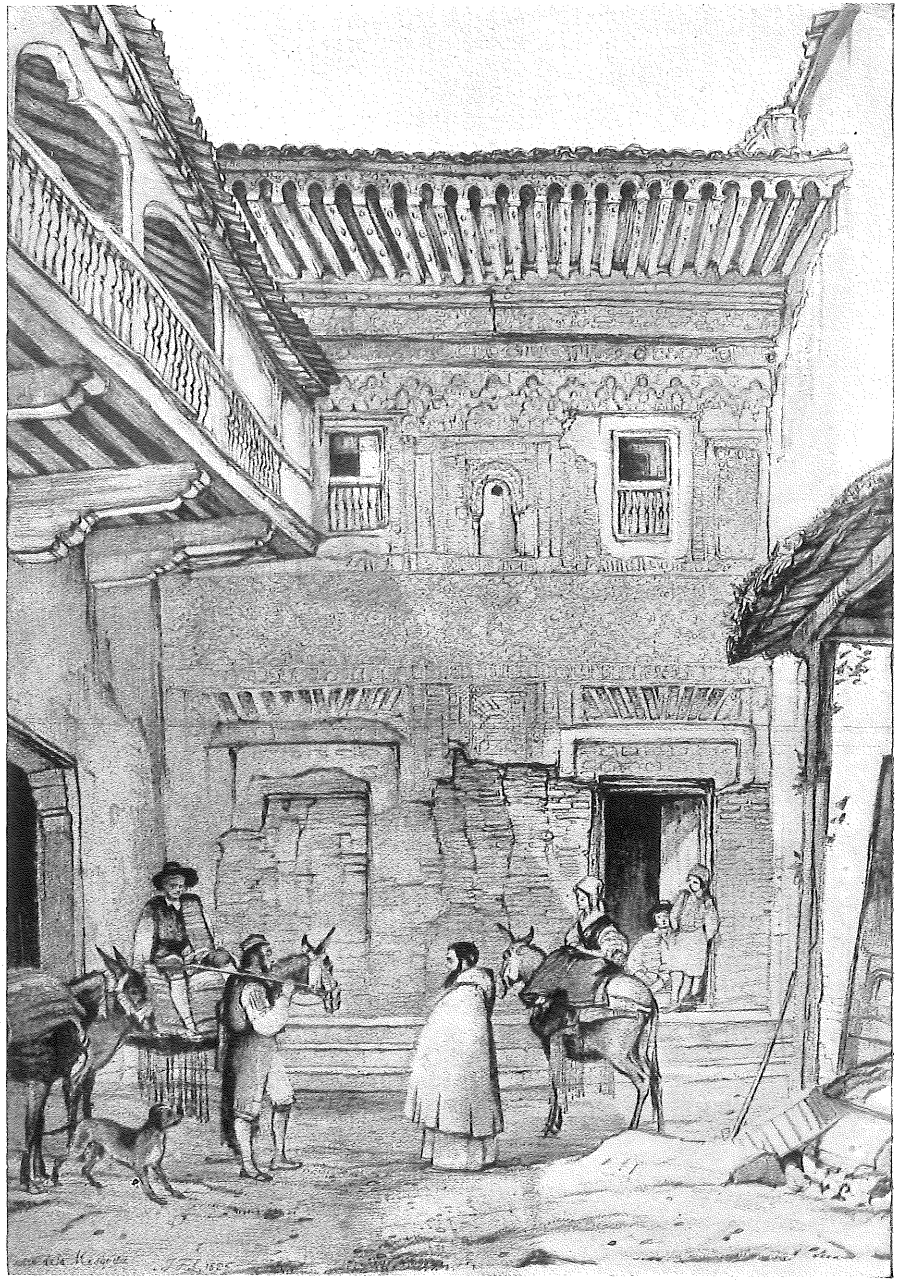
un piso alto, en cuyas habitaciones vivió la emperatriz Isabel en el verano de 1526, según indica la planta de las Casas Reales dibujada por Machuca.

Este patio servía de reparto y acceso a diferentes locales; no de estancia, como el descrito de Machuca y los que encontraremos más adelante. Sin embargo, su composición, hoy alterada, era perfecta, contrastando los dos muros desnudos que lo cierran lateralmente con el esbelto pórtico de tres arcos, que es su límite norte, y la fachada frontera del Cuarto de Comares.

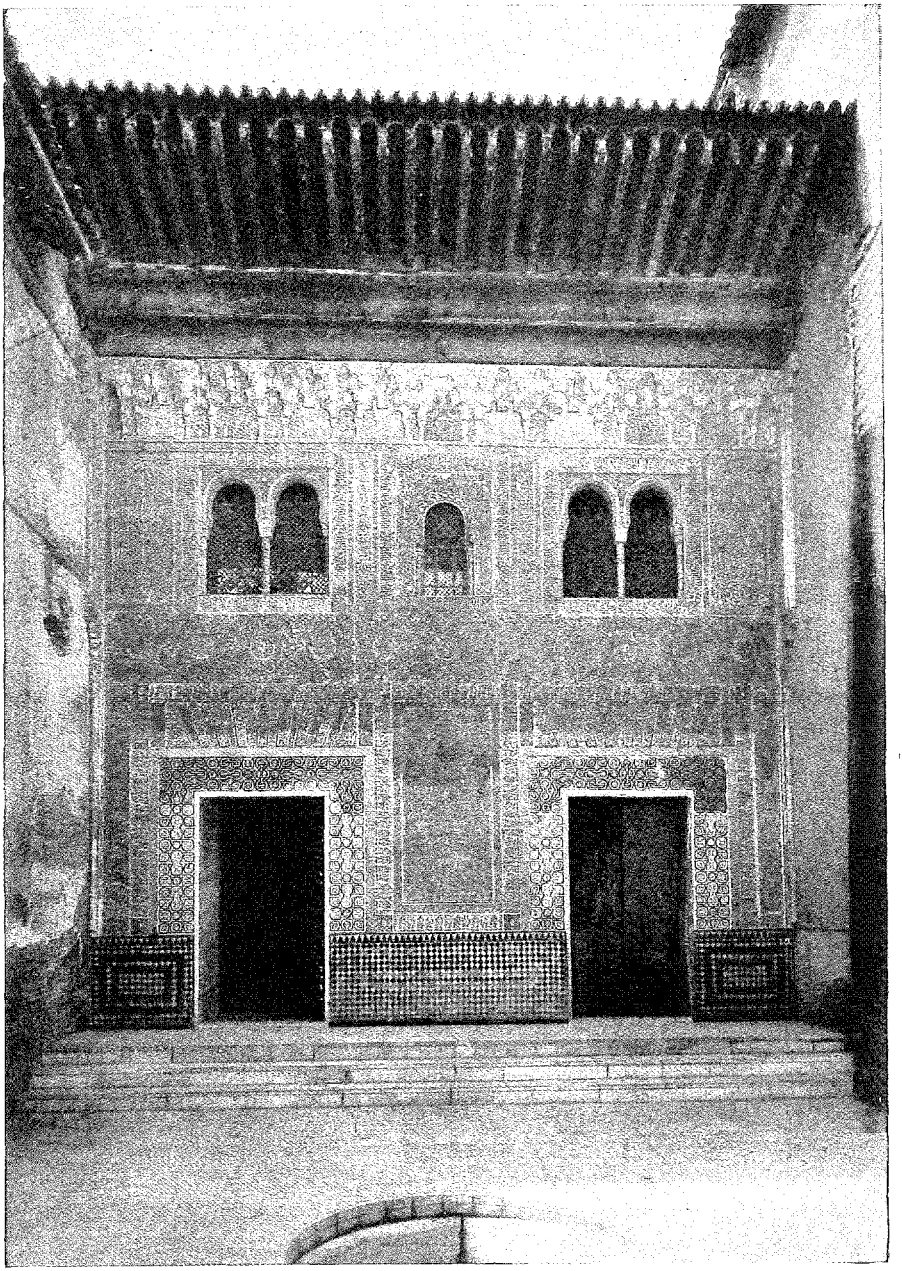
El Cuarto de Comares.

En las antiguas descripciones de la Casa Real posteriores a la Reconquista no se mencionan el patio de Machuca ni el que le precede, que estarían repartidos en viviendas, desfigurados, ruinosos, y cuyo decorado sería nulo o muy escaso. Algunos escritores, como Mármol, citan el Mexuar, situado a continuación; pero la mayoría no mencionan más que el *Cuarto de Comares* y el de los Leones: es decir, los locales agrupados en torno a los dos famosos patios. En algunas épocas, durante el dominio musulmán, estarían éstos comunicados; pero en otras fué completa su independencia, arquitectónicamente ya señalada. En efecto, Hernando de Baeza, secretario de Boabdil, el último monarca nazarí, refiere cómo el padre de éste, Muley Hasán, al convertir a la Romía —doña Isabel de Solís—en su querida, «desde allí hizo vida con ella, y fué tenida por rreyna, y nunca jamás habló ni vido a la rreyna su muger: antes ella con sus hijos tenía su casa y estado y gente en el quarto de los leones, y el rrey en la torre de Comares con la otra rreyna»[6].

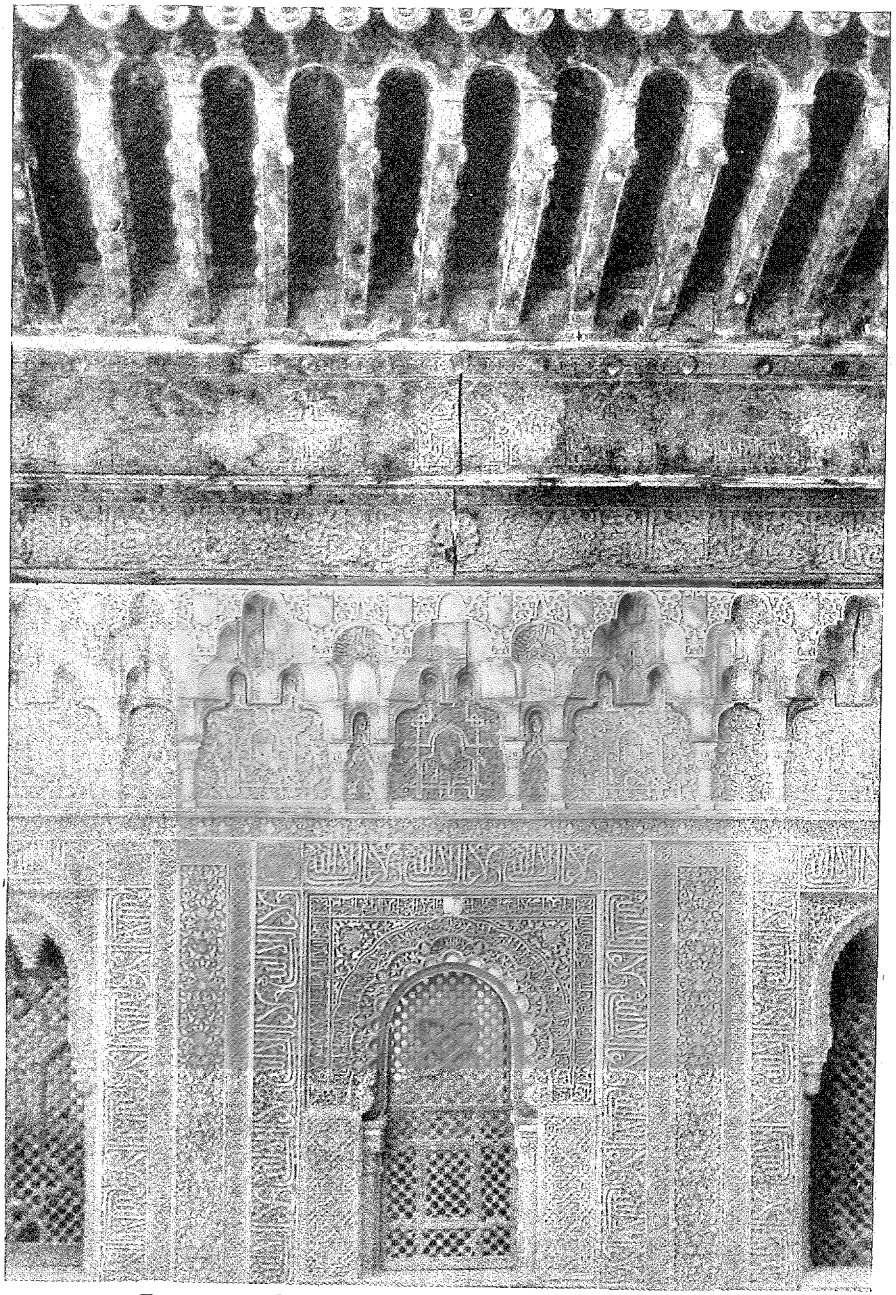
La fachada del Cuarto de Comares es interior: da a un patio, según lo acostumbrado en la arquitectura doméstica hispanomusulmana. Álzase sobre un basamento de tres gradas de mármol. En su parte baja se abren dos puertas adinteladas, simétricas, con recuadros de azulejos que también decoran el zócalo; en el eje de cada una hay una ventana de dos arcos gemelos, correspondientes al piso alto, y otra en el centro, tal vez antes cegada. Cubre toda la fachada sobre el zócalo fina decoración de escayola y yeso, que estaría, como todas, policromada.



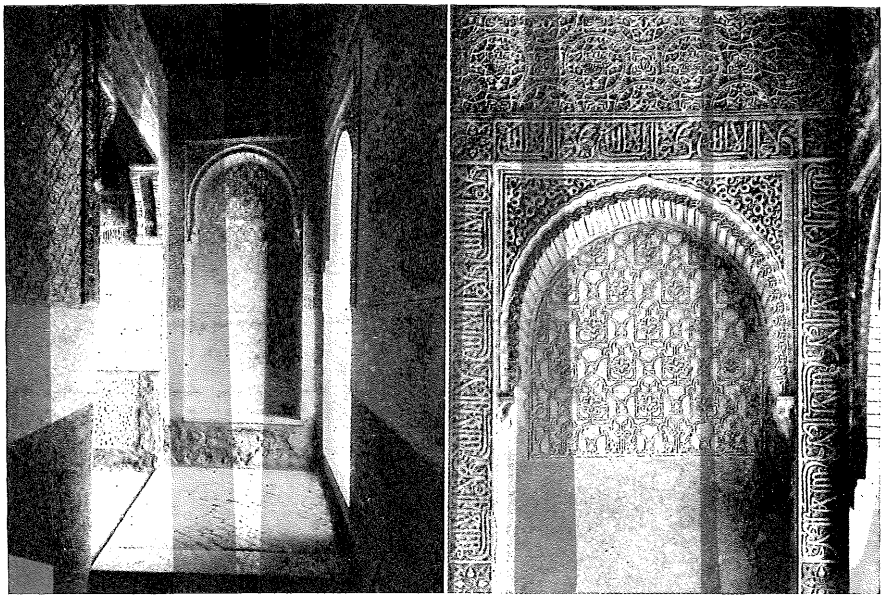
PATIO DEL CUARTO DORADO, EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX. (DIBUJO DE LEWIS.)



FACHADA DEL CUARTO DE COMARES, EN EL PATIO DEL DORADO.



FACHADA DEL CUARTO DE COMARES. DETALLE DE LA PARTE ALTA.



PASO DEL PATIO DEL CUARTO DORADO AL DE COMARES. ARCO CIEGO EN EL MISMO.

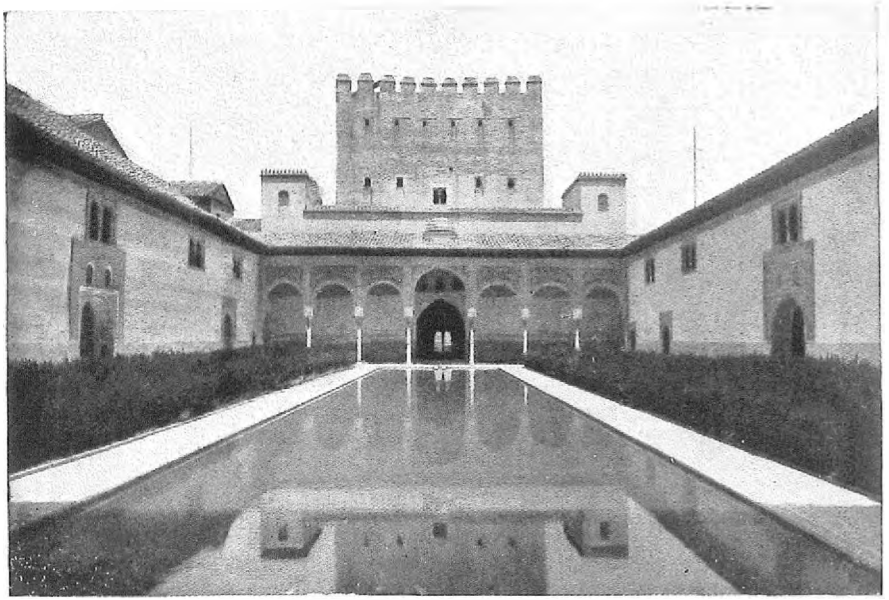
Termina en un gran friso de madera, con inscripción alusiva a Muhammad V, sobre el que vuela un gran alero, cubiertos ambos de admirable talla; conservan algunos restos del color que tuvieron. Protegía muy eficazmente el último, con su vuelo de más de un metro, la decoración policroma de la fachada.

En la puerta de la derecha subsiste parte de las hojas primitivas que la cerraban. Se perciben claramente en esos restos adornos geométricos de cobre. La puerta de la izquierda da paso a una sala, y desde ella, por un pasadizo en doble recodo, con poyos para la guardia, se llega al patio de Comares.

El patio de Comares.

El citado pasadizo desemboca en uno de los costados del patio llamado *de Comares* en el siglo XVI, una de las partes principales de este alcázar; después se le ha nombrado también *de la Alberca*, o *de los Arrayanes*.

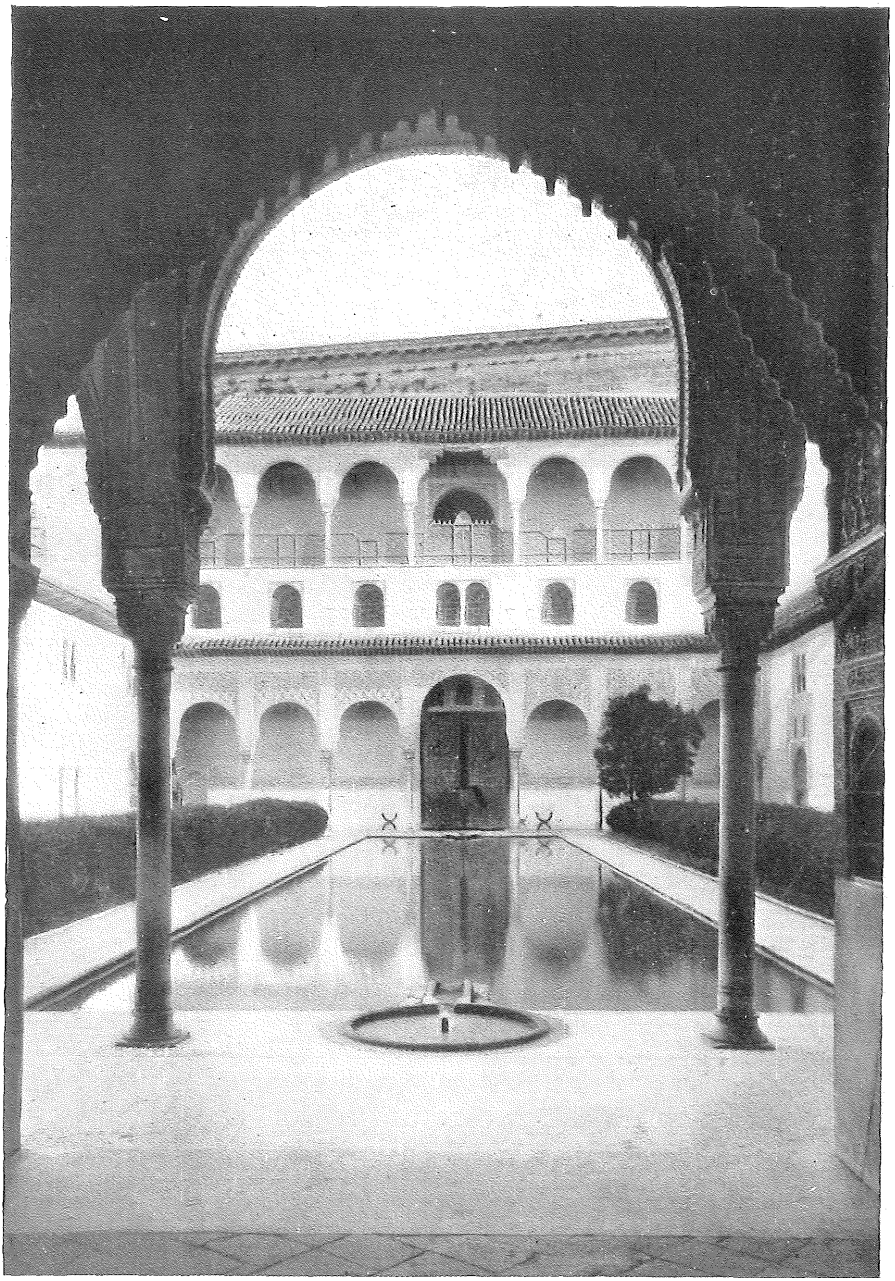
PATIO DE COMARES VISTO DESDE LA CORNISA DEL PALACIO DE CARLOS V.



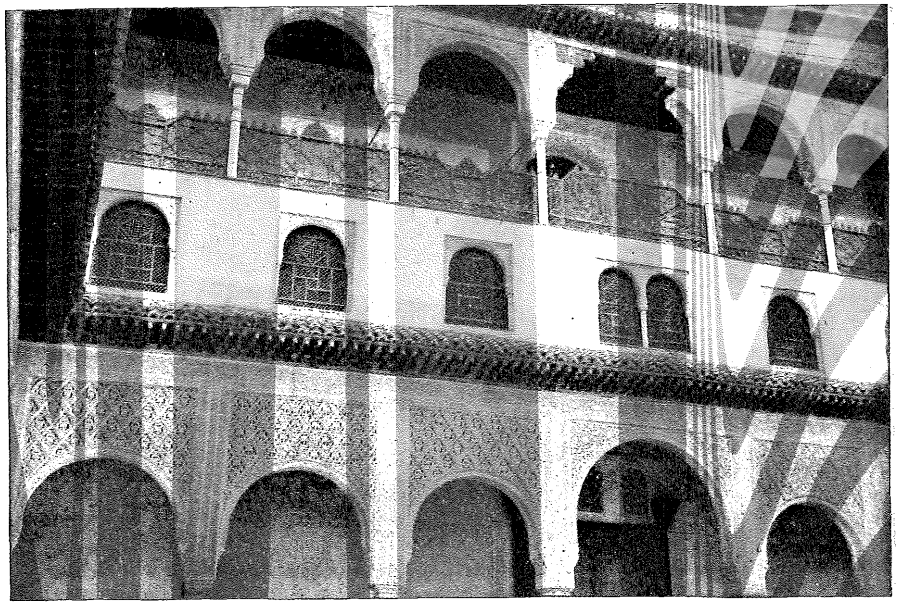
PATIO Y TORRE DE COMARES.

El que por primera vez lo visita queda impresionado por su original composición y abierta y graciosa traza, que constituyen uno de los mayores aciertos arquitectónicos de la Casa Real.

Tiene planta rectangular alargada, cuyos lados miden 36,60 por 23,40 metros; pórticos de siete arcos semicirculares (destacando el central, de mayor tamaño), con lo que evita la monotonía del de Machuca, sobre columnas de mármol, en sus lados menores, de norte y sur, y naves de habitaciones en los costados. Limitan éstos muros desnudos, interrumpidos tan sólo por las puertas de las salas bajas y las ventanitas gemelas que hay sobre ellas en el piso superior, destinado a vivienda de mujeres. Unas y otras tienen guarniciones o recuadros con decorado de escayola, material que es también el de los arcos. Los pórticos comprenden las dos alturas de las naves de los costados y cubren las albanegas de sus arcos rombos con labores caladas, de escayola. Al fondo del pórtico norte se levanta el muro liso, tan sólo interrumpido por pequeños huecos, y coronado por almenas, de la gran torre de Comares.



FRENTE MERIDIONAL DEL PATIO DE COMARES.

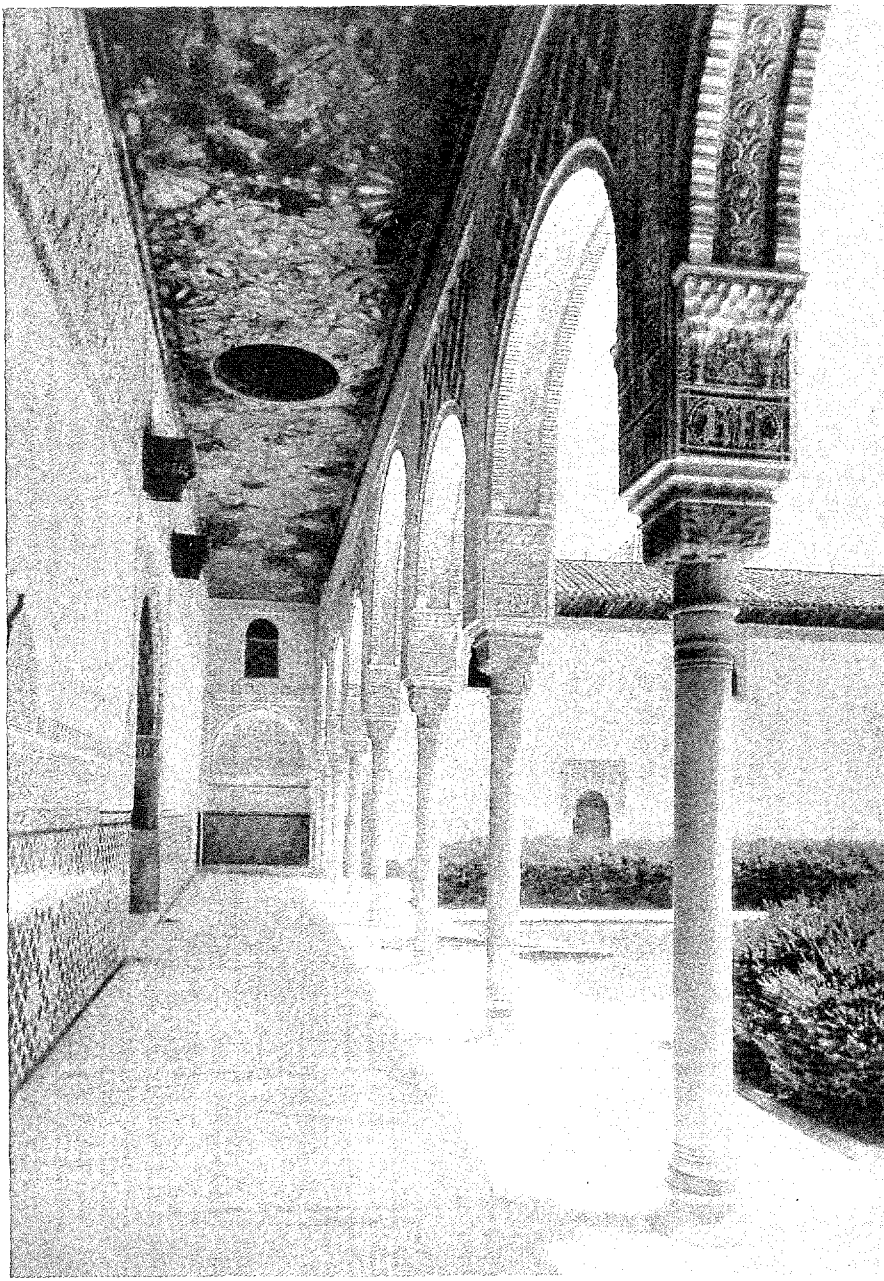


DETALLE DEL FRENTE SUR DEL PATIO DE COMARES.

Sobre el pórtico frontero se construyó un entrepiso de muy poca altura, abierto por varias ventanas arqueadas, gemela la del centro, y encima otra galería, como la de abajo, pero sustituído el arco central, para no dar excesiva elevación al alero, por un dintel de madera que apean zapatas escalonadas. Encontramos aquí, por primera vez en la Casa Real—el de Machuca está mutilado—, el patio con pórticos tan sólo en los lados menores, feliz creación de la arquitectura andaluza.

Una alberca estrecha y larga ocupa el centro del patio, solado de mármol, y una fuente baja en cada extremo—hubo otra en el centro—la surte de agua. Bordéanla a uno y otro lado setos de arrayán, de los que sobresalen algunos naranjos.

Sobre el zócalo de azulejos del pórtico norte figura una inscripción cursiva que reproduce los dos primeros versos de una larga *qasida*, de más de noventa, de Ibn Zamrak, recitada, según Ibn al-Jatib, en un *Mawlid* (aniversario del nacimiento del Profeta) «después de que—Muhammad V—terminó las famosas construcciones de su palacio» [7]. La parte contenida en el letrero per-



PÓRTICO SEPTENTRIONAL DEL PATIO DE COMARES.

mite datar esa conclusión hacia octubre del año 1369, fecha en la que el soberano escribía a la Meca dando cuenta de la conquista de Algeciras [8].

Hay en este patio de Comares felicísima armonía entre la arquitectura, el agua y la vegetación, repetida en otros lugares de la misma Alhambra y en diversas construcciones granadinas. Sobre el blanco de las losas de mármol destaca el verde sombrío del arrayán, interrumpido por el más claro de los naranjos. Aquél da al agua muerta de la alberca un tono verdoso, fondo en el que se reflejan los esbeltos pórticos, con sus albanegas ricamente adornadas. El elemento de enlace de partes tan diversas es el alero, de canecillos muy volados, inclinados hacia arriba, como todos los de la Casa Real, que corre a la misma altura en torno del patio.

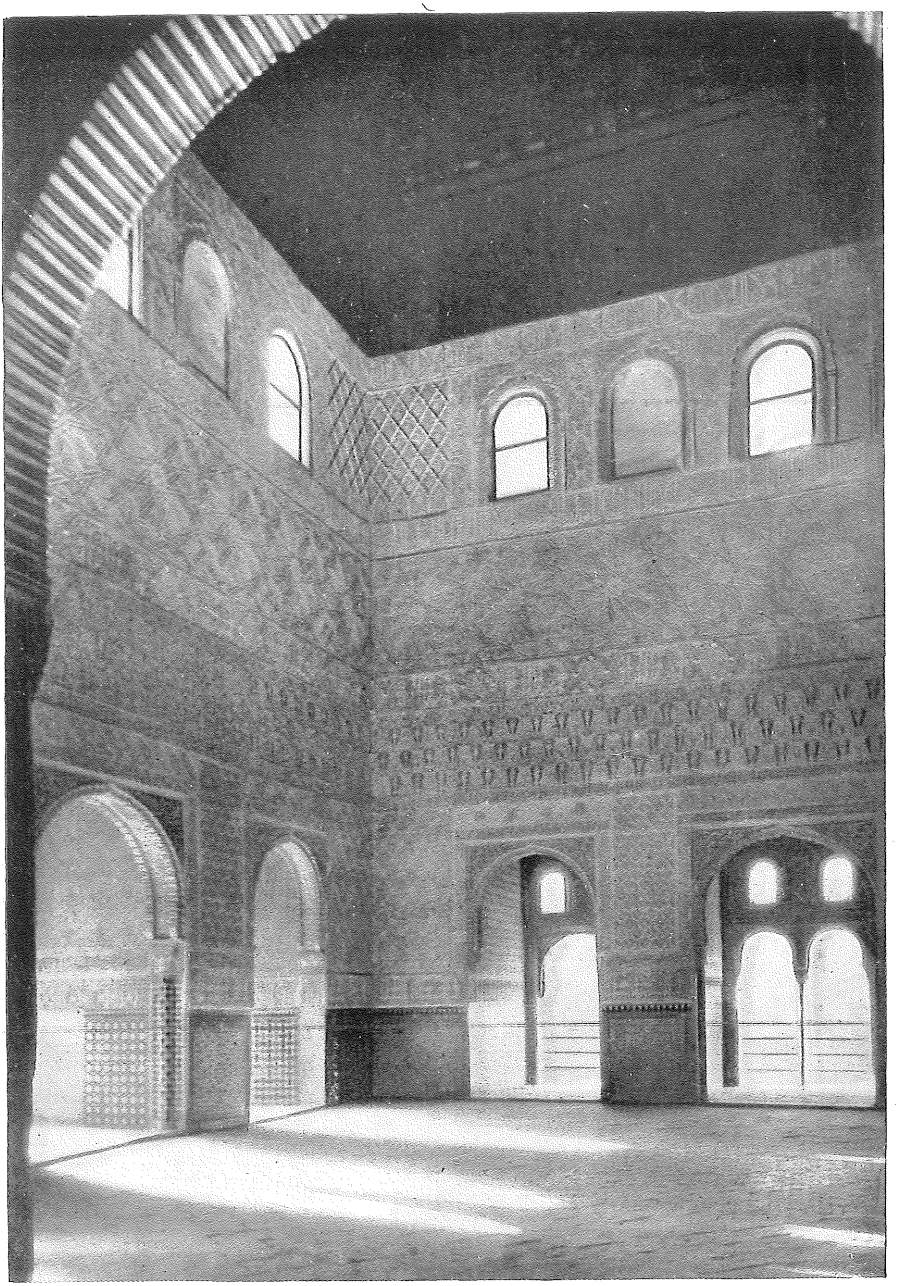
El pórtico o galería alta es uno de esos espléndidos miradores que veremos dispuestos para la contemplación del paisaje en los lugares más apropiados para ello.

La sala de la Barca.

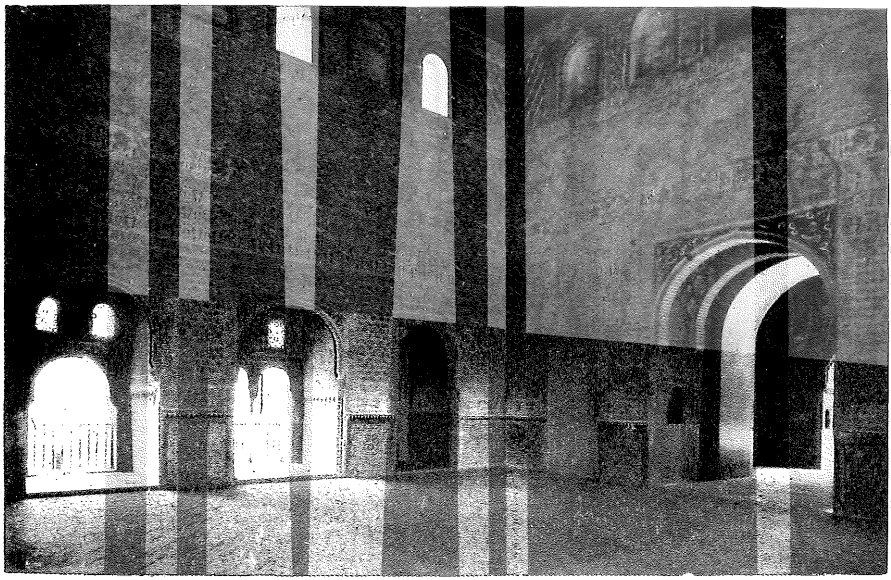
La puerta del pórtico norte da paso a una sala llamada *de la Barca*, probablemente por su cubierta de madera, semicilíndrica y terminada en sus extremos en cuarto de esfera; magnífica obra de carpintería de lazo, pintada y dorada, destruída por un incendio en 1890. En los extremos de la sala hay sendas alcobas, separadas por arcos peraltados con festones de mocárabes; éstos forman también las pechinas de acuerdo de muros y cubierta. En las alcobas había, en el siglo XVI, tarimas, que la tradición suponía camas del rey moro. Subsiste parte del zócalo de alicatados. Las decoraciones murales conservadas son yeserías de excelente traza y aún lucen parte de su policromía, renovada en época cristiana, pero en la tradición musulmana. La alcoba de la derecha tiene en su fondo una puerta, abierta en el siglo XVII, y la frontera, otra, que comunica con un retrete, en cuyos zócalos se ven restos de pinturas de lazo.

La torre y la sala de Comares.

Fronteras a la de entrada a la sala de la Barca hay otras dos puertas arqueadas, entre las cuales, a derecha e izquierda, se



INTERIOR DE LA SALA DE COMARES.



ÁNGULO SUDESTE DE LA SALA DE COMARES.

dispusieron estrechos pasadizos. El segundo conduce a la escalera de subida a los pisos altos de la torre; el de la derecha, a una reducida camarilla, con un arco de herradura y yesería en su fondo, ricamente decorado, en forma análoga a los de los *mihrabs*. Las inscripciones que hay en sus muros nombran a Muhammad V.

Tras el pasadizo, un arco de mocárabes da entrada a la *sala de Comares*, abierta en el interior de la gran torre y cuyo nombre procederá de la palabra árabe *qamriyya*, o *qamariyya*, con la que se conocían en Oriente las vidrieras de colores que tuvo, usadas en El Cairo desde la segunda mitad del siglo XIII.

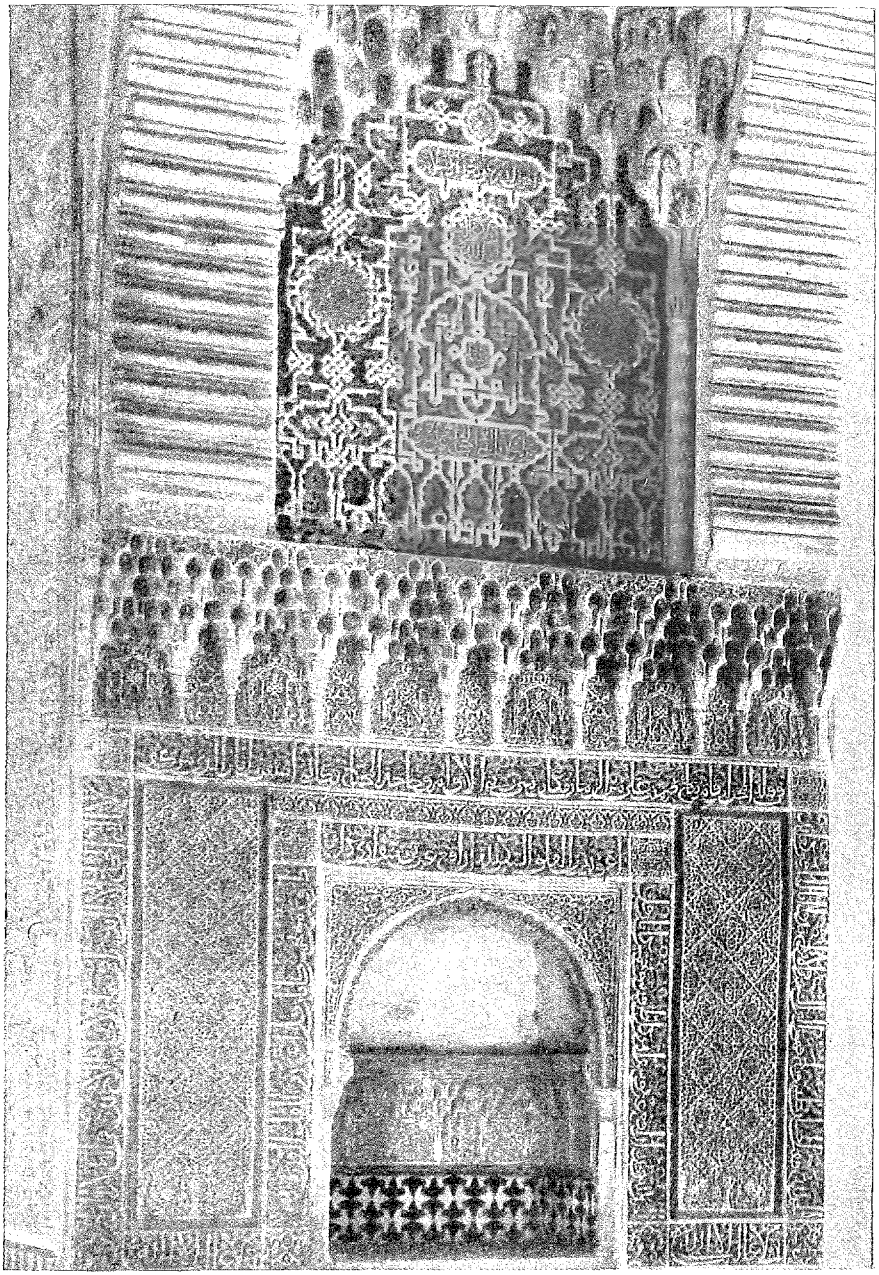
En la puerta de la sala sucedió la conmovedora despedida de Boabdil de sus familiares, al ir a tomar parte en uno de los últimos combates que precedieron a la rendición de Granada, según refiere Hernando de Baeza, secretario de ese monarca [9].

La sala, cuadrada, que ocupa íntegramente el interior de la gran torre, tiene 11,30 metros de lado y 18,22 metros de altura hasta la parte más elevada de su techo. Es la de mayores dimensiones del Palacio y una de las más grandiosas de la arquitectura doméstica medieval.

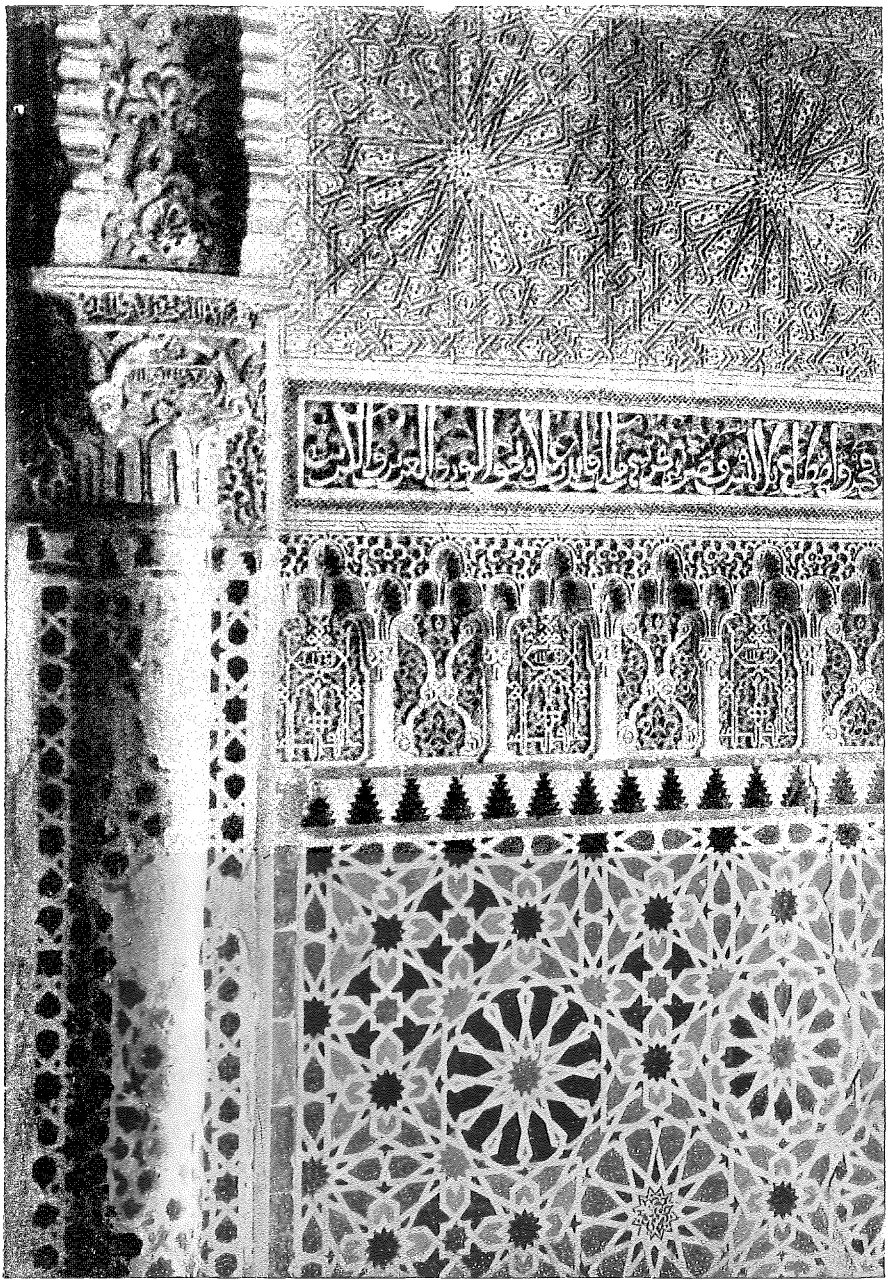
BALCÓN DE LA SALA DE COMARES. - LA TORRE DEL PEINADOR Y EL GENERALIFE AL FONDO, DESDE UN BALCÓN DE LA TORRE DE COMARES.

En ella, según cuenta Alonso del Castillo, debía de hallarse emplazado el trono real, seguramente en el balcón frontero a la entrada de la sala, pues a él alude el poema reproducido por la inscripción conservada en ese lugar, en la que se elogia a Yusuf I, su edificador, cuyo nombre repiten otras inscripciones murales.

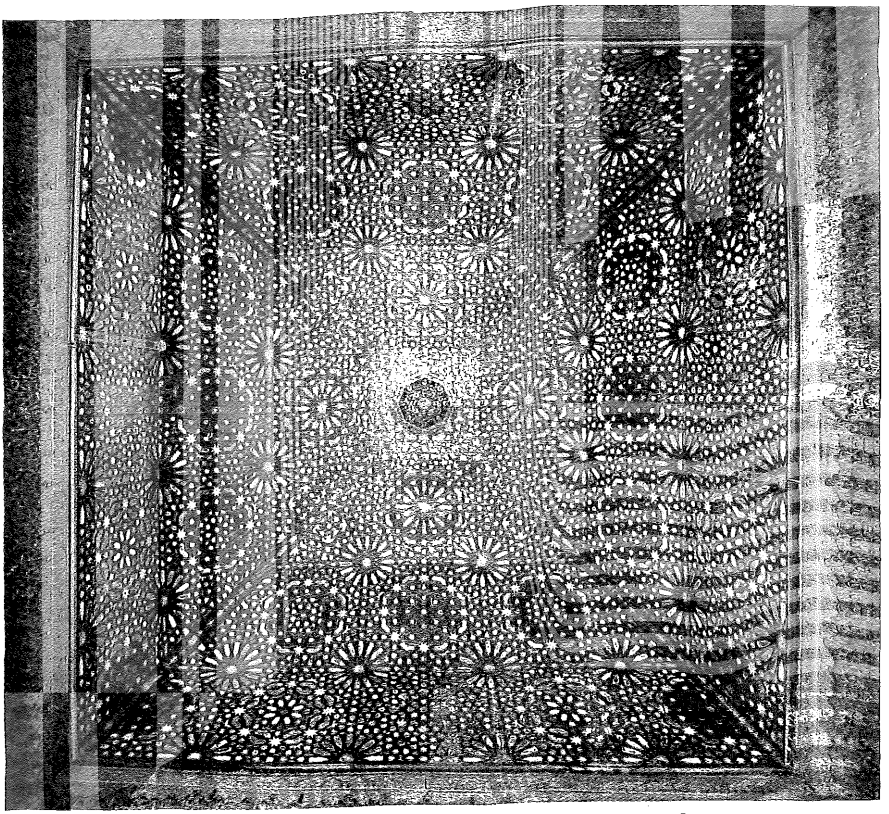
Tiene la sala nueve balcones, tres en cada uno de los frentes exentos, abiertos en el grueso de los muros, de otros tantos metros de espesor. Los centrales son de arcos gemelos con columna en el eje, y encima de todos hay un par de ventanitas con celosías de yeso. Forman como pequeñas camarillas, cubriéndose las laterales con techo plano de madera decorado de lazo, y los del centro, con otros adornados de manera semejante, pero de forma de artesa. Algunos de estos techos faltan. En la actualidad se hallan abiertos estos balcones al sol y a la luz; pero en la época musulmana tuvieron ajimeces volados, protegidos por guardapolvos, reproducidos en el relieve de la torre que figura en el escudo de la casa de Castril (1539), y vidrieras emplomadas con



DETALLE DEL ARCO DE INGRESO A LA SALA DE COMARES.



SALA DE COMARES. DETALLE DEL ARCO Y JAMBA DE LOS BALCONES.



TECHUMBRE DE MADERA, CUBIERTA DE LAZO, DE LA SALA DE COMARES.

vidrios de colores, como las que una antigua descripción dice existían en la mezquita mayor de Ceuta a principios del siglo XV.

Por la parte baja de los muros de la sala corren zócalos de brillantes alicatados de barro esmaltado, que forman admirables combinaciones de lazo, de gran variedad de trazas, ajustadas de manera perfecta a la superficie que cubren.

En lo alto hay en cada frente cinco ventanitas de arco de medio punto. Aquéllos están totalmente cubiertos de yesería de ornato menudo, sin relieve apenas, repartidas en zonas horizontales y rectángulos, recuadrados, lo mismo que los huecos de puertas y ventanas, por fajas epigráficas que se extienden también horizontalmente por las paredes, a modo de frisos. La decoración desarrolla los tres temas constantes de la granadina: el

vegetal, o ataurique, muy estilizado; el geométrico, generalmente dibujando lazos, y el epigráfico, unas veces con caracteres cúficos y cursivos otras. Dentro de cada rectángulo se repite indefinidamente el mismo motivo.

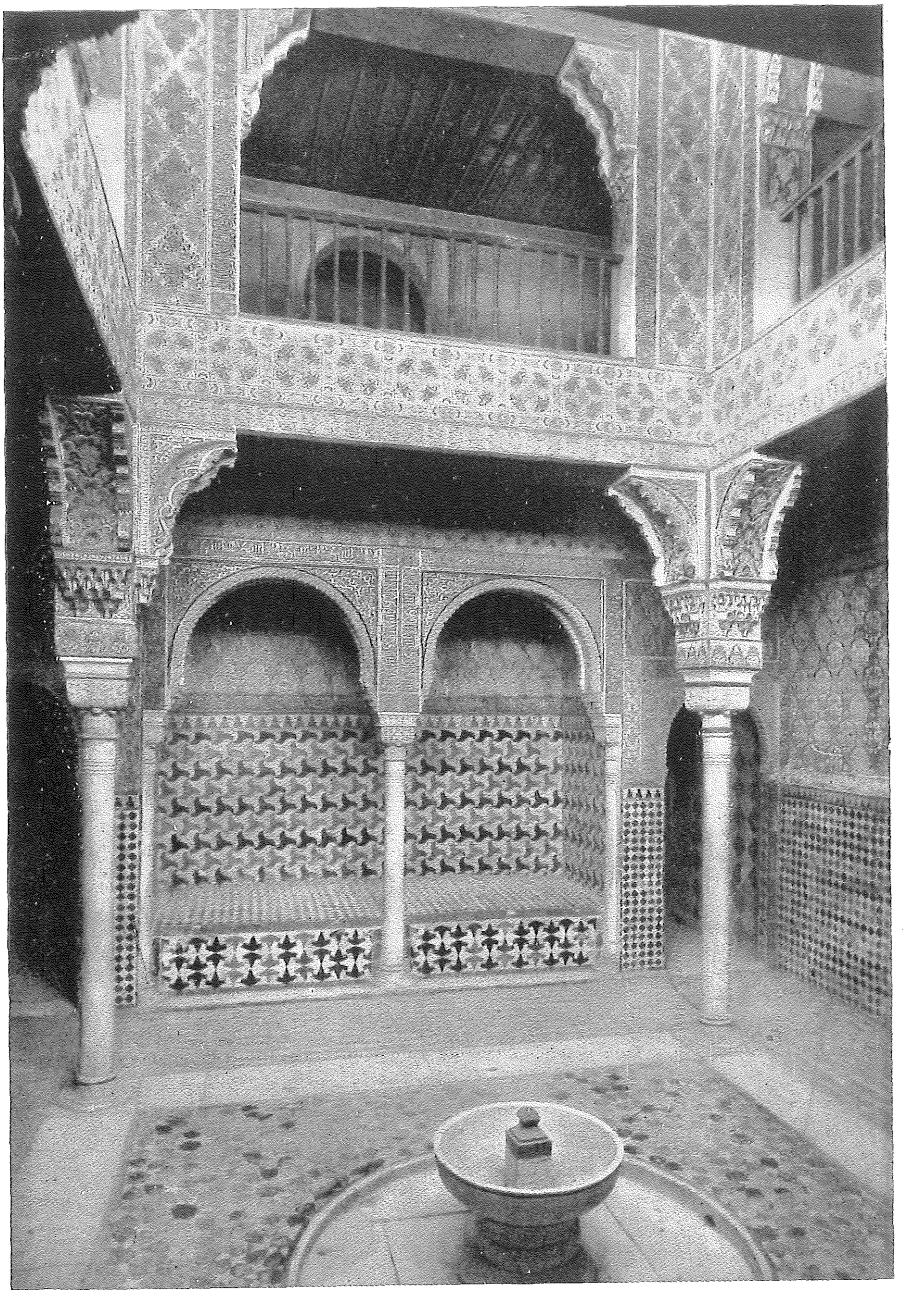
Complementa la grandiosidad de la sala la techumbre que la cubre, formada por cuatro series de tres paños escalonados, de distinta inclinación, cerrados por otro horizontal en el centro, y en lo alto, con apariencia de bóveda esquifada. El último tiene un cubo de mocárabes; recubre el resto de la techumbre una serie de listones y pequeñas piezas, talladas y ensambladas, sujetas con clavos, que dibujan estrellas de lazo. Álzase sobre volado y rico friso de mocárabes, que conserva restos de sus antiguos e intensos colores azul y rojo, mientras la techumbre tiene un tono blancuzco, por haber desaparecido la pintura y quedar al descubierto la capa de yeso dada a la madera antes de policromarla.

Como las yeserías estuvieron también pintadas, lo mismo que todas las musulmanas, y el pavimento es de suponer fuera de losetas vidriadas de diferentes colores, la policromía desempeñaba un papel fundamental en esta sala, lo mismo que en todas las estancias ricas de la Alhambra. Tal profusión de colores fuertes puede chocar a nuestro gusto actual; pero del acierto con que los granadinos lo manejaron es garantía suficiente la contemplación de los abundantes alicatados que aún subsisten en los zócalos, en los que no se registra la menor disonancia cromática.

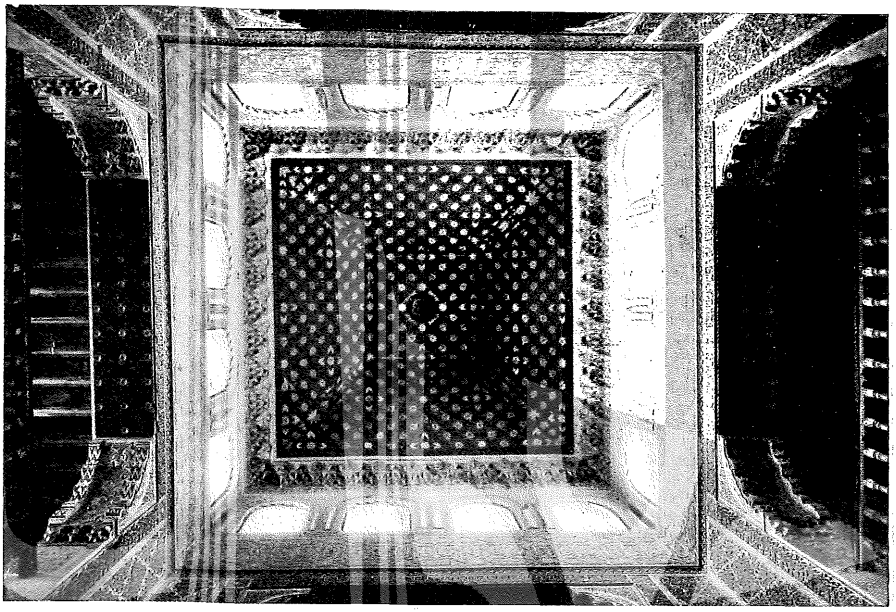
En tiempo de Yusuf I la torre debió de tener a mediodía un pórtico o salón de su mismo ancho. Bajo ella pasa el camino de Ronda, en comunicación con varias estancias abovedadas, cuartel sin duda, y con otra sala, también cubierta con bóveda, que está bajo la de la Barca.

El Baño Real.

A oriente del patio de Comares y a nivel más bajo, aprovechando la pendiente de la colina, levantó Yusuf el *Baño Real*, medio subterráneo. Hoy se suele llegar a él saliendo por el balcón primero del muro oriental de la sala de Comares, convertido en



La sala de las Camas, ingreso al Baño Real.

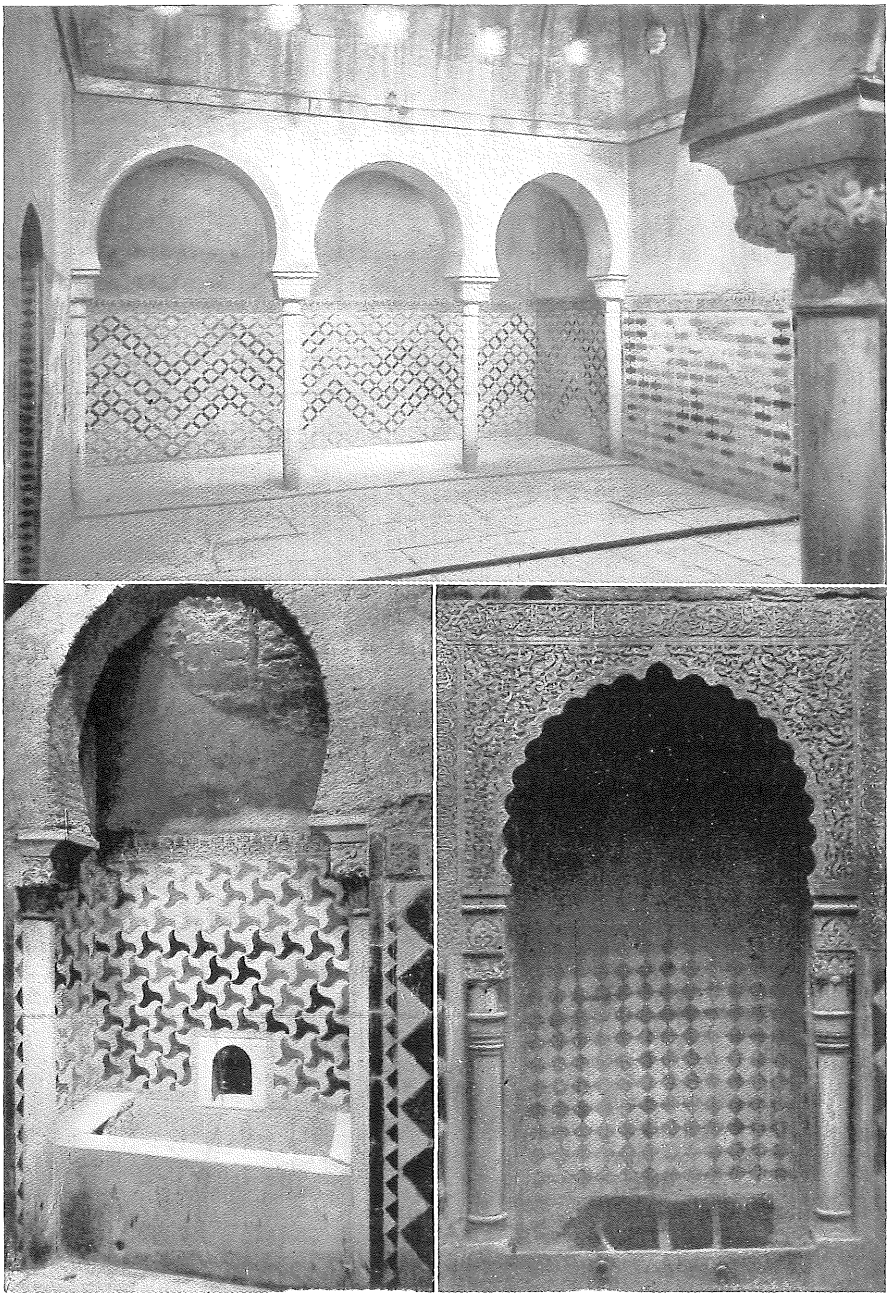


TECHO Y PARTE ALTA DE LA SALA DE LAS CAMAS.

puerta desde el siglo XVI por la agregación de una estancia de paso, a la derecha de la cual arranca una escalera, construída a mediados del siglo XVII. Probablemente hubo otra bajada al Baño desde el Cuarto de los Leones por locales que han sufrido radicales cambios.

Un pasadizo en recodo da entrada a una habitación cuyos muros están cubiertos de yeserías policromas. Procede su color de una radical restauración que sufrió a mediados del siglo XIX, al estar ruinosa; pero ya anteriormente, en el XVI, había sido muy reparada.

Cuatro columnas de mármol blanco limitan un cuadrado central, en torno del cual hay angostos corredores con techos horizontales de lazo. Ménsulas sobre ellas fingen apear dinteles, y más arriba las prolongan pilastras angulares, entre las que se voltearon arcos, a modo de balcones. Termina este cuerpo central en una linterna, con cuatro ventanitas por frente, única iluminación del recinto. En el centro, entre las cuatro columnas, hay una pila de mármol con taza y un bello alicatado de piezas vidriadas,



INTERIOR Y PILAS DEL BAÑO REGIO.

dibujando lazos en torno, obra del siglo XVI, pero siguiendo la tradición islámica.

En los lados oriental y occidental de este aposento, tras arcos gemelos apeados en una columna central y en dos laterales empotradas, hay profundas camarillas que albergan poyos de unos 50 centímetros de altura, cubiertos totalmente de alicatados de sencillo dibujo geométrico. Dieron nombre *de las Camas* a esta sala, pues sobre ellos se acostaban a descansar los que salían de bañarse. La galería alta, en torno a la linterna, será el lugar desde el que, tras celosías—según contó el conde de Tendilla a Münzer—, el rey contemplaba la salida del baño de sus mujeres desnudas y echaba una manzana a aquella con la que quería pasar la noche [10].

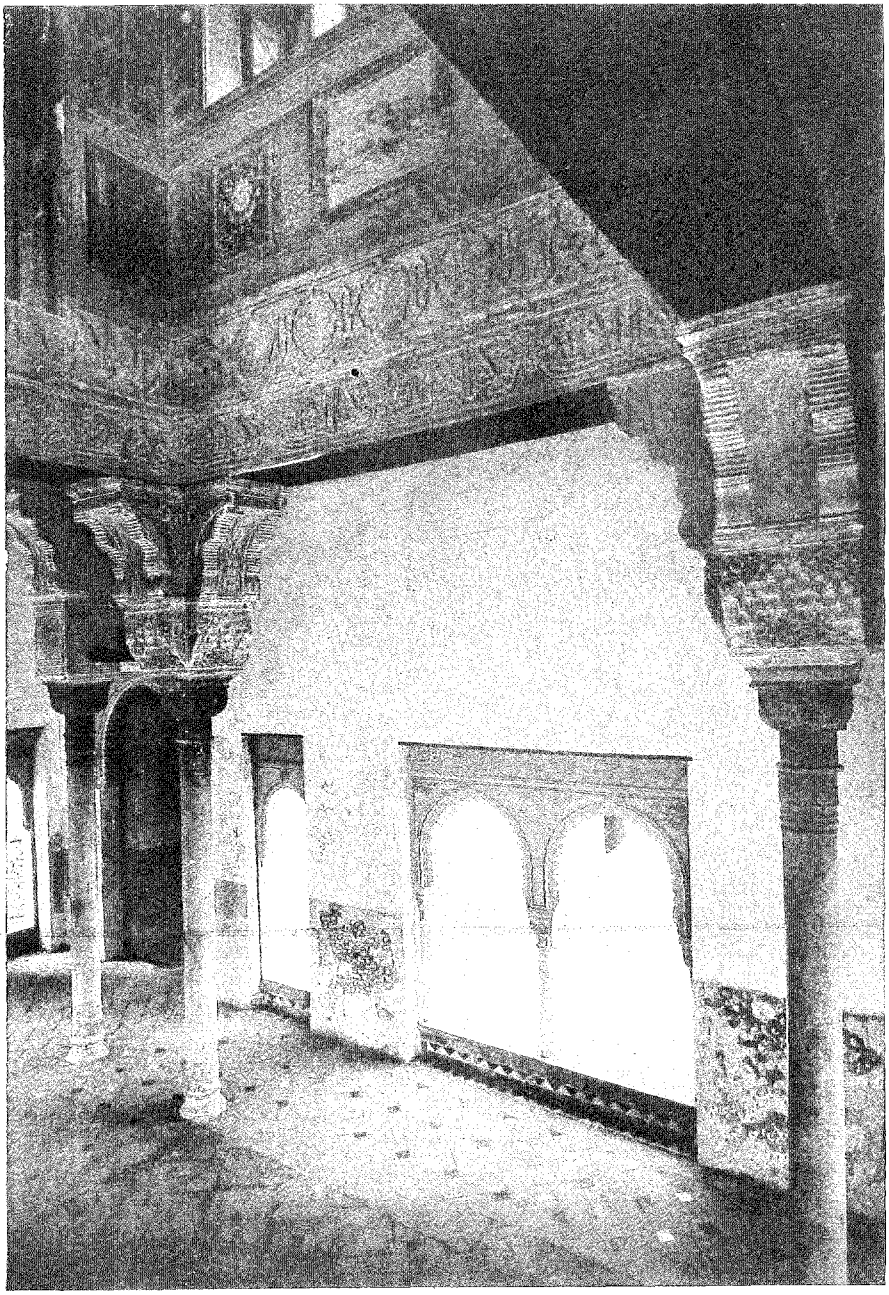
Esta curiosa disposición de sala con linterna que la ilumina y ventila desde lo alto—en realidad, un patinillo cubierto—aparece en Granada en el siglo XIV. La encontramos ya, aunque mutilada, en el Mexuar, y se repite en la torre del Peinador, descrita más adelante, y en el Baño de la calle Real de la Alhambra; también la hubo en la *Rawda*, o capilla sepulcral, cuyas ruinas se ven a mediodía del Cuarto de los Leones, y en el palacio de *Dar al-Arusa*, situado por encima del Generalife. En los días calurosos de verano, al pasar desde el calor y la luz cegadora del exterior a la fresca penumbra de la sala de las Camas, la impresión es deliciosa.

Las habitaciones siguientes son las tres acostumbradas, pero de mayor amplitud y riqueza, y, sobre todo, mucho mejor conservadas que en los restantes baños musulmanes de la Península, cuyos muros y bóvedas de argamasa y ladrillo, al descubierto, sucios y ennegrecidos, les prestan un aspecto tenebroso bien distinto del de este de la Alhambra, claro y alegre, inundado de suave luz cenital.

En la habitación última, la más caldeada, hay dos grandes pilas de mármol, a las que llegaba agua caliente y fría. En el fondo de una de ellas, en un arco decorativo, labrado en una losa de mármol, grabóse un epígrafe poético con alusiones al destino de la pila y elogios al rey Yusuf I.

La torre del Peinador [11].

Por el patio de Daraxa se sale hoy a la *torre del Peinador de la Reina*, levantada en el reinado de Yusuf I, interceptando



INTERIOR DE LA TORRE DEL PEINADOR.

el adarve, sobre la terraza de una militar del recinto. En su interior hay un suntuoso aposento, con linterna o cuerpo de luces. Al construirse, en el siglo XVI, las estancias de Carlos V, esta torre, antes aislada, quedó unida a ellas, y entonces se le añadieron una estufa y una galería en la parte alta, descritas más adelante, destinadas probablemente a la Emperatriz.

Las decoraciones del interior son de escayola, vaciadas. En cambio, las de la puerta están talladas en yeso en el mismo lugar. Una de aquéllas nombra a Yusuf I; en otra del ingreso se lee: «Al feliz retorno de Abu Abdallah al-Gani bi-llah.» Es decir, de Muhammad V. Alude probablemente a su restauración en el trono, en 1362. Tal vez entre los epígrafes perdidos del mismo lugar estaría la famosa *qasida* de Ibn al-Jatib que celebraba la vuelta a Granada de este monarca, a la que alude Maqqari.

Atraviesa la parte baja del macizo de esta torre una escalera; bajada secreta que concluye cerca del molino del Rey Chico y del cauce del Darro.

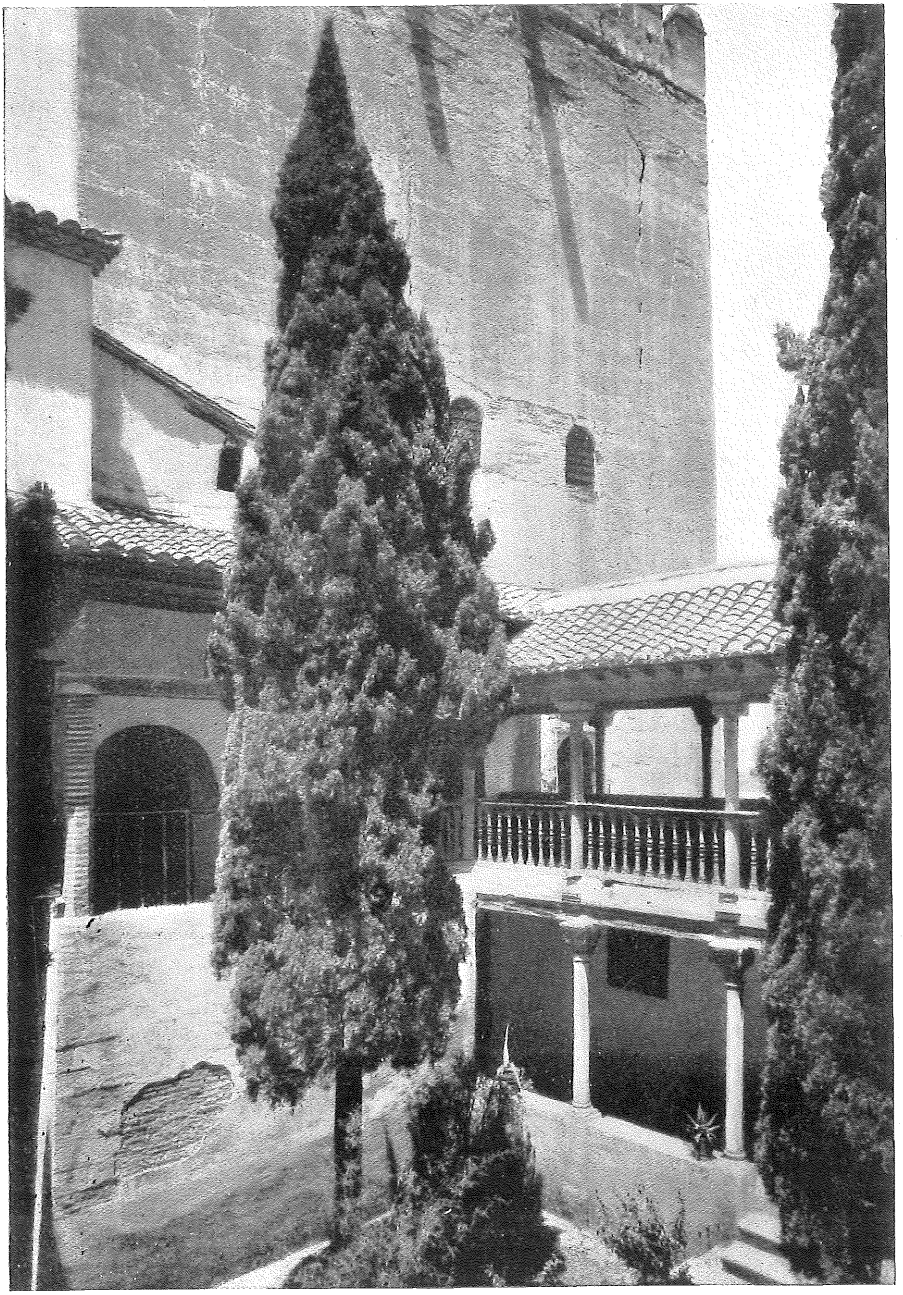
Las habitaciones de Carlos V.

Por una puerta situada a la izquierda, en la habitación agregada a oriente de la sala de Comares, desde la que arranca la escalera de bajada al Baño, se pasa a un corredor, construído por orden del emperador Carlos V y restaurado en 1618. Tiene columnas árabes aprovechadas, que sostienen dinteles de madera. Levantado sobre el adarve de la muralla, cierra al norte un pequeño patio, obra del siglo XVII, pintoresco en extremo, con una fuente central y cuatro altos cipreses centenarios en torno, que destacan sobre los muros blanqueados del fondo. Llámase *de la Reja*, por la volada, muy saliente, que en él se puso de 1654 a 1655, con motivo de la visita de Felipe IV a la Alhambra, para comunicar la sala de la Barca con las habitaciones altas inmediatas a la de las Camas.

El corredor, la habitación que le sirve de ingreso y las restantes a que el primero da entrada, fueron mandadas hacer por Carlos V, entre 1527 y 1537, para poder alojarse con alguna comodidad mientras se terminaba la nueva Casa Real. Nunca llegó a habitarlas. Se extienden entre la muralla que cierra, al norte, la

UN ASPECTO DEL PATIO DE LA REJA.

Alhambra, a continuación de la torre de Comares, y la parte más septentrional del Baño y del Cuarto de los Leones, o sea el mirador de Daraxa y la sala que lo precede. Estas nuevas edificaciones comunicaban la citada torre con dicha sala y, por lo tanto, los cuartos de Comares y de los Leones. Dícese que en su empla-



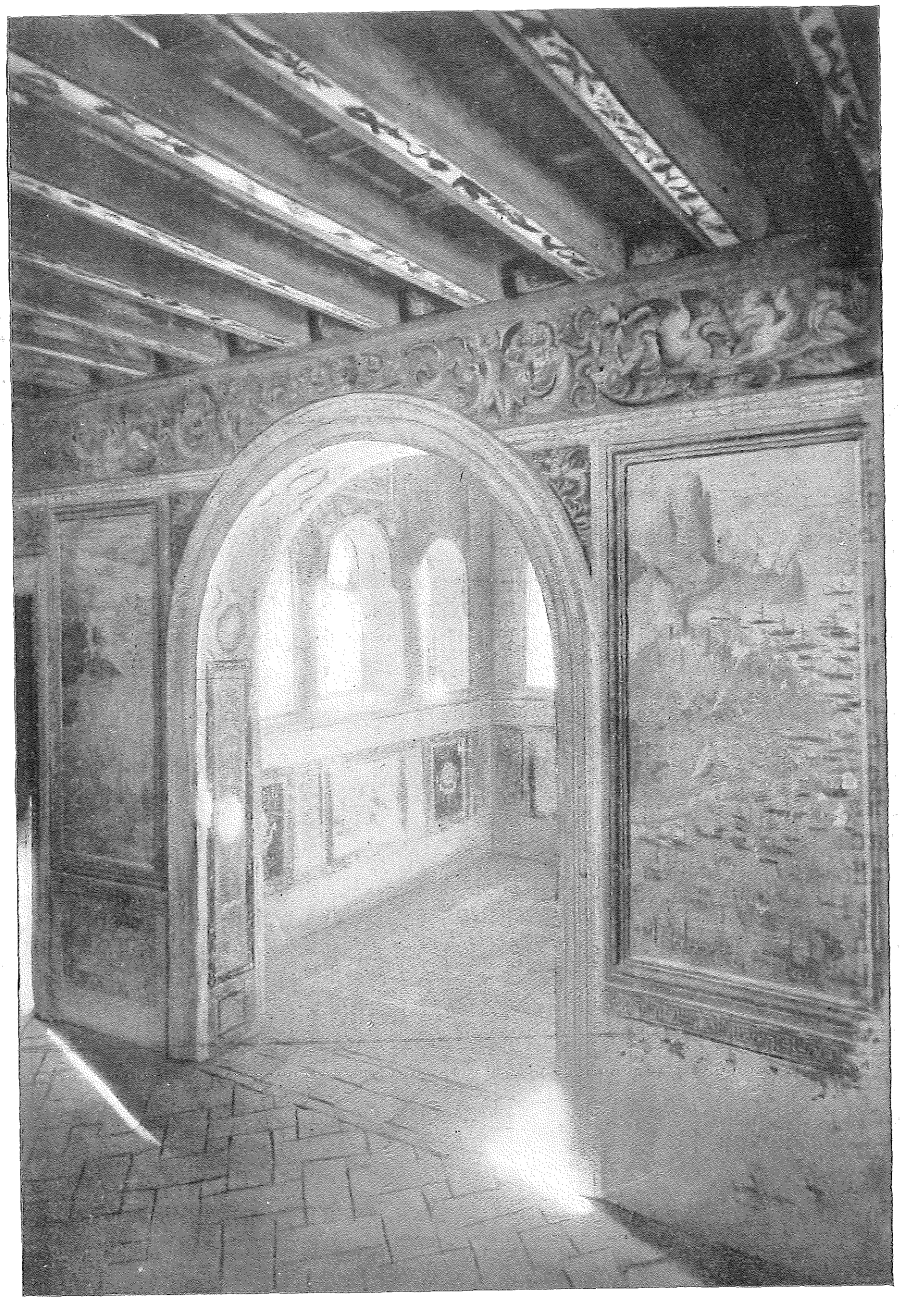
El patio de la Reja, con la torre de Comares al fondo.

zamiento hubo antes jardines; pero tan sólo la exploración del subsuelo podría aclararlo. Su construcción dió lugar a dos patios: el citado de la Reja, que en el plano de Machuca se rotula *prado*, y el mayor, de Daraxa, delicioso patio o jardín cerrado con setos de boj, entre los que crecen laureles, cipreses y naranjos, en pintoresco desorden. Al mismo tiempo, encima de la torre exenta del recinto árabe, antes descrita, desmontadas las cubiertas que existían en torno a la linterna, eleváronse los muros exteriores, dejando encerrada aquélla entre las galerías que hoy la rodean, cubriendo todo con un tejado a cuatro aguas.

Penétrase en esta galería por una puerta situada a la izquierda de la primera de las salas a las que el corredor construído sobre el adarve sirve de ingreso. Ábrese aquélla al exterior por una serie de arcos escarzanos sobre columnitas de mármol aprovechadas, y conduce a la planta alta de la citada torre del Peinador de la Reina. En torno de la linterna de luces de ésta prolongóse la galería de arcos escarzanos, excepto a mediodía, donde se agregó una pequeña habitación, desde la que se penetraba en la linterna, interrumpida por un suelo a nivel de los anteriores, hoy desmontado. Quedó así dispuesto sobre la torre árabe un pequeño pabellón, formado por una habitación central, una galería bordeando tres de sus lados y una antecámara de ingreso a ambas. A la derecha de la puerta por la que se penetra en ésta, hay en el suelo una losa, perforada por varios agujeros, en comunicación con un hogar situado en la planta baja, en el que se quemaban perfumes, lo que valió a esta torre su otro nombre de *Estufa*.

Los artistas Julio de Aquiles y Alexandre Mayner pintaron con grutescos a la italiana, en el estilo de las logias del Vaticano, la galería de acceso y los locales sobre la torre. En la primera se han borrado totalmente; pero consérvanse en regular estado en la antecámara y en la pequeña habitación central. También se representaron en aquélla, por los mismos pintores, varias escenas de la expedición del Emperador contra Túnez, en 1535, para combatir a Barbarroja.

El emplazamiento y elevación de esta torre del Peinador, colgada a gran altura sobre el valle del Darro, hacen de ella uno de los lugares de más asombrosa vista de la Alhambra. Mirador espléndido, ricamente decorado, es la estancia árabe de abajo; los conquistadores dispusieron sobre él otro más alto y abierto, como

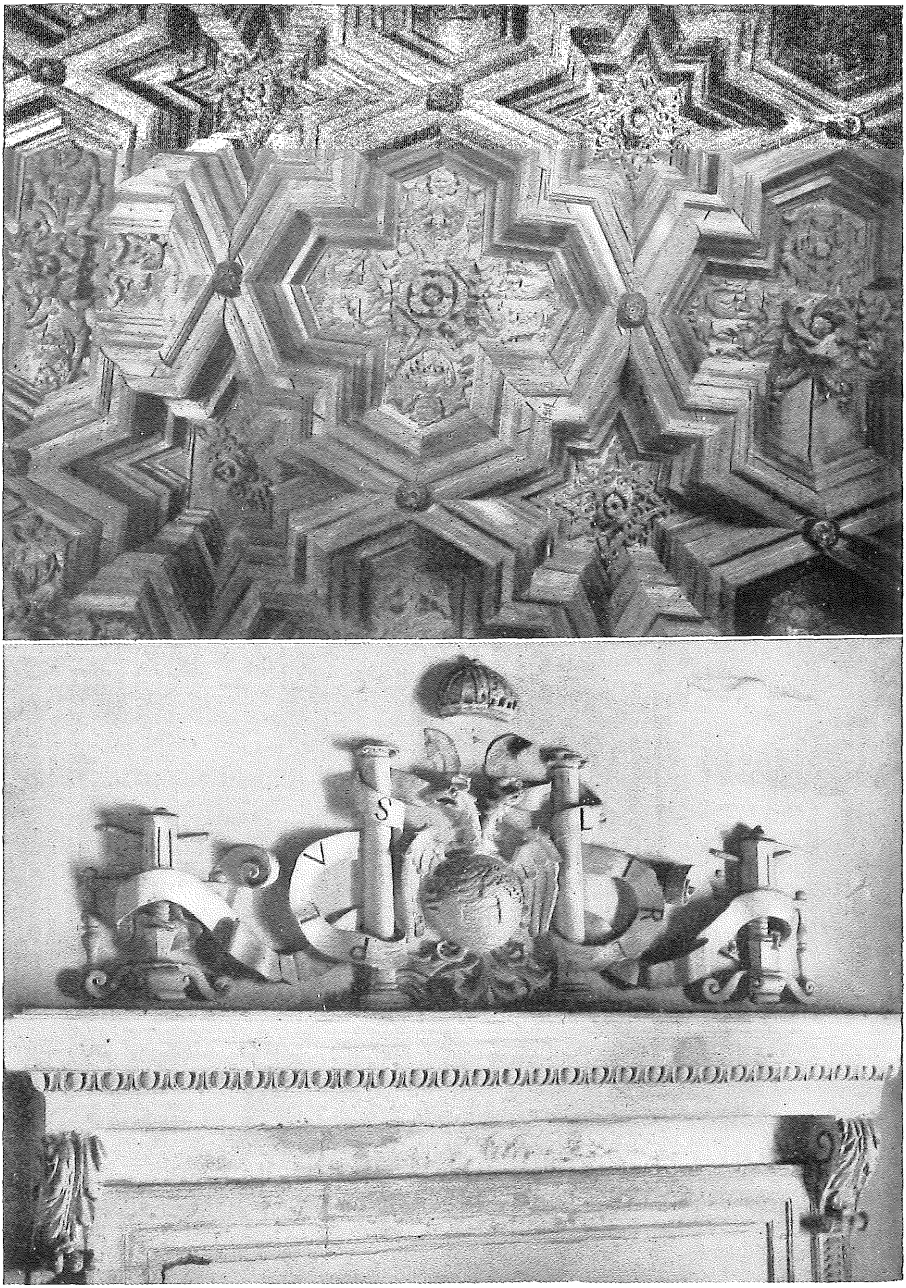


CUERPO ALTO DEL PEINADOR DE LA REINA, ANTES DE SU RESTAURACIÓN.

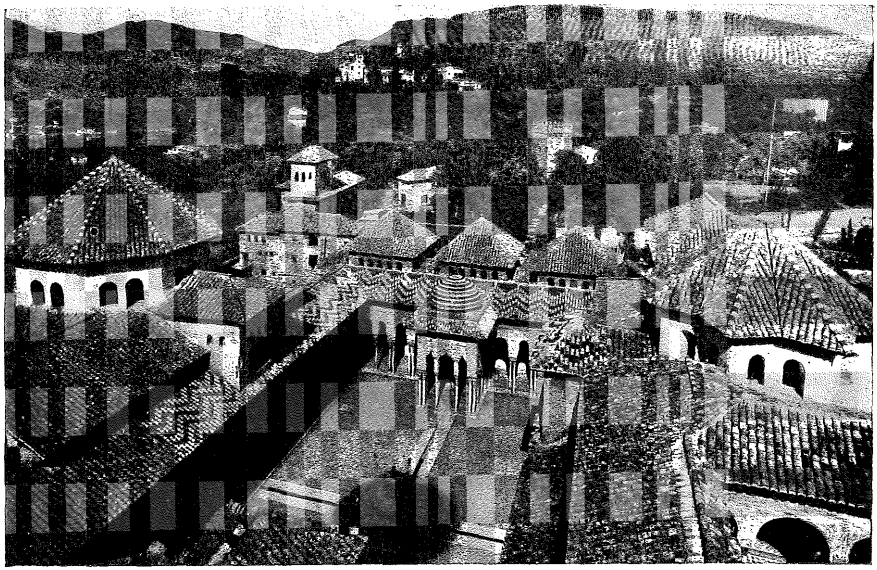
La torre de Comares, desde el Peinador de la Reina.

queriendo señalar que no eran insensibles a la belleza del paisaje en torno, y lo alhajaron también con refinado arte. Hoy, borradas en gran parte las pinturas de sus muros, deterioradas otras por los viajeros que las profanaron, cubriéndolas con sus nombres; desaparecidas las vidrieras de grisalla de la cámara central y las puertas primorosamente pintadas a la romana, tan sólo queda el paisaje circundante, en cuya belleza ni los siglos ni el abandono humano han podido hacer mella.

La sala por la que se penetra en la galería, otra que hay a su derecha, las dos siguientes a aquélla, y dos más, reducidas y bajas de techo, que hay a continuación, formaban el núcleo habitable de las construídas para el Emperador. Su única riqueza reside en sus techos de casetones octogonales y estrellados, de pino sin pintar, de excelente traza y buena labra, decorados con profusión de grutescos, florones, meandros, etc., frisos del mismo estilo. Debió de trazarlos Pedro Machuca, inspirándose en otros vistos en Italia.



TECHO Y CHIMENEA DE UNA DE LAS HABITACIONES DE CARLOS V, EN LAS QUE VIVIÓ WÁSHINGTON IRVING.

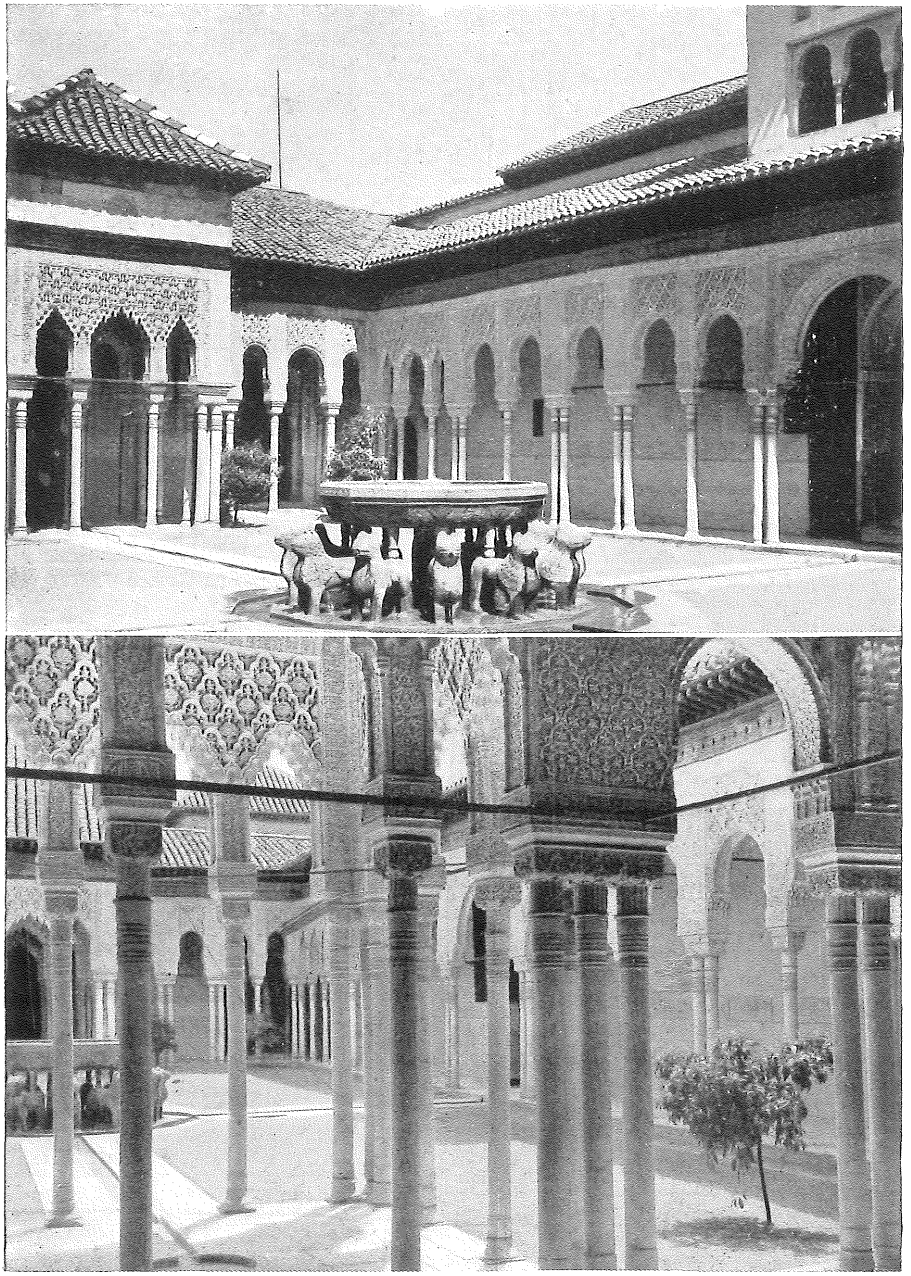


EL CUARTO DE LOS LEONES, DESDE LA CORNISA DEL PALACIO DE CARLOS V.

En 1829 habitó en estas salas del siglo XVI el escritor Wáshington Irwing, autor de los famosos *Cuentos de la Alhambra.* Entonces se hallaban desmanteladas, abiertas al aire y a la lluvia; por sus balcones penetraban las ramas de los naranjos, limoneros y laureles del jardín de Daraxa. El escritor norteamericano pudo gozar del palacio solitario y ruinoso, iluminado por la luz de la luna, en las noches maravillosas del verano andaluz. Una lápida de mármol, sobre la puerta de entrada, recuerda el hecho.

El Cuarto y el patio de los Leones.

Según Mármol, en este *Cuarto* estaban «los aposentos, alcobas y salas reales donde los Reyes moraban de hibierno» [12]. Era la parte más íntima y reservada de la Casa Real de la Alhambra. El Baño Regio, construído con anterioridad, obligó a disponer el eje longitudinal del patio perpendicularmente a los de los anteriores, situados a poniente. Quedó así algo separado de la muralla exterior.

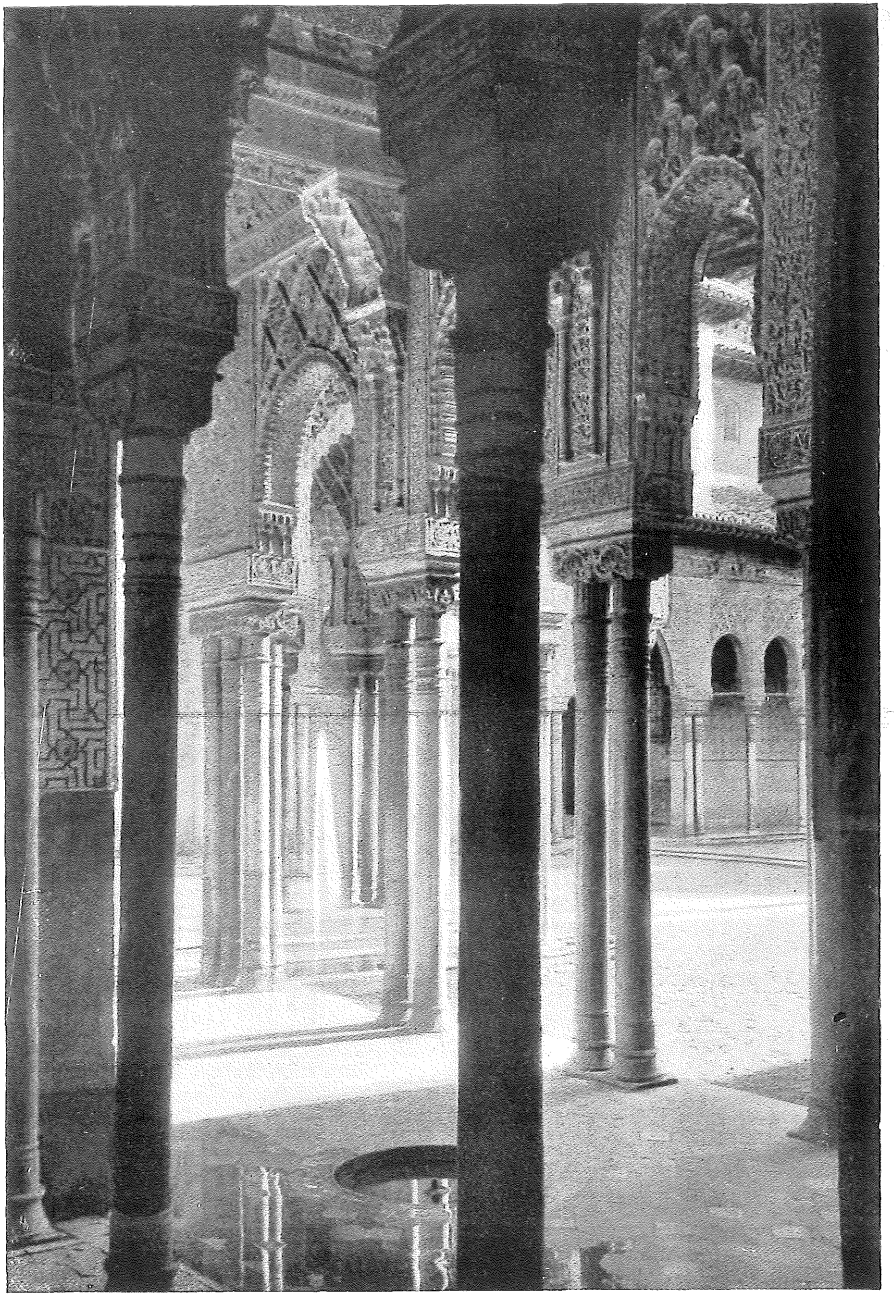


PATIO DE LOS LEONES.

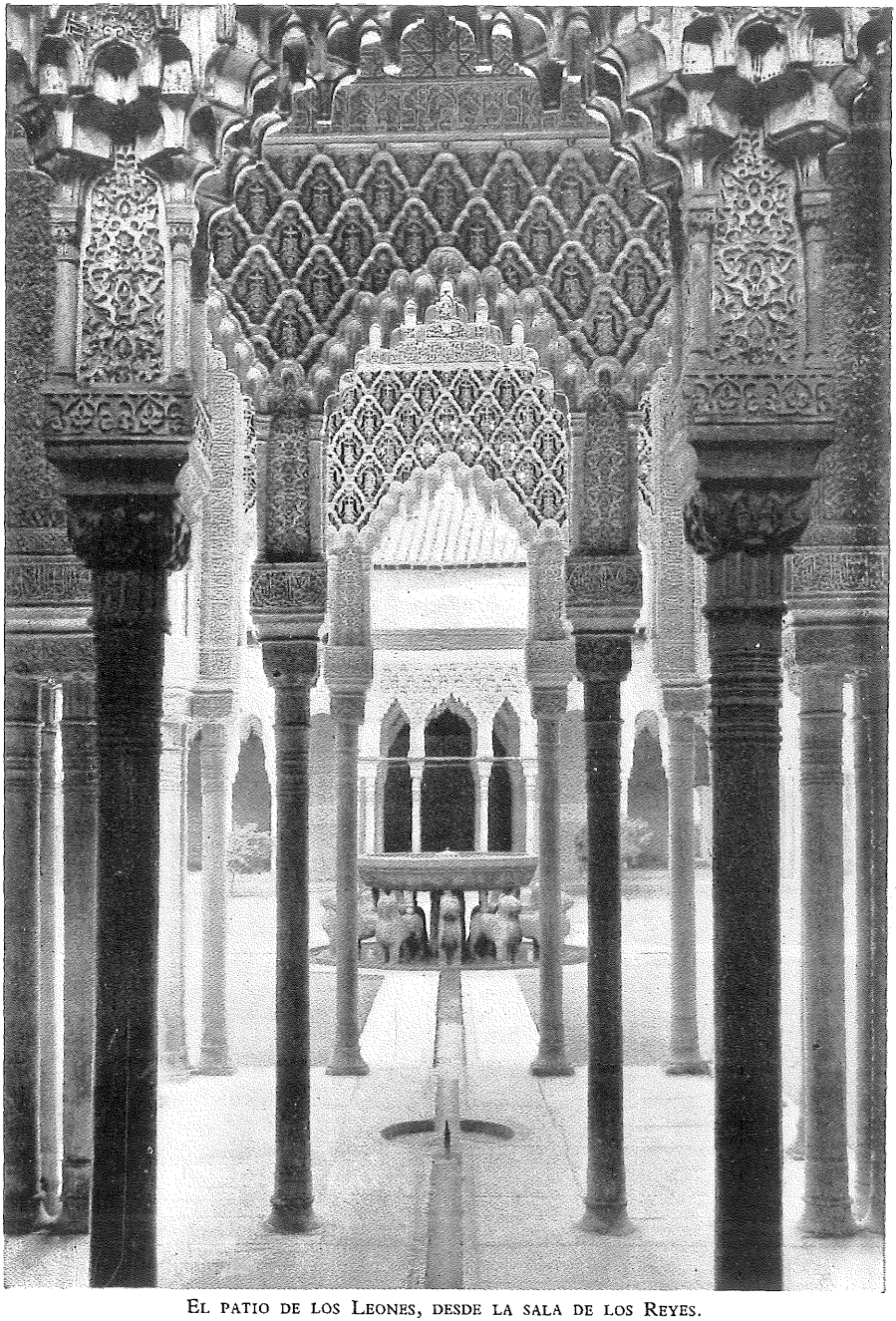
Organizóse este Cuarto a base de un patio central [13], de planta rectangular de 28,50 por 15,70 metros de lado. Rodean galerías sus cuatro lados y tiene sendas y grandes salas de recepción y estancia abiertas a los lados menores, comprendiendo toda su longitud —las de los Reyes y de los Mocárabes—, y otras en el centro de los más largos —las de las Dos Hermanas y Abencerrajes—, con piso alto éstas, constituyendo cada una de las últimas el centro de una vivienda relativamente independiente.

Ningún otro lugar de la Alhambra goza de tanta fama como este patio. La fotografía y el grabado han difundido por todo el mundo sus ligeras arquerías y la fuente central que le da nombre. Al que por primera vez lo contempla, parécele pequeño, por ser muy reducido el módulo con que se edificó. Falta hoy la nota de color que le daban el zócalo de alicatados y la policromía de las decoraciones de escayola y de las maderas talladas de aleros, dinteles y techos. El arte musulmán alcanzó en este patio, cuyas fragilísimas arquerías parecían condenarlo a breve existencia, su máximo esplendor. Sus formas, las más recargadas de la Alhambra, están en el límite extremo tras el cual, agotadas todas las posibilidades decorativas, se anuncia la decadencia rápida e irremediable. Triunfan en el *patio de los Leones* los mocárabes, que invaden capiteles, impostas, arcos, frisos y bóvedas.

La disposición claustral de los pórticos o galerías, rodeando todo el patio, difiere de la de los anteriores descritos. Muy rara en las viviendas, se encuentra en otros edificios públicos de Granada, como en la alhóndiga conocida por *Corral del Carbón* y en el derribado Maristán; pero en ambos son gruesos pilares de ladrillo los que separan las galerías del patio, en vez de las 124 esbeltas columnas de mármol de Macael, exentas unas, otras dobles, y reunidas varias en los ángulos en grupos de tres o cuatro, que bordean los cuatro lados del patio de los Leones. Sus fustes tienen múltiples anillos en la parte alta, y sobre ellos descansan capiteles cilíndricos por abajo y cúbicos encima, adornados con diversos motivos, más secos y pobres de dibujo que los de otros lugares de la Casa Real. Encima hay gruesos ábacos, también de mármol blanco, asiento, a su vez, de pilares de ladrillo que sirven de apoyo a vigas horizontales de madera, dinteles sobre los que cargan aleros y armaduras. Jabalcones apoyados en los pilares contribuyen a sostener aquéllos, quedando ocultos por un revestido de



ARQUERÍAS DEL PATIO DE LOS LEONES.



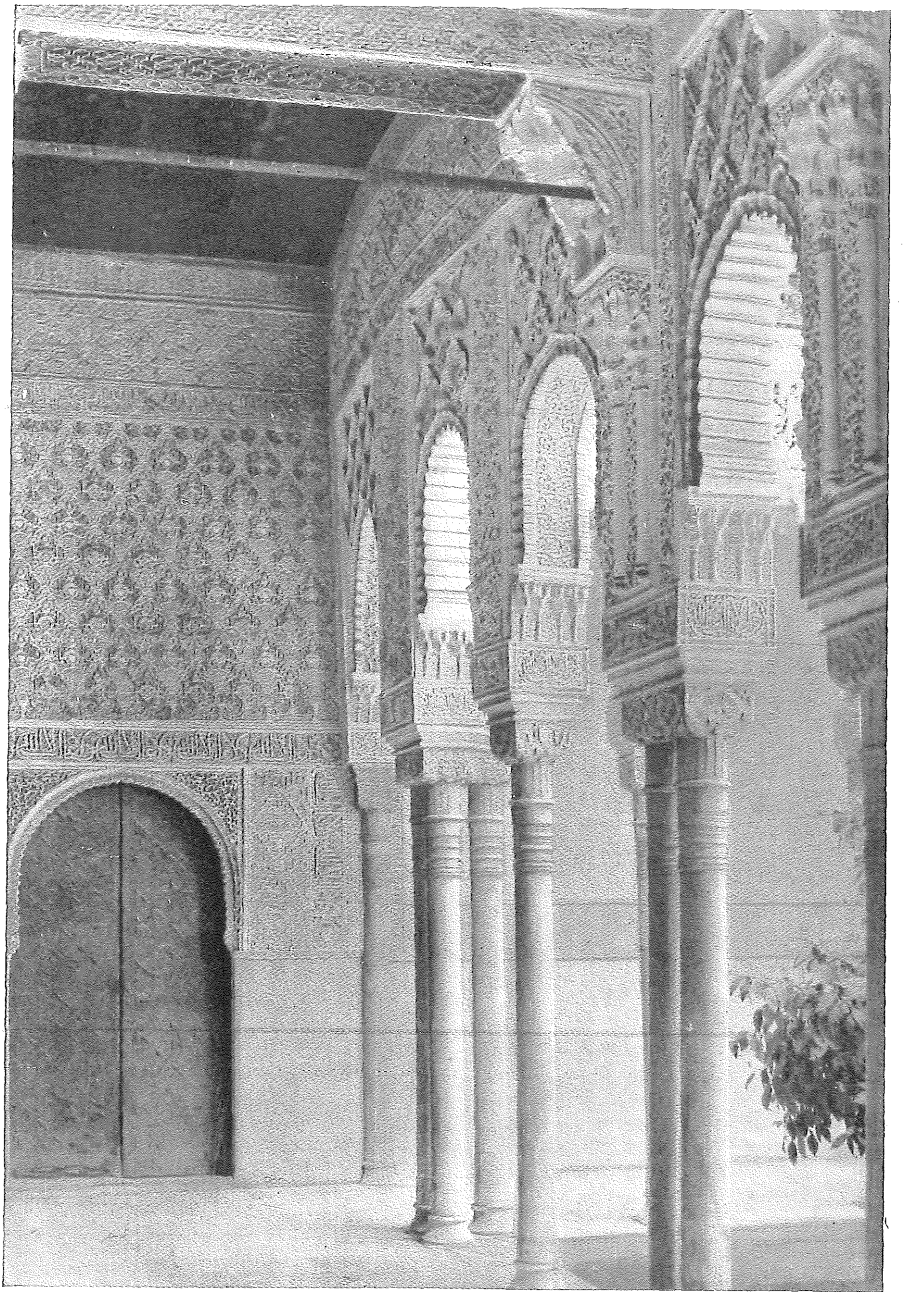
El patio de los Leones, desde la sala de los Reyes.

labores de yeso y escayola, con fingida apariencia de arcos de festones, o sea de rizado intradós, excepto los extremos de los lados mayores del patio y los de los dos pabellones salientes de los más cortos, que son de mocárabes. Sobre los arcos, cubriendo sus albanegas, hay rombos calados, de escayola, que contribuyen al aspecto de ligereza del conjunto.

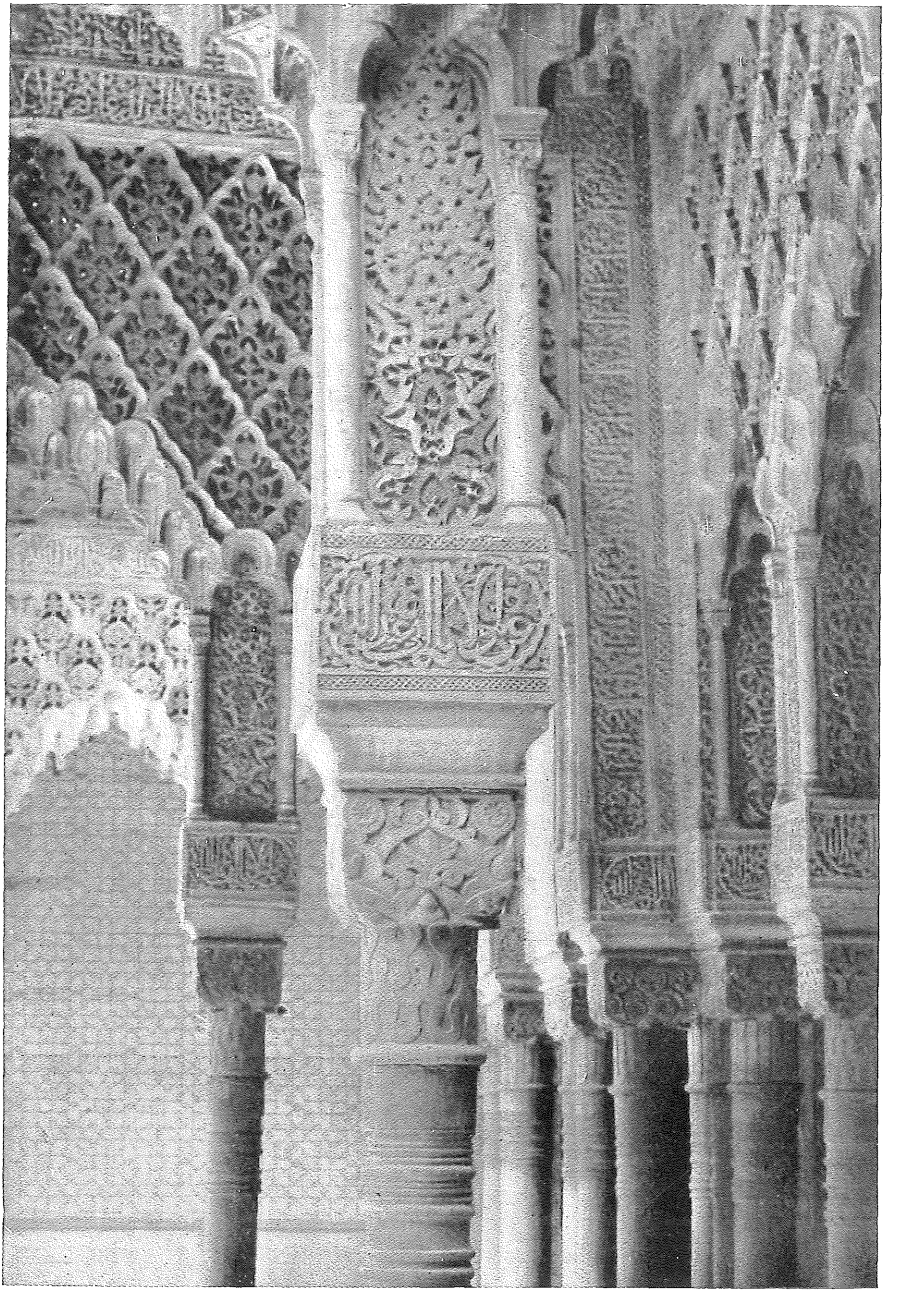
La gran originalidad del patio reside en los dos elegantes graciosos templetes, de planta cuadrada, que, sostenidos en grupos de columnas, sobresalen del centro de los lados menores. Al romper la continuidad de la arquería, aumentan su efecto pintoresco. Perdieron el aspecto primitivo con la modificación de sus cubiertas en el siglo XVII; pero restituímos al de levante, hace pocos años, la piramidal que tuvo, desmontando otra caprichosa del siglo XIX. Interiormente cubren los dos pabellones cupulitas semiesféricas de madera, cuajadas de lazos, obras admirables en las que el arte de los carpinteros granadinos llegó a la cima. Descansan en un friso y pechinas de mocárabes de yeso. Un precedente de esta disposición hay en el patio del Palacio del Castillejo, junto a Monteagudo, en la vega de Murcia, levantado en el siglo XII; pero como únicamente subsisten sus cimientos, la semejanza no puede afirmarse más que de las plantas.

Comparado con cualquier claustro medieval o del Renacimiento, este patio de los Leones ofrece una riqueza de formas y elementos de que aquéllos carecen. Los dos pabellones salientes; el variado dibujo de los arcos y el mayor tamaño de los centrales de los lados largos, así como el agrupamiento de las columnas, no responden en el patio granadino a mero capricho, sino a una ordenación sabia y compleja, certeramente analizada por Marçais. La unidad de elementos tan diversos se consiguió multiplicando los ejes de simetría, de los que hay siete superpuestos en los lados largos, entrecruzados con un ritmo sutil, que tan sólo la contemplación detenida es capaz de descubrir [14]. Hay, pues, en esta obra, única tal vez en ese aspecto, una preocupación por enlazar íntimamente disposiciones arquitectónicas mediante simetrías complicadas. No es más que la aplicación al arte mayor de la arquitectura de los principios de la geometría decorativa del lazo y los polígonos estrellados, de tan gran desarrollo en la España medieval.

Antonio de Lalaing vió, en 1502, en el patio seis naranjos que preservaban a las gentes del calor del sol. Algunos plantamos



ÁNGULO NOROESTE DEL PATIO DE LOS LEONES.



DETALLE DE LAS YESERÍAS DEL PATIO DE LOS LEONES.

VISTA PARCIAL DE LA FUENTE QUE DA NOMBRE AL PATIO DE LOS LEONES.

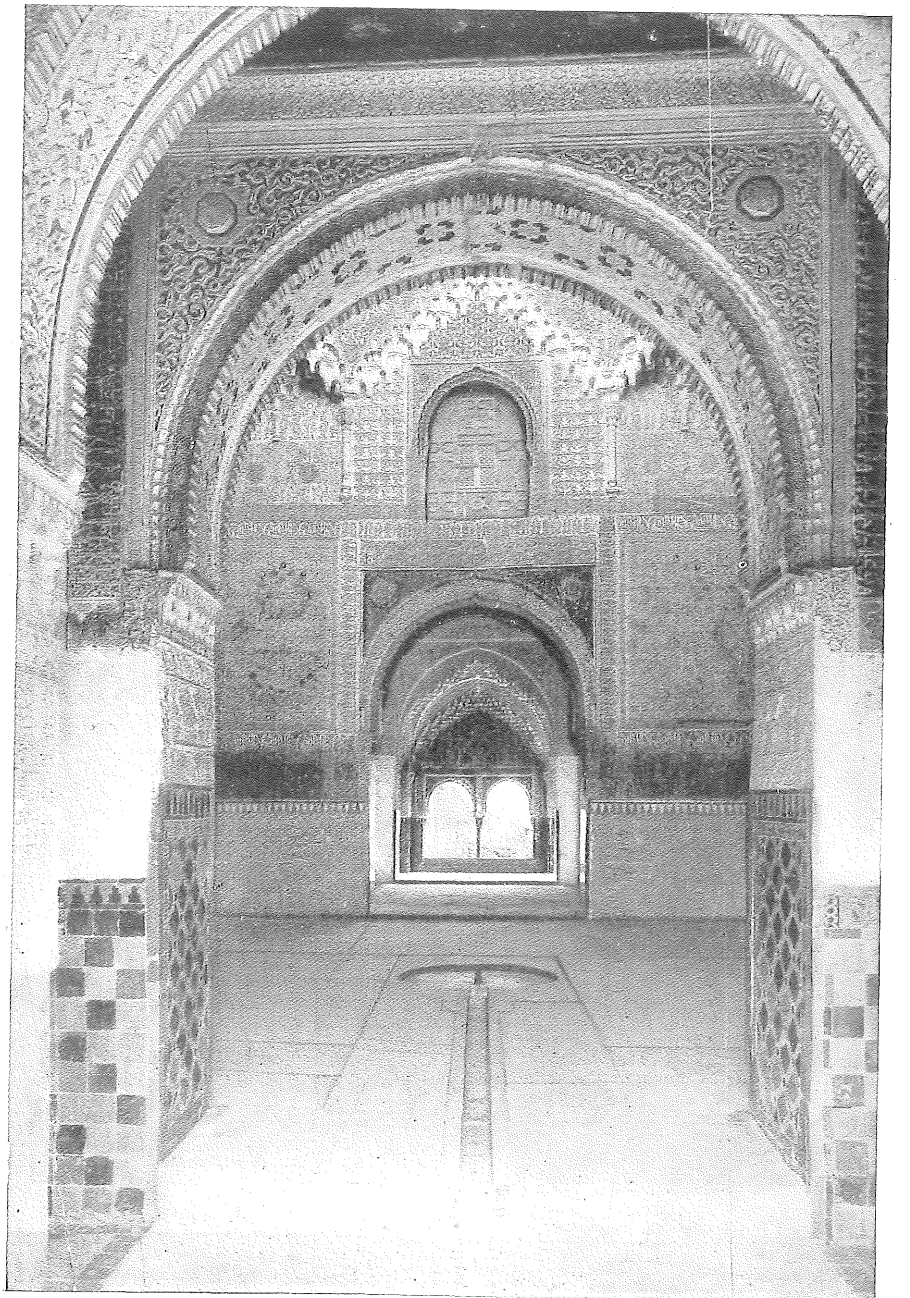
nosotros, para aumentar los contrastes de color. En el centro se eleva una fuente, con una gran taza de mármol, dodecagonal, sobre doce leones puestos en ruedo, muy estilizados, con aspecto arcaico, que demuestra la escasa evolución del arte musulmán en la representación de animales desde siglos atrás. El agua sale por sus bocas y salta desde un surtidor central. En torno de la taza labróse una inscripción que reproduce varios versos de una *qasida* de Ibn Zamrak. Pero, además, hay pequeñas fuentes en el suelo de mármol de las galerías de poniente y saliente—tres circulares en cada una—, en el centro de los dos pabellones y en las salas de Abencerrajes y Dos Hermanas. El agua de todas desaparece bajo la fuente central, a la que llega por canalillos excavados en las losas de mármol que dibujan una cruz en el hueco del patio, según una vieja disposición oriental—persa—, que se encuentra en el citado palacio de la vega de Murcia, muy repetida posteriormente en Marruecos. El agua elevábase, pues, en el surtidor de la fuente central, para caer en la taza y salir por las fauces de los leones; saltaba en las pequeñas fuentes de las galerías y salas inmediatas y corría por los canalillos del crucero, para perderse en su centro.

Este patio, como todo el Cuarto, es obra genial del reinado de Muhammad V, al que múltiples inscripciones elogian y glorifican repetidamente, con adulación que hoy choca a nuestra sensibilidad.

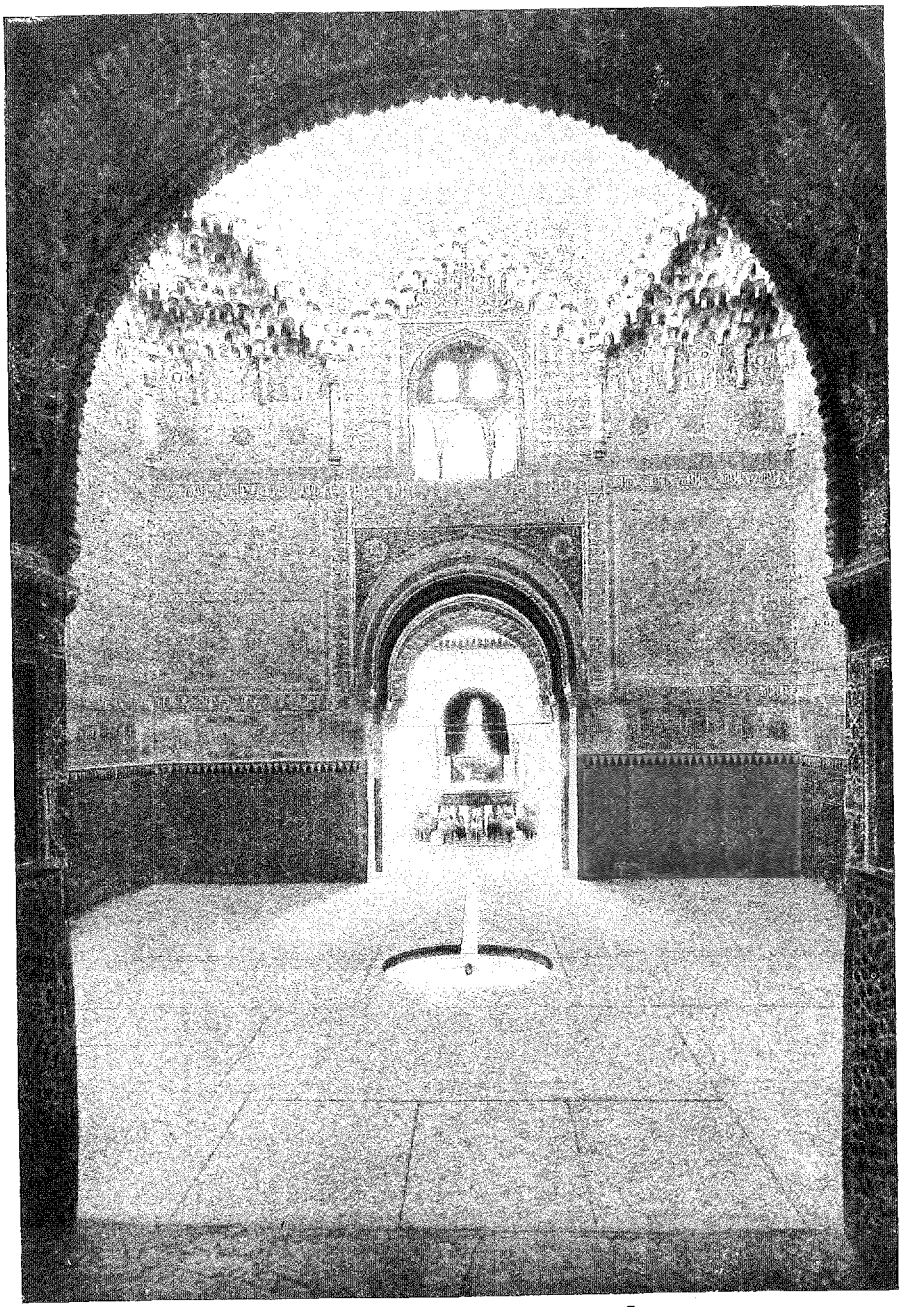
La sala de las Dos Hermanas y el mirador de Daraxa.

Tras una puerta en arco abierta en el muro que limita al norte el patio de los Leones, y que conserva sus primitivas y grandes hojas de madera con postigo y labor ataujiada de lazo, hay estrechos pasadizos a uno y otro lado. Por el de la derecha se llega a la escalera de subida a las habitaciones altas; el de la izquierda termina en un retrete. Esta disposición felicísima, registrada ya en la entrada de la sala de Comares, permitía la circulación de servicio sin cruzar salas y patios.

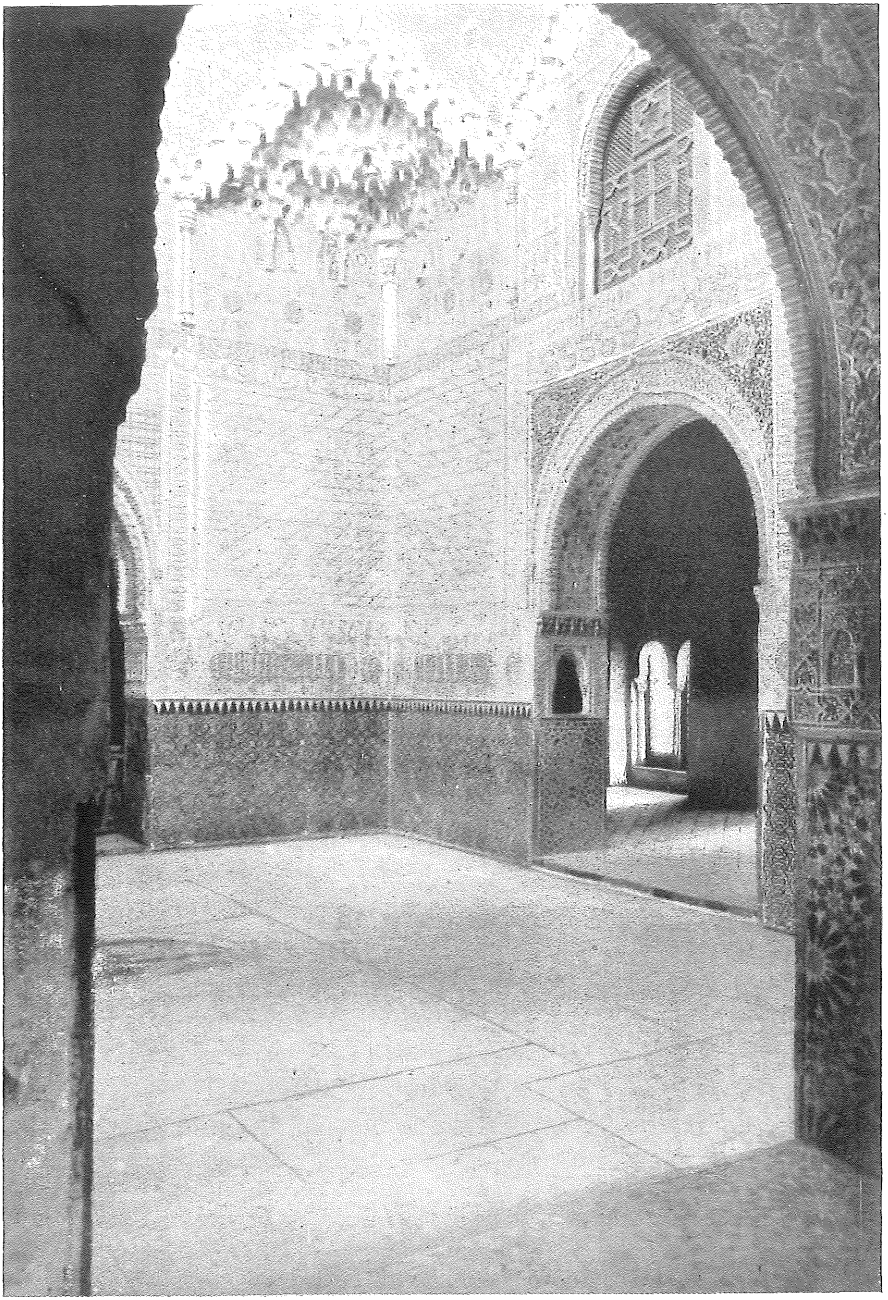
Después del pasadizo se encuentra otro arco semejante al primero, ingreso a una sala cuadrada, de ocho metros de lado, que



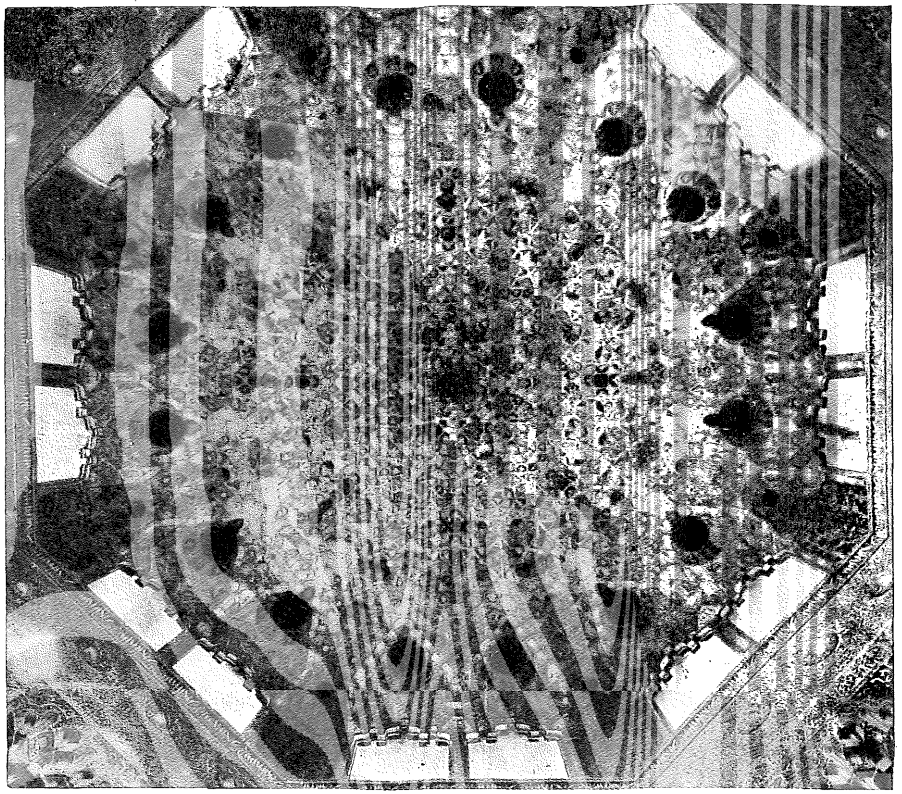
SALA DE LAS DOS HERMANAS Y MIRADOR DE DARAXA, AL FONDO.



SALA DE LAS DOS HERMANAS, CON LA FUENTE DE LOS LEONES AL FONDO.



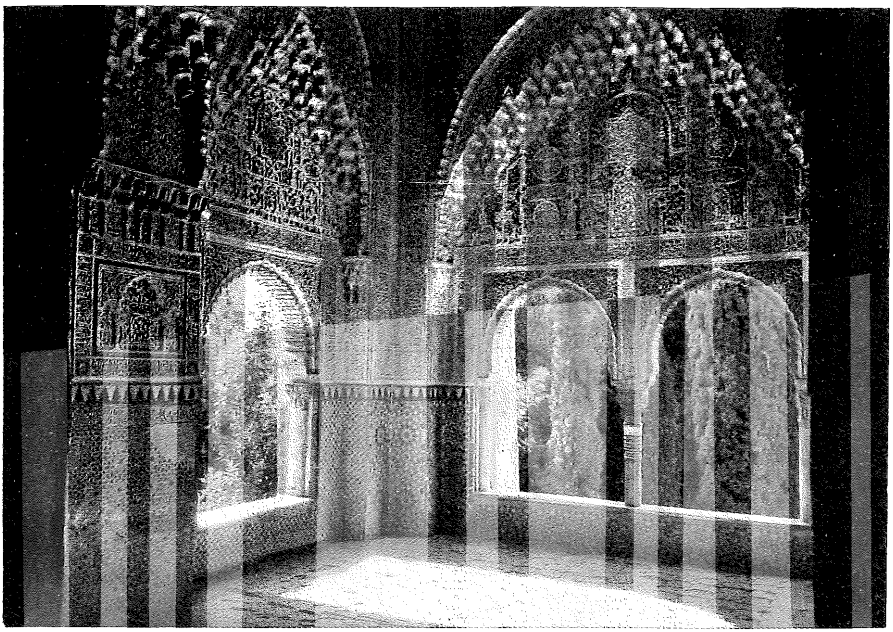
SALA DE LAS DOS HERMANAS.



CÚPULA DE MOCÁRABES EN LA SALA DE LAS DOS HERMANAS.

antes se llamó *de las Losas*, por dos grandes, de mármol, existentes en su pavimento, y que hoy nómbrase *de las Dos Hermanas*. Es una de las estancias más ricas y mejor conservadas de la Casa Real. Ostenta zócalo de alicatados dibujando lazo, y sus muros están cubiertos de yeserías repartidas en fajas y rectángulos, según lo acostumbrado. La cubre una cúpula de mocárabes sobre linterna ochavada, con ventanas. Trompas también de mocárabes permiten el paso de la planta cuadrada a la octogonal de la linterna.

Entre las yeserías de los muros, encerrados en medallones y tarjetones rectangulares, escribiéronse veinticuatro versos de Ibn Zamrak, tal vez los más hermosos de los grabados en los muros y pilas de la Alhambra. Proceden de un poema compuesto con motivo de la circuncisión del príncipe Abu Abdallah Muhammad,

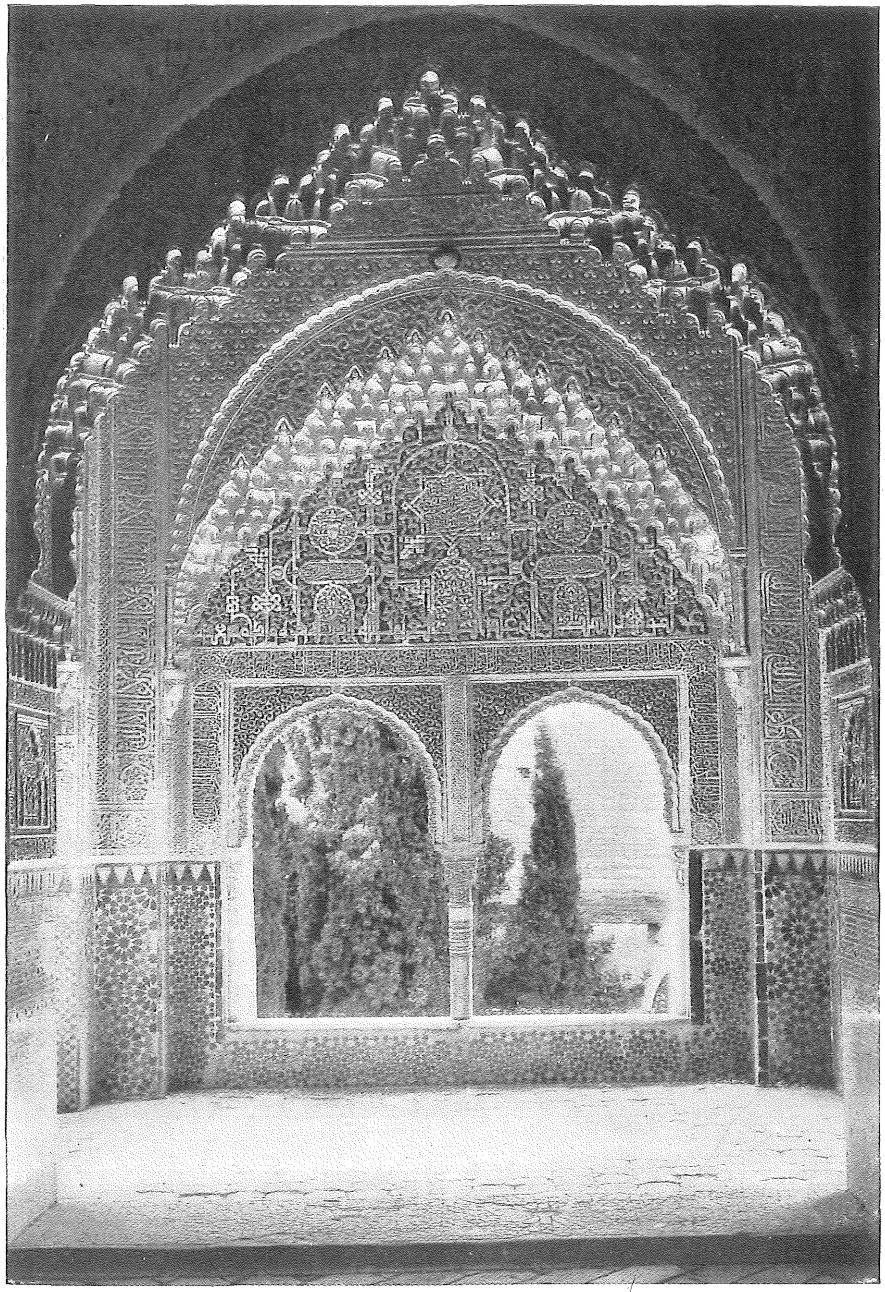


MIRADOR DE DARAXA.

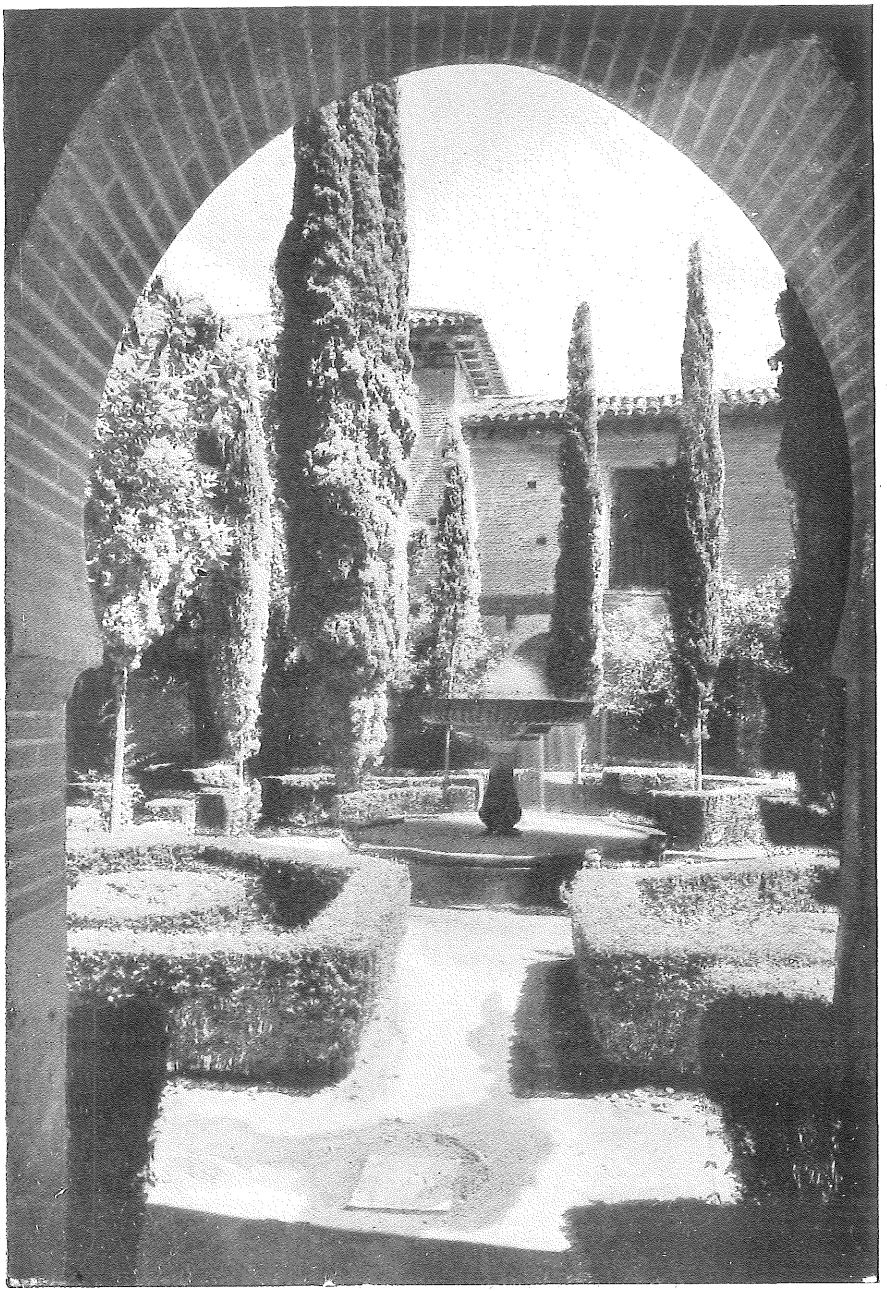
hijo de Muhammad V. En sus versos se alude enfervorizadamente a las bellezas naturales y arquitectónicas de aquel lugar:

¡Cuánto recreo aquí para los ojos!
. . . . . .
¡Cuántos arcos se elevan en su cima,
sobre columnas por la luz ornadas,
como esferas celestes que voltean
sobre el pilar luciente de la aurora!
Jamás vimos alcázar más excelso,
de contornos más claros y espaciosos [15].

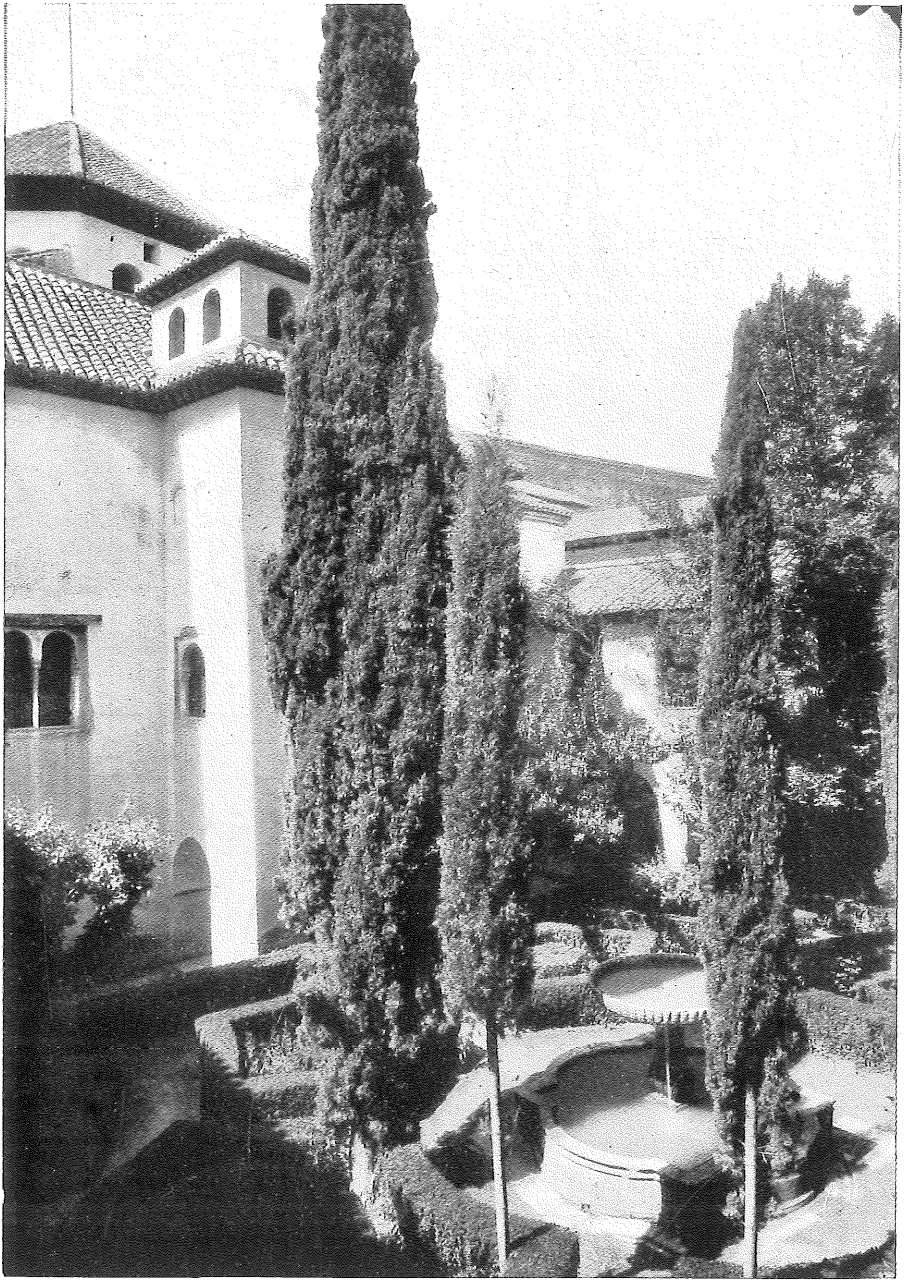
En los costados de la sala hay puertas que dan paso a sendas habitaciones. Por otra, en el frente, bajo la celosía aludida, ingrésase en una semejante, pero transversal, cubierta por bóveda restaurada de mocárabes, a cuyo fondo avanza un pequeño *mirador* llamado *de Daraxa*, que ocupa el interior de una torre-



VENTANA GEMELA EN EL MIRADOR DE DARAXA.



PATIO DE DARAXA.



PATIO DE DARAXA, DESDE LAS HABITACIONES DE WÁSHINGTON IRVING.

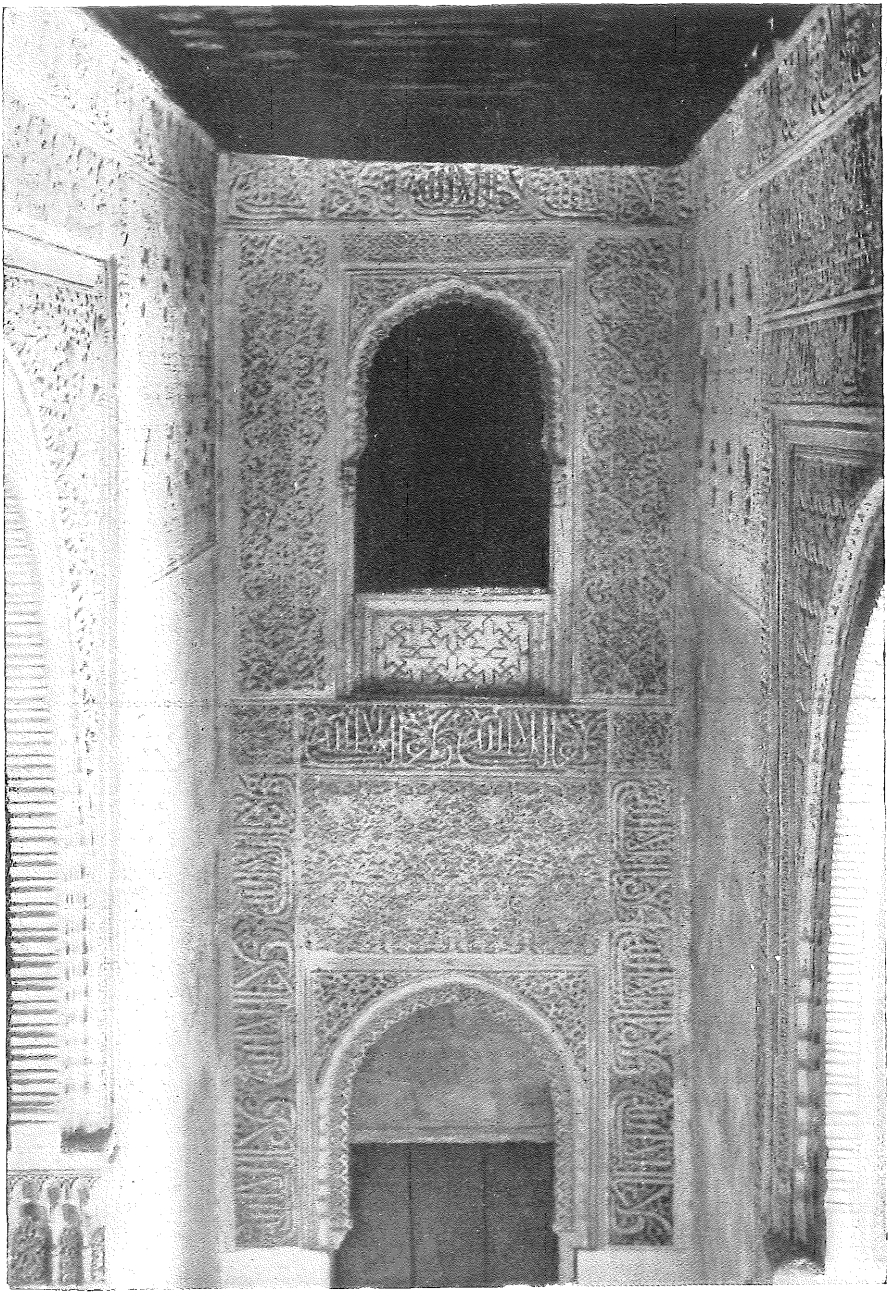
cilla. En cada uno de sus tres frentes hay una ventana en arco, doble la central, con antepechos bajos. Dan vista al patio plantado de cipreses y laureles, con pila de mármol en su centro, cerrado en sus otros lados por las habitaciones mandadas construir por Carlos V. Su sugestivo encanto romántico, de jardín cerrado, en nada se asemeja al que tendría en la época musulmana, cuando, no existiendo aquéllas, la vista desde el mirador se extendería por un amplio horizonte, interrumpido tan sólo al norte por la torre del Peinador. Era, pues, éste un lugar más de los dispuestos en sitios escogidos para la cómoda contemplación del paisaje que se despliega ante la colina Roja.

Mirador del palacio, fué decorado con singular refinamiento aparente, lo mismo en sus delicadas yeserías, trabajadas con gran esmero, que en los alicatados de lazo del zócalo. Lo diminuto de las piezas de éste, la habilidad de las trazas y las armonías de sus colores (blanco, amarillo, verde, celeste, violeta y negro) le dan un valor excepcional.

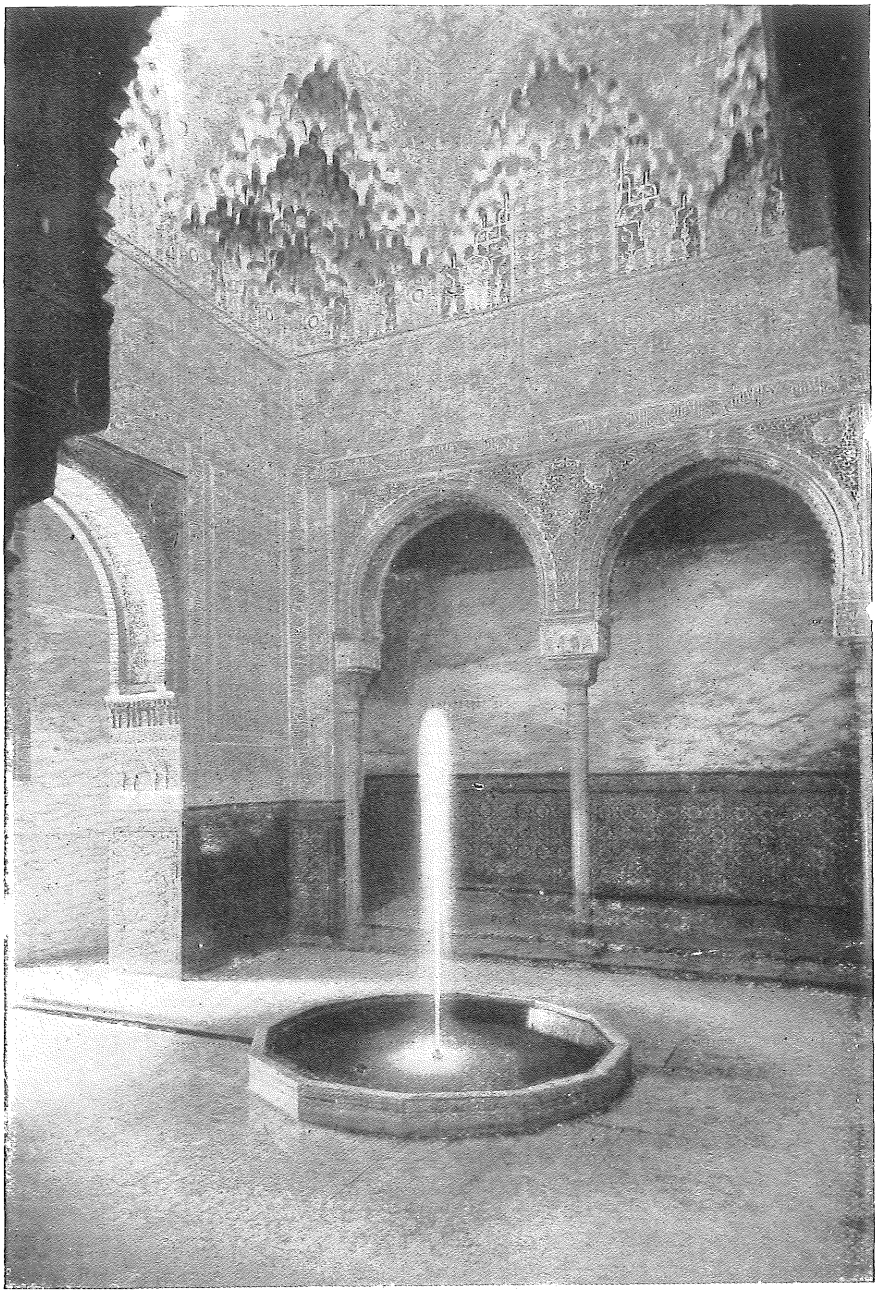
La sala de los Abencerrajes.

Una puerta arqueada, en el muro sur del patio, frente a la de la sala de las Dos Hermanas, da entrada a *la de los Abencerrajes*, que conserva también sus primitivas hojas de madera. Es ingreso a otra casa, completa asimismo, aunque más reducida. Los pasadizos de servicio interpuestos entre la galería del patio y la sala central dan paso, el de la izquierda, a una escalera, reconstruída modernamente en el mismo lugar en el que debió de estar la primitiva, y el de la derecha, a un aljibe, depósito de agua para el Baño Real, y a un zaguán, con arcos ciegos y poyos para la guardia, por donde estaría la entrada directa a este cuarto.

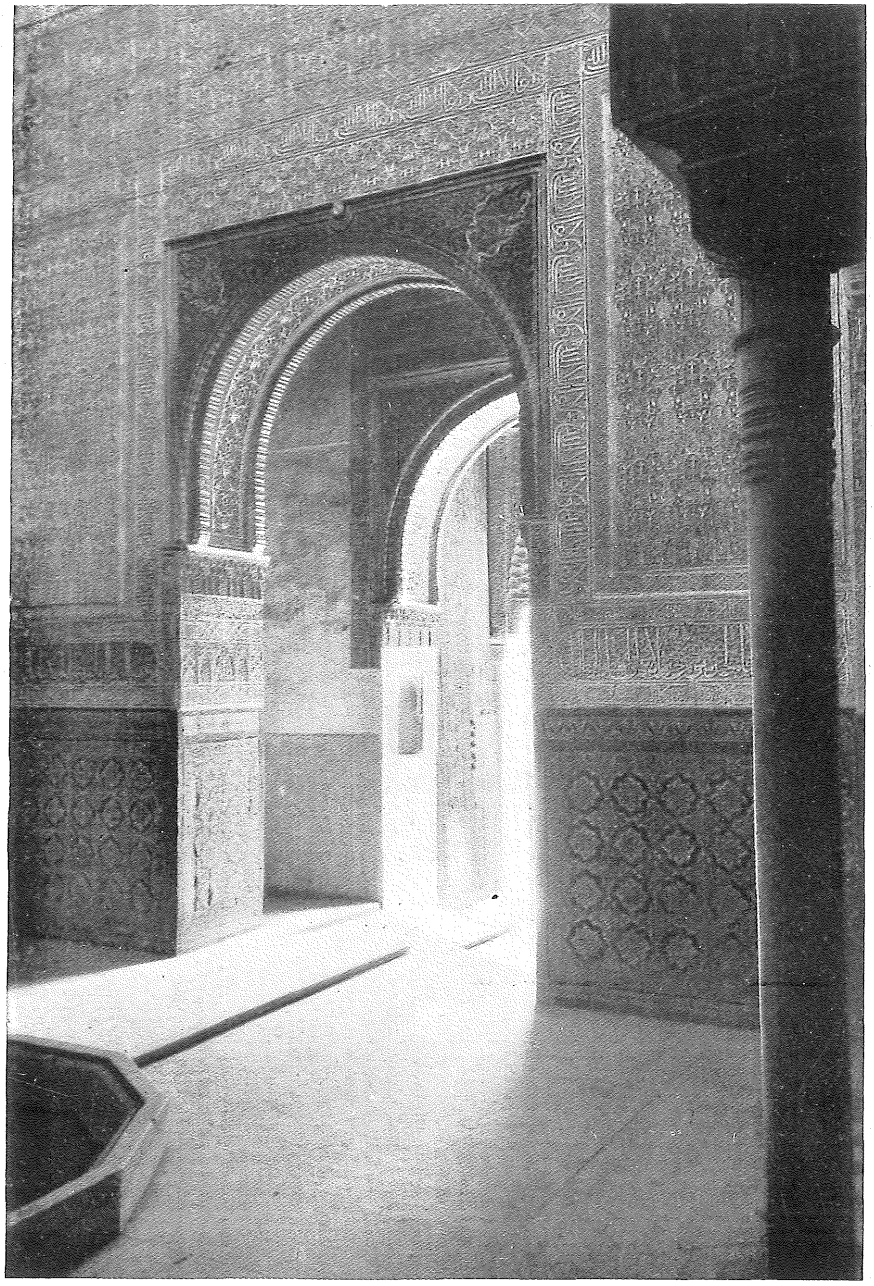
La sala de los Abencerrajes tiene planta cuadrada y una alcoba a cada lado, abiertas por arcos gemelos apeados en columnas de mármol. Su cúpula es de mocárabes de yeso, de forma estrellada. Zócalos de azulejos, yeserías de los muros, más escasas y pobres que en la sala frontera, y pinturas de los alfarjes de las alcobas, han sufrido grandes renovaciones y son en gran parte de época cristiana. En el centro hay una gran pila de mármol, que hasta hace unos años estuvo situada más próxima a la puerta. Una tra-



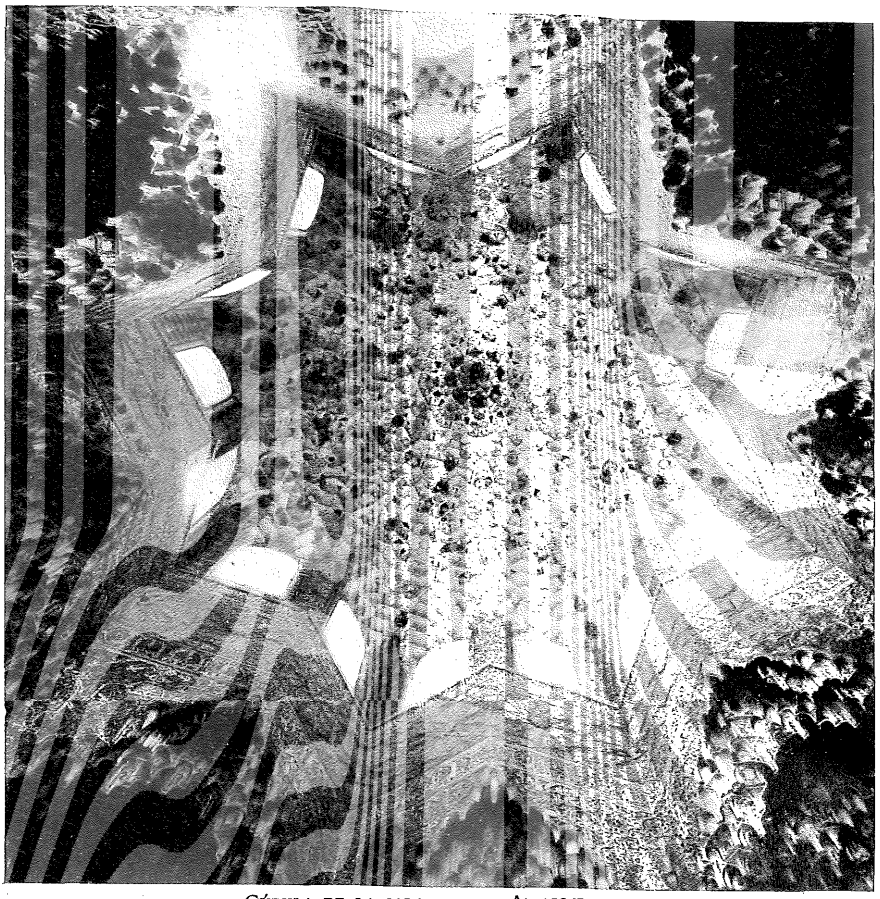
PASADIZO ENTRE EL PATIO DE LOS LEONES Y LA SALA DE LOS ABENCERRAJES.



SALA DE LOS ABENCERRAJES.



PUERTA DE INGRESO A LA SALA DE LOS ABENCERRAJES.



CÚPULA DE LA SALA DE LOS ABENCERRAJES.

dición supone que fueron degollados en ella varios caballeros abencerrajes, por orden de uno de los último reyes granadinos.

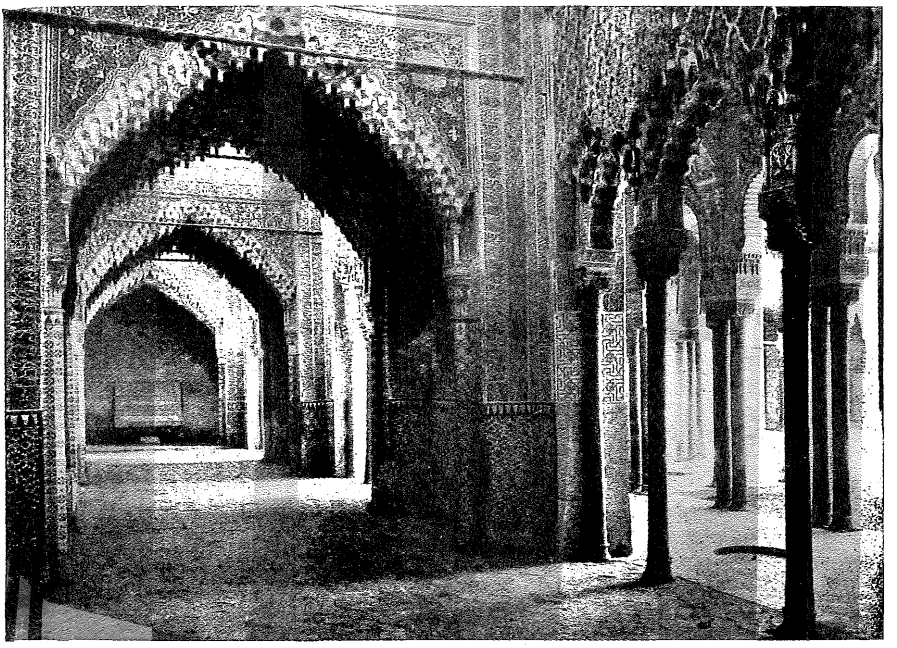
La leyenda tiene un fundamento histórico, pues Hernando de Baeza refiere que en la segunda etapa de gobierno del rey Saad—en el año 1455—, al ir a Granada el destronado Muhammad X el Cojo, refugiado en las Alpujarras, Muley Hasán, hijo de aquel monarca, le armó una celada y lo «truxo al alhambra, y el padre le mandó degollar, y ahogar con una touaja a dos hijos suyos de harto pequeña hedad; y porque al tiempo que lo degollaron, que fué en una sala que está a la mano derecha del quarto

PATIO LLAMADO DEL HARÉN.

de los leones, cayó un poco de sangre en una pila de piedra blanca, y estuvo allí mucho tiempo la señal de la sangre, hasta oy, los moros y los christianos le dizen a aquella pila, la pila en la que degollavan los Reyes». El mismo Baeza cuenta también que más tarde, reinando ya Muley Hasán, levantados contra él los abencerrajes, mandó degollar a muchos; pero no indica el lugar de la ejecución [16].

El patio del Harén.

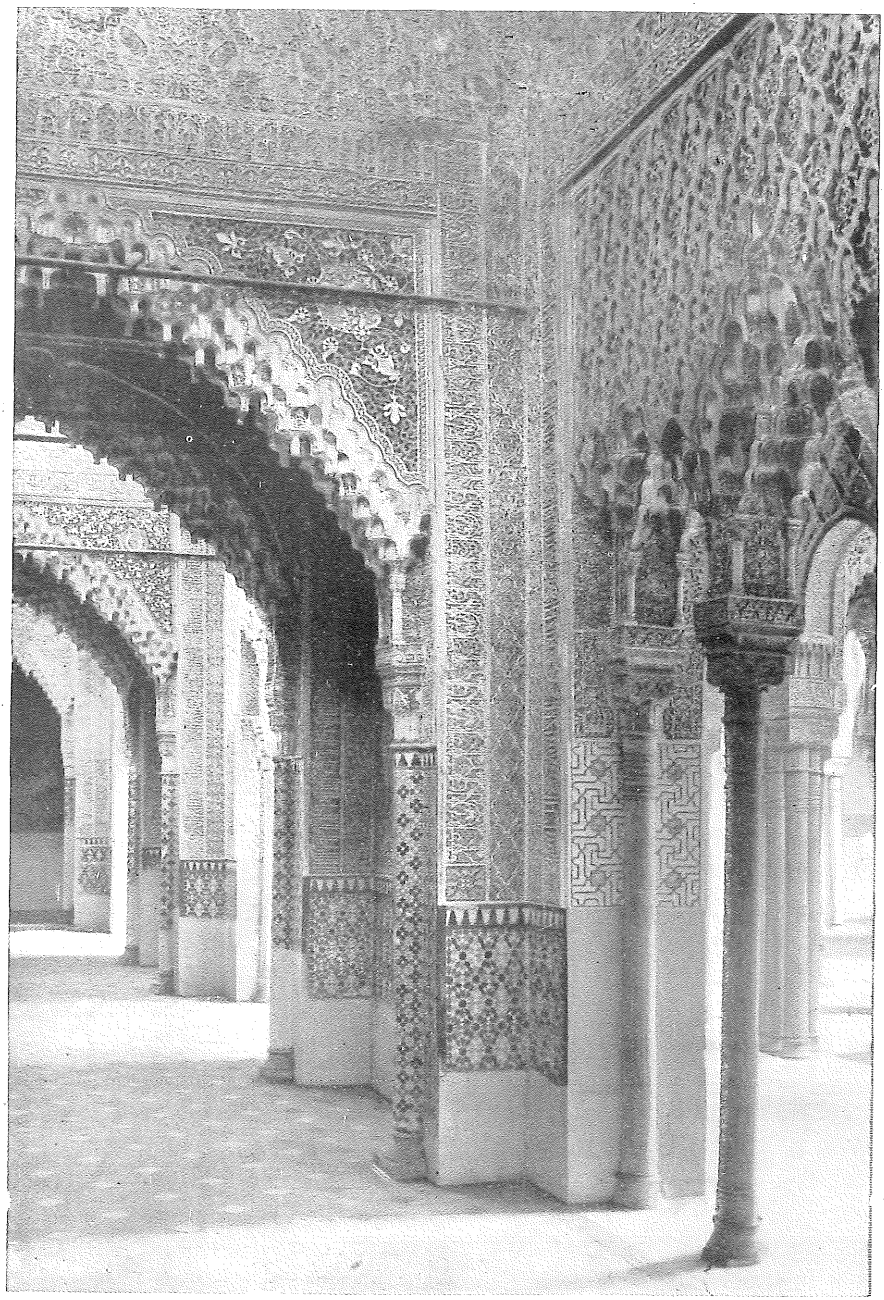
Con este nombre moderno se conoce uno pequeño, en alto, con acceso por la escalera citada que arranca del pasadizo a la izquierda de la puerta de la sala de los Abencerrajes. Está sobre un aljibe y tiene pórticos de tres arcos en sus frentes de oriente y occidente, y muros macizos en los otros dos.



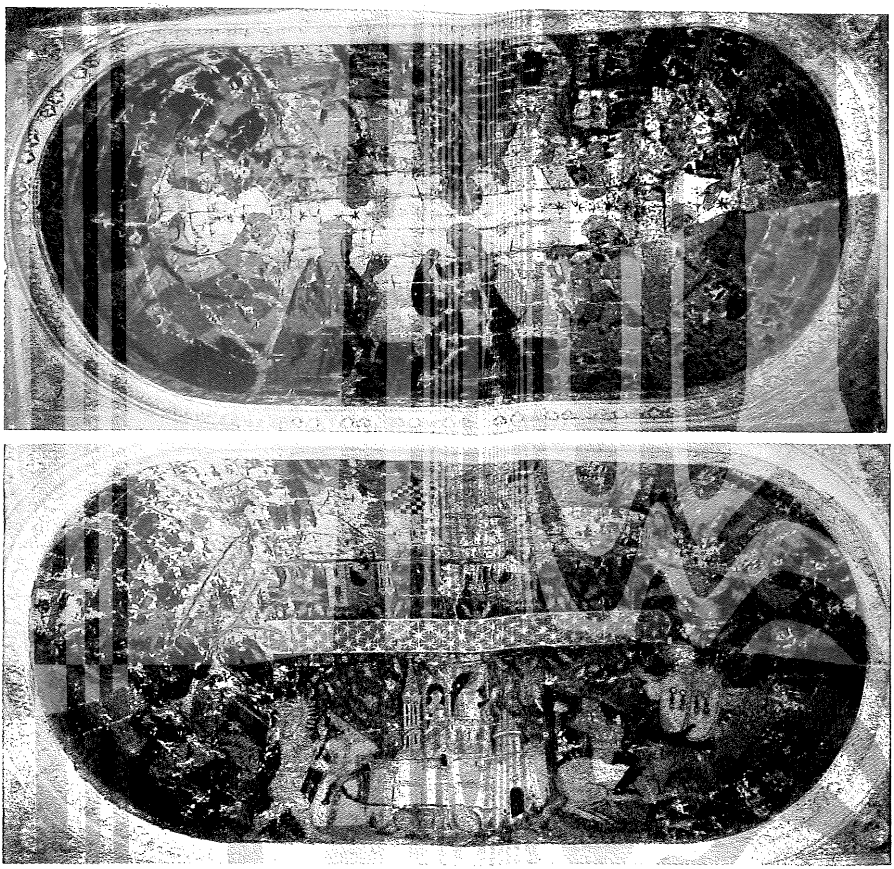
SALA DE LOS REYES.

La sala de los Reyes.

Cierra esta sala a oriente el Cuarto y patio de los Leones. Tres grandes puertas iguales, dividida cada una en otras tantas por finas columnas de mármol, que apean arcos de mocárabes, dan acceso a la *sala de los Reyes* desde la galería del patio de los Leones. Divídenla transversalmente en siete tramos—tres cuadrados, correspondientes a los ingresos, y cuatro más reducidos, rectangulares, dos extremos y dos intermedios—, seis arcos de mocárabes. Los primeros tienen veinte ventanitas semicirculares en el arranque de su cúpula, a modo de linterna, y sobre ellas se levanta la bóveda, también compuesta de mocárabes, que cubren, pero a menor altura y sin huecos de luces, los tramos rectangulares. Al fondo de éstos se abren pequeñas puertas, que dan paso a aposentos abovedados; en el de los tramos cuadrados hay arcos de comunicación con alcobas cubiertas por cúpulas de madera, de forma ovalada, forradas de cuero y pintadas.



VISTA PARCIAL DE LA SALA DE LOS REYES.



BÓVEDAS PINTADAS EN LAS ALCOBAS LATERALES DE LA SALA DE LOS REYES.

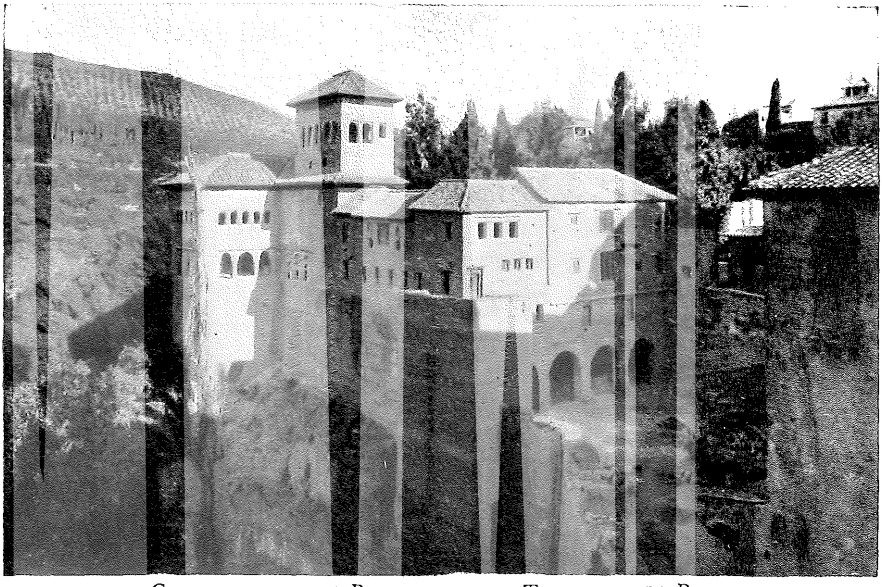
Muchas han sido las hipótesis sobre el autor de estas cúpulas, así como sobre la época a que pertenecen y las escenas representadas en ellas. Indudablemente se deben a un artista de formación occidental, gótica, y a juzgar por la arquitectura y los trajes, italiano o levantino, y se pintarían en los últimos treinta años del siglo XIV o en el primer cuarto del siguiente. En la bóveda de la alcoba central aparecen diez personajes moros, sentados; la hipótesis de que son reyes ha dado nombre a la sala. En las de los laterales representáronse escenas guerreras y caballerescas. Del zócalo de alicatados se conservan muy escasos trozos. El suelo era de losas de mármol, sustituídas hoy por losetas de barro cocido.

UNO DE LOS REYES PINTADOS EN LA BÓVEDA DE LA ALCOBA CENTRAL.

BÓVEDAS PINTADAS EN LAS ALCOBAS LATERALES DE LA SALA DE LOS REYES. DETALLE.

La originalidad de esta sala, a base del empleo de mocárabes para arcos y bóvedas; el ritmo complejo de la composición decorativa y el sabio juego de luces y sombras alternadas, revelan que su autor, seguramente el mismo del patio inmediato, era un excelente artista. El efecto es escenográfico. «Diríase—ha escrito Fernando Chueca—que se trata de una repetición ilimitada producida por un juego ideal de grandes espejos [17].»

Una puerta, en el ángulo sudeste del patio, da paso a unos locales arruinados, entre los que destaca una torre con cúpula de gallones semejante a alguna de las que cubren la puerta de las Armas. Por allí se sale al Partal.



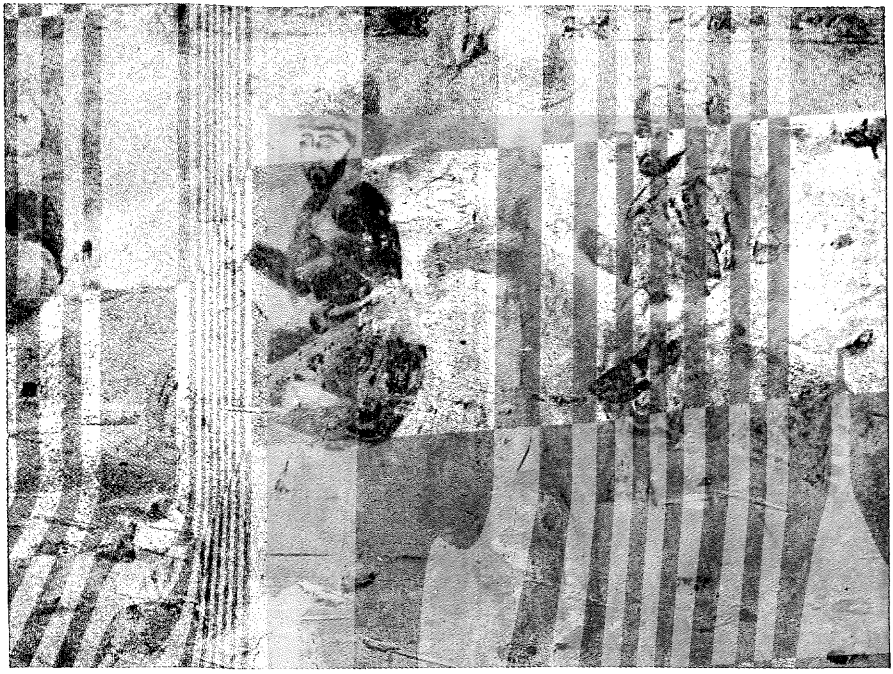
CONSTRUCCIONES DEL PARTAL, DESDE EL TOCADOR DE LA REINA.

V

EL PARTAL Y LAS TORRES

UN foso separaba, al mediodía, el cuarto de los Leones del resto de la Alhambra, algo más elevada por aquella parte. En él está el ingreso a una pequeña capilla arruinada, sepultura de los reyes granadinos [18]. Llamóse, como la mezquita en que se enterró al Profeta en Medina, *Rawda;* es decir, jardín: nombre que recibían en la Península los cementerios particulares de gentes de posición destacada.

La puerta citada del patio de los Leones permite salir al exterior del palacio, hacia oriente, donde hubo jardines, escalonados en paratas para salvar la diferencia de nivel existente entre la parte

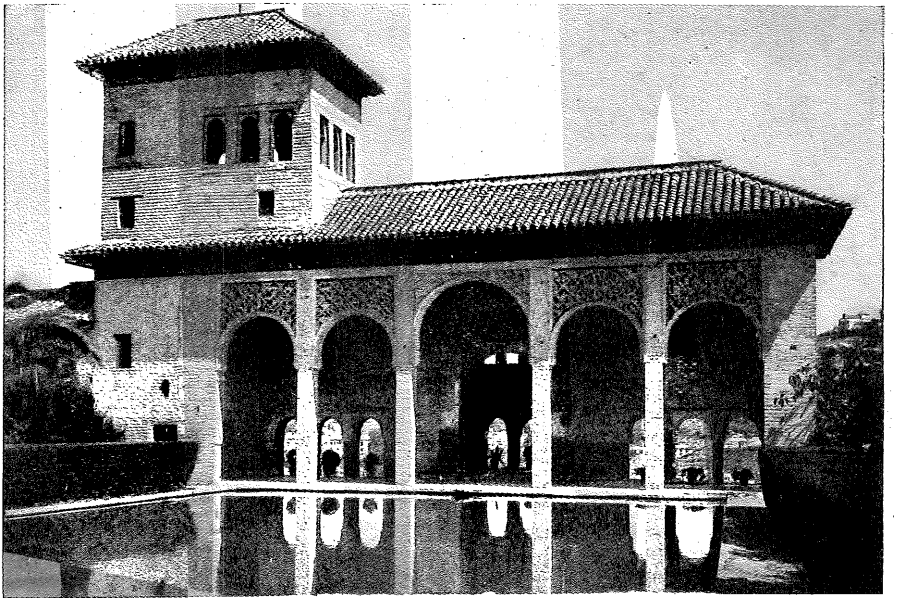


DETALLE DE LAS PINTURAS MURALES DEL PARTAL.

septentrional de la colina, donde se halla enclavada la Casa Real, y la calle en la que se emplazaron la mezquita regia y un Baño inmediato. Se han encontrado en estos lugares restos de muros, alberquillas, escaleras, etc.

Limita al norte *el Partal* la muralla del recinto, continuación de la que arranca de la torre del Peinador. Cabalgan sobre ella, interrumpiendo el adarve, varias casitas musulmanas, que estaban ruinosas y abandonadas en 1922, en trance de desaparición; poco tiempo después, estas pequeñas construcciones fueron reparadas.

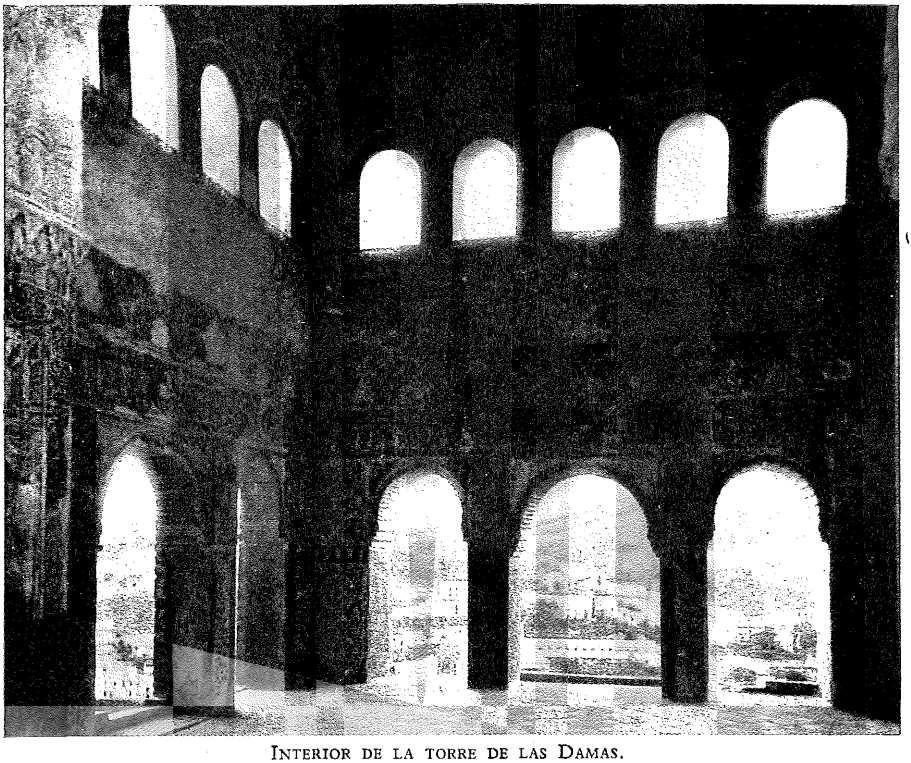
La más oriental tiene techo en forma de artesa, con labor apeinazada de lazo. En los muros interiores de la única habitación de su planta alta se descubrieron, en 1907, pinturas de gran interés. Están hechas a temple, sobre enlucido blanco, y divididas en varios registros, con representaciones de escenas domésticas y militares. Constituyen obra única, de directa filiación oriental.



PÓRTICO DEL PARTAL, LLAMADO TORRE DE LAS DAMAS.

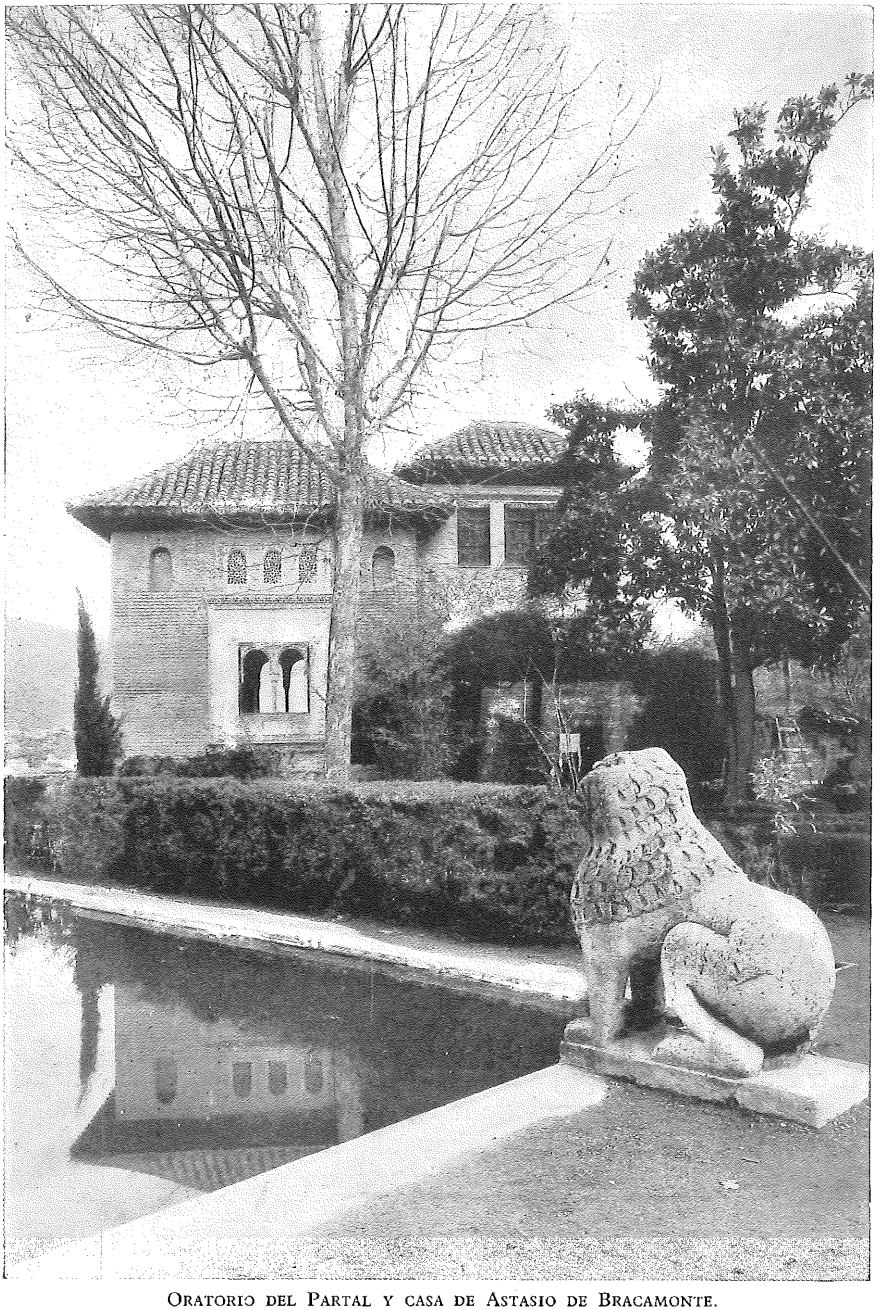
A continuación, medianero con la casa de las Pinturas, se halla el edificio más monumental de este lugar, pórtico—*partal* en árabe—abierto que ha dado nombre al lugar. Modernamente se le llama *torre de las Damas*. Delante hay una gran alberca de 25 por 13,60 metros, en la que se refleja. La surten de agua, además de una pequeña pila que hay bajo el arco central del pórtico, dos leones de mármol, tan estilizados como los doce del patio, procedentes del Maristán, situado en la ciudad, edificio árabe construído de 1365 a 1367, y derribado en el siglo XIX. Forman el pórtico pilares de ladrillo que sostienen dinteles por intermedio de zapatas; pero esta estructura se disfrazó, como de costumbre, colocando cinco arcos de yeso entre los pilares, de los cuales tan sólo el del centro es antiguo.

Después de levantado el pórtico, se le adosó una escalera a la izquierda, para subir a un mirador, construído también por entonces. Posteriormente arrimóse la casita del cuarto de las Pinturas, y fueron edificándose escalonadamente, una tras otra, las que se extienden hacia poniente.



INTERIOR DE LA TORRE DE LAS DAMAS.

El pórtico y la torre, así como el mirador alto, que, a juzgar por su decoración, se construirían en los últimos años del siglo XIII o en los quince primeros del XIV, eran edificaciones inmediatas a los jardines, levantadas para gozar a cubierto del paisaje. De ellas parece ser que huyó Boabdil para levantarse contra su padre Muley Hasán. En efecto, cuenta Hernando de Baeza que aquél vivía con su madre y sus hermanos en el cuarto de los Leones, y habiendo muerto de pestilencia el menor de ellos, la reina solicitó permiso para pasar con sus hijos y gentes a otra casa «que estaua casi junto con aquélla», desde la que se descolgó, en unión de un hermano suyo, con ayuda de una soga atada a un mármol, es decir, a una columna, para reunirse a algunos de sus partidarios, que le esperaban en una acequia, en la halda de la huerta del Generalife [19].



ORATORIO DEL PARTAL Y CASA DE ASTASIO DE BRACAMONTE.

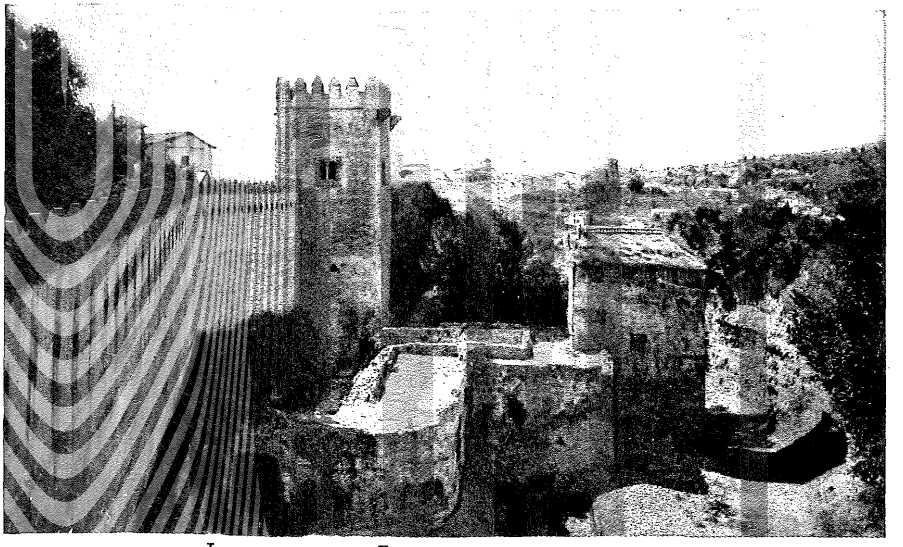
VENTANA GEMELA Y «MIHRAB» EN EL ORATORIO DEL PARTAL.

El oratorio del Partal [20].

Junto al pórtico, y a su oriente, sobre el adarve de la muralla, interrumpiéndolo, construyóse una pequeña edificación destinada a *oratorio*, que se halla adosada a una casita algo más vieja.

Inmediata a la fortaleza de torres y murallas, con sus rojizos lienzos desnudos, contrasta notablemente esta pequeña y elegante construcción, abierta por varios huecos, reflejándose hacia mediodía en las tranquilas aguas de la alberca contigua.

Vivienda y oratorio están hoy día casi totalmente desnudos de su decoración exterior, y profanado el segundo por la añadida en una restauración de hace cien años. Un alicer y canecillos tallados muy salientes coronaban los muros del oratorio. Flanqueaban su puerta dos pilastras que recibían el guardapolvo de canecillos inclinados hacia arriba, como los del alero, destinado a



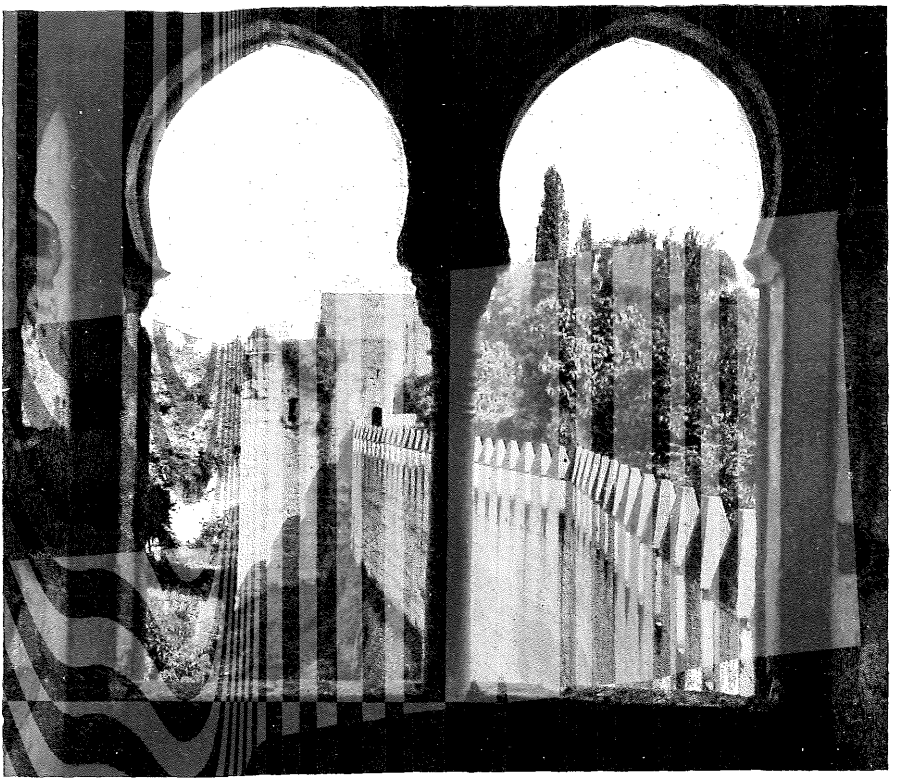
La torre de los Picos y el baluarte inmediato.

servir de protección a las yeserías que en otro tiempo la decoraban, de las que en la actualidad quedan muy escasos restos.

El interior es una sala rectangular, de 4,16 por 3 metros, con un *mihrab* a su fondo, frente a la puerta, orientado al sudeste. Una delicada ornamentación policroma de yeso, escayola, madera y barro vidriado adornaba sus muros y techo. A juzgar por los elementos decorativos auténticos que subsisten—otros fueron agregados cuando la restauración citada—, cuya mayor semejanza es con los de la torre de la Cautiva, se levantaría el oratorio a la par que ésta; es decir, en el reinado de Yusuf I.

La torre de los Picos.

Siguiendo la muralla hacia oriente, se llega a una torre, coronada de almenas, con repisas o mensulones volados para matacanes en la parte alta de algunas de sus esquinas. Nómbrase, a causa de ellos, *de los Picos*, y a su pie está la puerta por la que, tras cruzar otra algo más allá de un baluarte para artillería agregado en el siglo XV, desembócase al barranco que separa por este

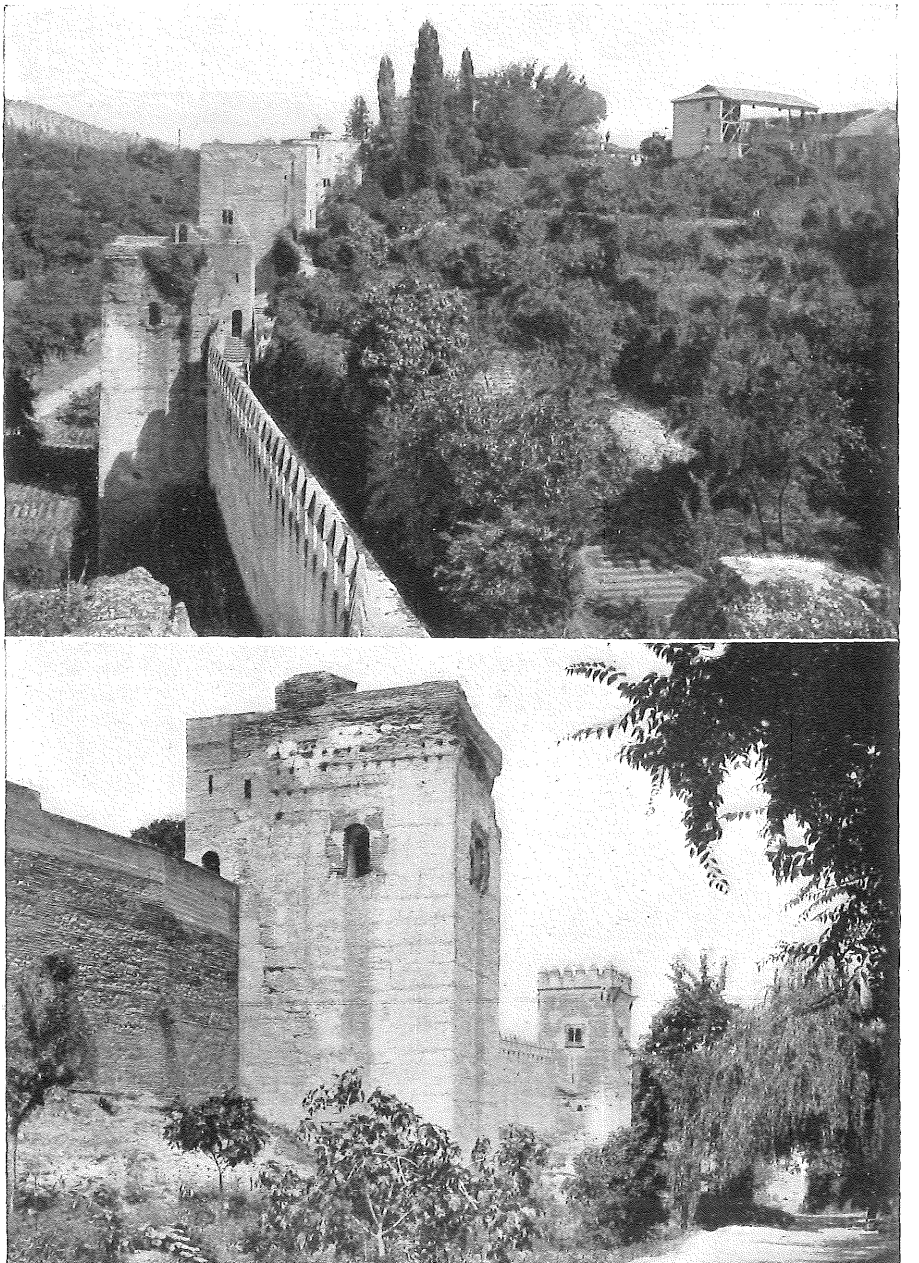


LAS TORRES DEL CANDIL Y DE LA CAUTIVA, DESDE LA DE LOS PICOS.

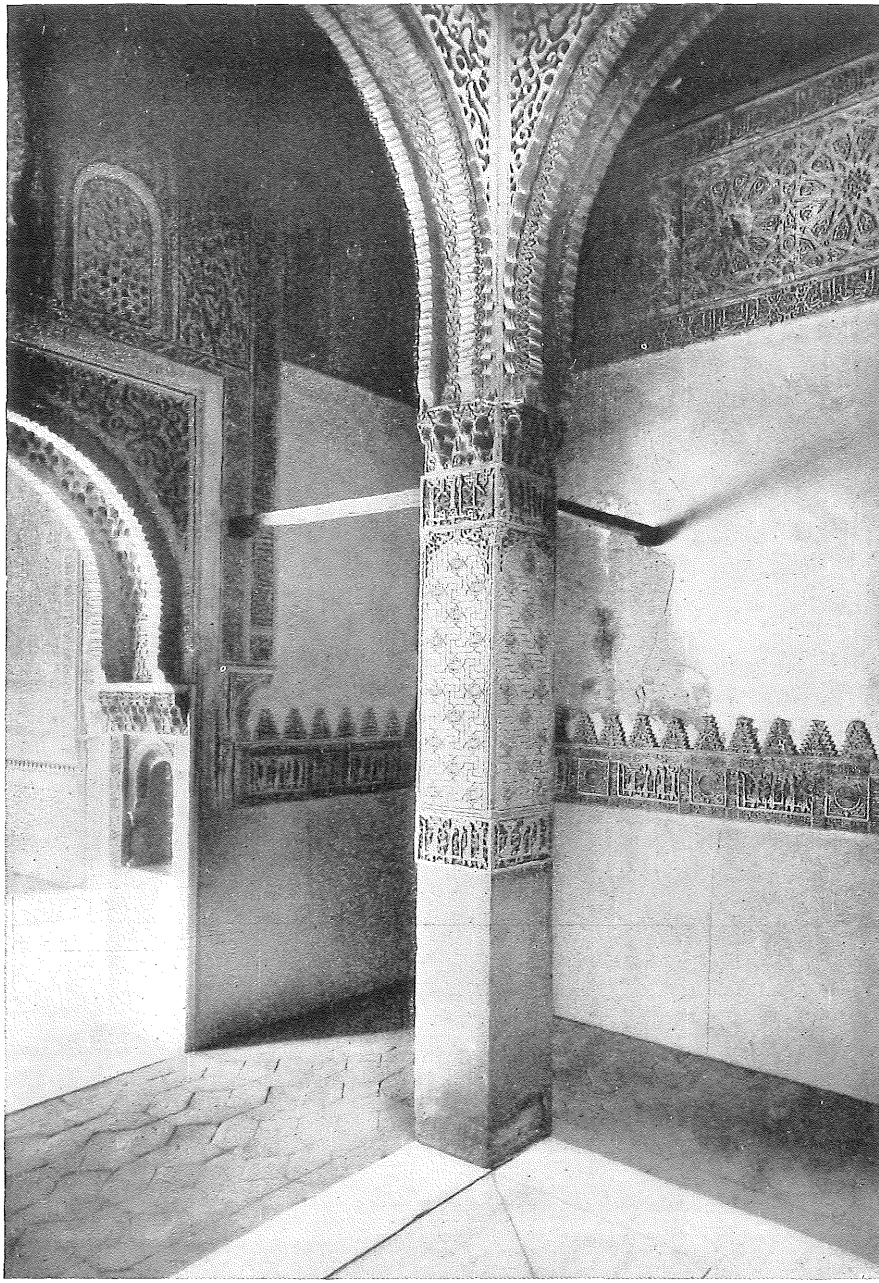
lado la Alhambra del Generalife. La puerta del mencionado baluarte, llamada *de Hierro*, se reconstruyó en tiempo de los Reyes Católicos, y ostenta el escudo de estos monarcas.

La torre de los Picos tiene tres plantas; la más elevada, cúbrese con bóveda de gruesas ojivas cilíndricas, de abolengo cristiano. Idéntica es la filiación de las tres ventanas gemelas por las que recibe luz, labradas en piedra, con molduración gótica que no alcanzan a disfrazar los arcos de herradura y el alfiz.

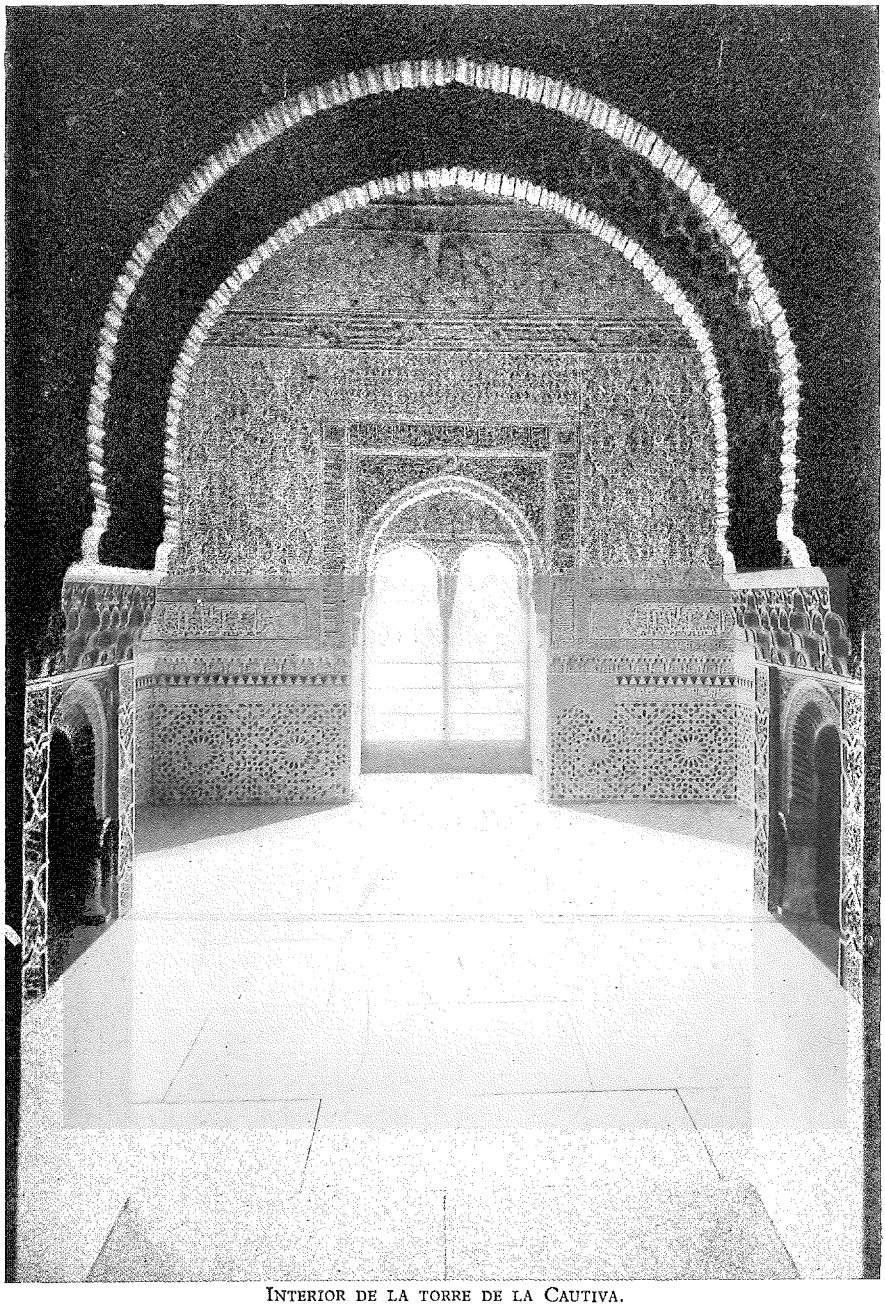
A la existencia de obreros cristianos en la Alhambra en 1365-1366 se refiere Ibn al-Jatib. Cuenta que fueron los encargados de llevar a Castilla el cadáver del infante don Juan *(sic)*, muerto en 1319, en un combate en la vega de Granada, después de estar algún tiempo sobre una puerta de ésta [21].



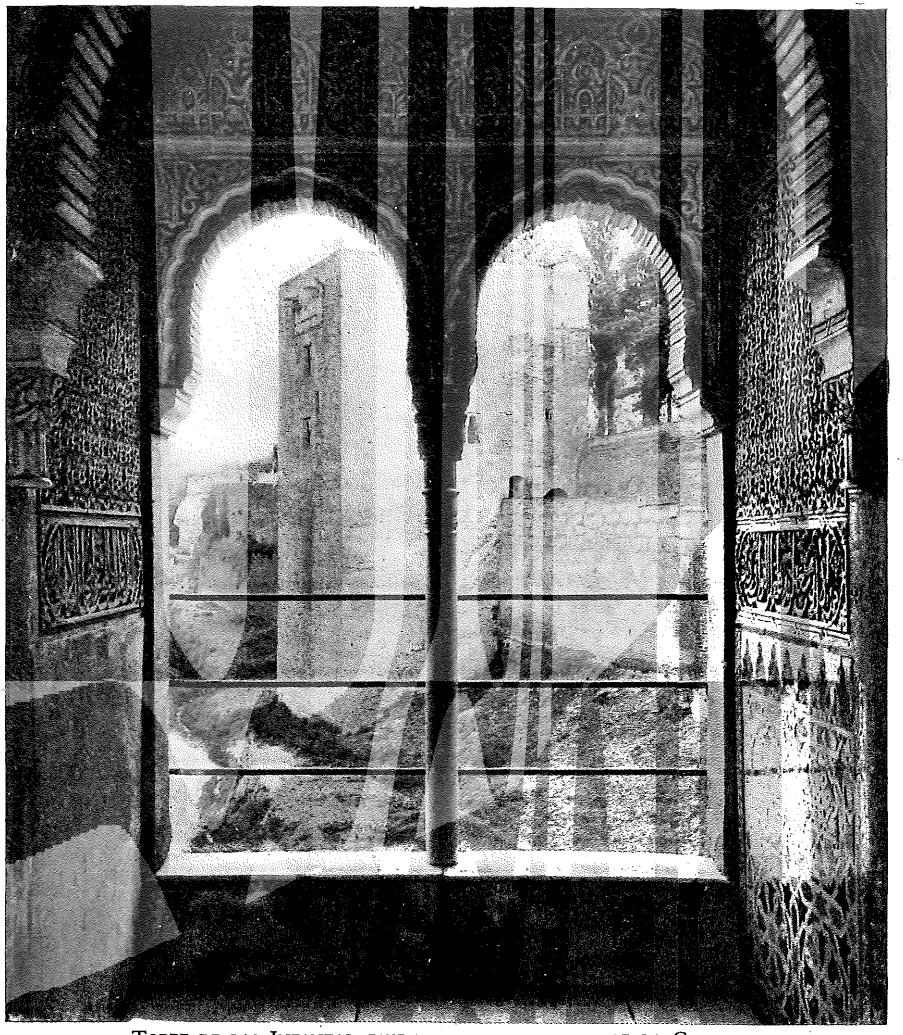
TORRES DEL CANDIL, DE LA CAUTIVA Y DE LAS INFANTAS. - TORRES DEL CANDIL Y DE LOS PICOS.



PATIO DE LA TORRE DE LA CAUTIVA.



INTERIOR DE LA TORRE DE LA CAUTIVA.



TORRE DE LAS INFANTAS, DESDE EL INTERIOR DE LA DE LA CAUTIVA.

La torre de la Cautiva.

El recorrido por el adarve, tras la torre de los Picos, constituye uno de los paseos más sugestivos de la Alhambra. De frente aparecen las cumbres de Sierra Nevada, blancas casi todo el año; a la derecha, tras el foso interior situado al pie de la muralla,

en el que crecen lozanas plantas parásitas, se ven las huertas y jardines que rodean el ex convento de San Francisco. A la izquierda están, en primer término, la muralla y las torres, cuyos bermejos lienzos tan sólo interrumpen algunos pequeños huecos gemelos y el barranco que separa la Alhambra del Generalife, sobre el cual se escalonan las paratas con las huertas de éste. Más arriba, los pabellones y frondosos jardines del último, por encima de los cuales prosigue el cerro, ya desnudo de vegetación.

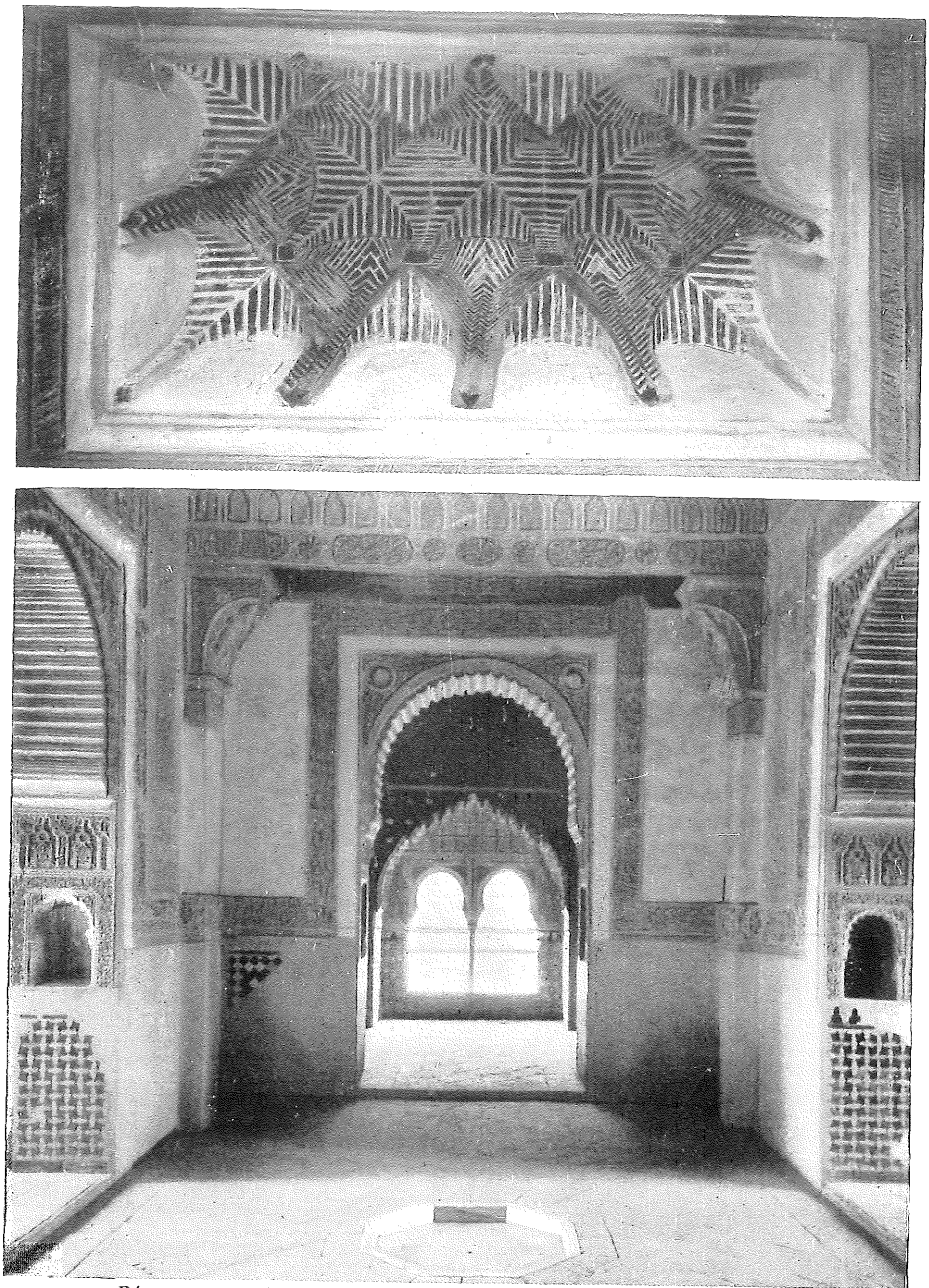
Continuando por el adarve, la primera torre que se encuentra es una pequeña, llamada *del Candil.* La siguiente llámase, desde el siglo pasado, *de la Cautiva.* En torno de ella se han tejido numerosas leyendas. El camino de ronda la atraviesa por un estrecho pasadizo abovedado. Sus muros exteriores son lisos. Llégase a su puerta por un arco que salva el foso. Pavimentos y techo del interior de su sala proceden de una restauración del siglo pasado. Las yeserías antiguas subsistentes son de excelente arte, así como el zócalo, de alicatados de cerámica vidriada, con cintas blancas, sobre fondos de colores—melado, purpúreo, verde, celeste, negro y rojo—de muy original traza y coloración. Por arriba lo limita una faja, con inscripción alcoránica de letras celestes sobre fondo blanco, y encima hay todavía otra de pequeñas almenas blancas sobre fondo azul.

Las inscripciones de sus adornos de yeso aluden a Yusuf I, en cuyo tiempo se construiría.

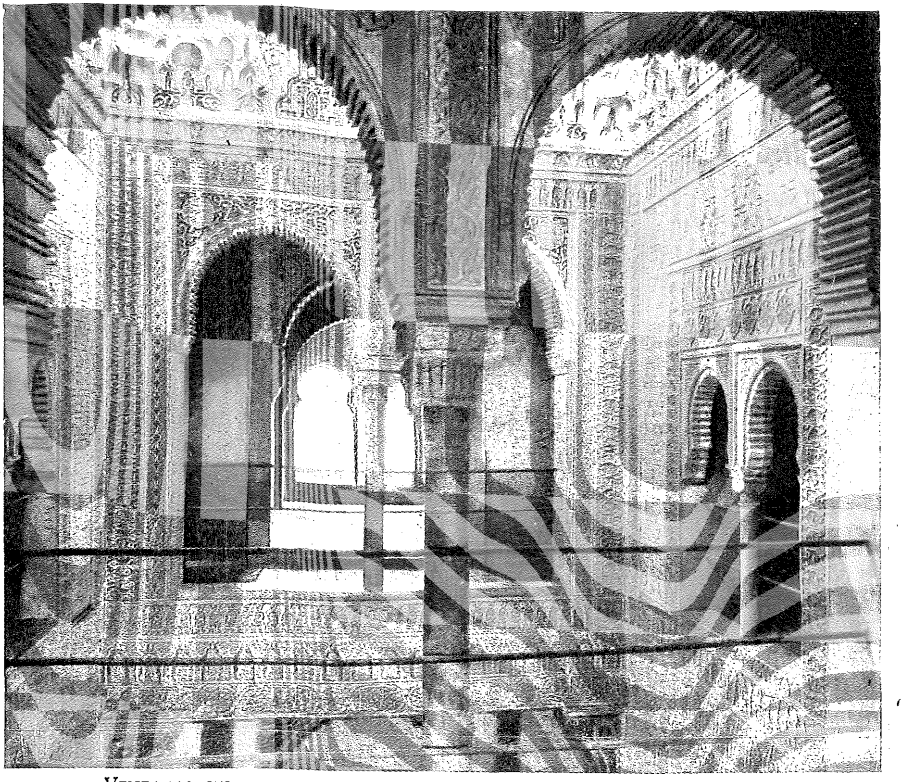
La torre de las Infantas.

La torre siguiente, más grande, se llama *de las Infantas* desde el siglo XVII. Álzase en parte sobre el foso interior, que salva mediante una bóveda de medio cañón. El adarve la cruza, lo mismo que a la de la Cautiva, por un angosto paso abovedado.

Pasada la puerta, se penetra en un pasadizo cubierto con una curiosa bóveda de grandes mocárabes, que conservan aún su revestido primitivo, pintado imitando ladrillo. Tras triple recodo desemboca en un reducido patio rectangular, cubierto por una linterna octógona, moderna, sobre trompas de mocárabes. Tiene ventanas en cada uno de sus frentes. Al techo actual, de madera, obra ejecutada por los restauradores de la pasada centuria, parece



BÓVEDA DE MOCÁRABES Y PATIO CUBIERTO EN LA TORRE DE LAS INFANTAS.



VENTANAS GEMELAS EN EL PATIO CUBIERTO DE LA TORRE DE LAS INFANTAS.

que precedió una cúpula de mocárabes. En el centro del patio completa armoniosamente el conjunto una fuentecilla de mármol.

La puerta frontera a la de entrada al patio da paso a una estancia con arcos de festón en los costados—sus albanegas ostentan el escudo nazarí dentro de hexágonos—, determinando alcobas laterales. Conserva restos del alicatado de los zócalos, formado por piezas vidriadas blancas y negras, con dibujo de estrellas. En los muros que limitan el patio, a derecha e izquierda, sendas puertas comunican con una habitación estrecha y larga a cada lado.

La decoración de esta torre difiere marcadamente de todas las restantes de la Alhambra. Sus motivos, pobres y repetidos, revelan notable decadencia. Algunas albanegas tienen por único adorno estrellas lisas, como era corriente en los monumentos grana-

PUERTA DE LOS SIETE SUELOS.

dinos del siglo XV. Las inscripciones ensalzan a Abu Abdallah al-Musta'in bi-llah, nombre común a dos monarcas granadinos. Por los caracteres artísticos—afirma Gómez-Moreno—, será el segundo, llamado Saad (1445-1451).

La puerta de los Siete Suelos.

La parte sudeste del recinto de la Alhambra, a partir de la torre de las Infantas y hasta la de la Justicia, fué volada por las tropas de Napoleón al retirarse de Granada en 1812. Un español, soldado veterano e inválido, cortó la mecha, impidiendo de tal suerte que la bárbara destrucción alcanzase mayores proporciones.

Una de las partes que más sufrieron de la voladura fué la *puerta de los Siete Suelos*, por lo que se halla en ruinas; pero grabados anteriores a esa fecha permiten conocer su disposición. Los árabes la llamaban *Bid al-gudur*, o sea *puerta de las Albercas*.

La ruina, soledad y belleza del emplazamiento de esta puerta, las leyendas tejidas en torno a ella, y su abandono, fueron muy gustados por los viajeros y artistas románticos del siglo XIX, que la describieron y dibujaron profusamente.

Una antigua tradición dice que por ella salió Boabdil para abandonar definitivamente la Alhambra, entregada la ciudad a los Reyes Católicos, quedando desde entonces murada, por deseo del vencido monarca. Reprodúcela un grabado de la obra *Civitates orbis terrarum*, fechado en 1564, con el epígrafe: *Porta castri granatensis semper clausa*. En otro lugar de la misma se la llama *puerta Cerrada*.

En el siglo XV se antepuso a la puerta un baluarte semicircular para artillería. Consta de dos pisos abovedados con medios cañones anulares y claraboyas y troneras para los cañones. Llenos de escombros, envueltos en misteriosa oscuridad, rodeados exteriormente por higueras, zarzas y yedras, estos pisos dieron nombre a la puerta desde el siglo XVII, por suponerse que había otros cinco enterrados. El escenario era propicio para la creación de consejas y leyendas.

EL GENERALIFE [22]

PARA gozar de mayor soledad y apartamiento y de más íntimo contacto con la naturaleza, construyeron los príncipes granadinos una serie de palacios, escalonados en la verdura, en las laderas y en la cima del cerro comprendido entre el Darro y el Jenil, prolongación a oriente del de la Sabika.

De todos estos alcázares situados por encima de la Alhambra, tan sólo se conserva el Generalife, emplazado a nordeste y a poca distancia de la colina Roja. Su creación fué posible, como se dijo, gracias a la Acequia Real, cinta de agua a la que se debe también la Alhambra con sus fuentes, albercas y jardines. A los restantes palacios y casas de recreo, más altos, se llevó el agua con ayuda de costosos y complicados mecanismos. Abandonados éstos, tan sólo, en el siglo XVI, unos cuantos murallones ruinosos y unas matas sedientas de arrayán recordaban el emplazamiento de tan deliciosos vergeles.

De oasis podría calificarse el Generalife, con mayor justicia que la Alhambra, pues las laderas de ésta carecían casi totalmente de vegetación, y dentro de los muros de su cerca, como prueba la parte excavada, las construcciones se agrupaban próximas, dejando escaso espacio para jardines.

En el Generalife los edificios eran pocos y de reducidas dimensiones, y grande, en cambio, la superficie ocupada por huertas y jardines, pues tenía—y aún, por fortuna, conserva—este doble carácter, específicamente musulmán: junto a plantas cultivadas

sin otra utilidad que la desinteresada del goce visual y del olfato, se extendían, en feliz contraste, huertas de verduras, pobladas de árboles frutales. El Alcorán describe el paraíso islámico como un jardín frondoso, de verdor sombrío, refrescado por aguas corrientes, con frutales, granados y palmeras, en el que los bienaventurados, sobre tapices y cojines de brocado verde, descansan en pabellones, entre huríes y mancebos celestiales [23]. Auténtica anticipación de ese eterno lugar de delicias parecería a loss eñores de la Alhambra el jardín granadino, que aun hoy, alterado y disminuído, es, sin hipérbole, uno de los más hermosos que existen.

La belleza de la Huerta del Rey, el Generalife, palabra que, según Hernando de Baeza, significa «la más noble y subida de todas las huertas»—«huerta que par no tenía», dice el viejo y conocido romance de Abenámar—, era proverbial desde poco después de su construcción. El visir Ibn al-Jatib pondera la frondosidad de sus árboles, que no dejaban penetrar los rayos del sol; el encanto de sus aguas corrientes, y el aire dulce y fresco que allí se disfrutaba [24]. Trono de Granada le llama, en una de sus composiciones, Ibn Zamrak, el poeta que dejó sus versos escritos en los muros y fuentes de la Alhambra.

Arquitectónicamente, el Generalife se reduce a dos pequeños patios de ingreso, de humilde arquitectura rural, como de cortijo, y a otros varios mayores y más decorados, en los que, entre pabellones y muros, quedan los jardines encerrados. Constituye, por lo tanto, una manifestación bien expresiva de la afición de los musulmanes a limitar el espacio. Pero aquí no se trata de una vivienda en la que la fragmentación y la clausura parecen obligadas por las características de la vida islámica, sino de una extensión considerable de terreno, lejos de toda casa habitada, en lugar no expuesto a miradas indiscretas.

Cualquier occidental hubiera trazado para este jardín regio largas avenidas que llegaran al horizonte, formadas por filas de árboles desplegados como soldados en formación, por las que pudieran desfilar séquitos dilatados y majestuosas comitivas, y excavados grandes estanques, espejo de edificios monumentales. Pero nunca habría dividido el terreno en pequeños compartimientos, en una serie de jardines cerrados, húmedos y sombríos, por cuyos paseos apenas caben dos personas, una al lado de otra.

INGRESO MODERNO AL GENERALIFE.

PASEO DE LOS CIPRESES, EN EL GENERALIFE.

JARDINES ALTOS DEL GENERALIFE.

Perspectivas tiene, sí, el Generalife; pero, en lugar de las abiertas de los jardines europeos, son lejanas, percibidas desde lugares altos y encuadradas en arcos de intradós festoneado, rotos en muros en los que la fuerte policromía de la decoración desempeñaba un papel capital. En sus salas, lo mismo que en sus paseos y miradores, dispuestos para el reposo y la contemplación individuales, no cabe más que un número muy reducido de gentes.

El sentido íntimo del arte nazarí, rama original desgajada del de Oriente, no aparece en ningún lugar tan claramente manifiesto como en estos pequeños jardines, perfectamente adaptados al suelo y al clima, combinación de plantas olorosas, de flores de colores brillantes, de frutos, de boscajes densos animados por innumerables fuentes.

En el Generalife todo es sencillo, reducido, íntimo. No hay nada—arquitectura o naturaleza acondicionada por la mano del hombre—que trate de asombrar con pretensiones de magnifi-

cencia o de monumentalidad. El agua, que en los jardines franceses e italianos es un elemento decorativo más, pero distante, aquí surge de infinidad de pequeños surtidores y corre por estrechos canalillos que cruzan por todas partes, íntimamente mezclados a la vegetación y a la arquitectura. En la renovación constante de las estaciones del año, conserva el Generalife una vida que a veces parece faltar a las vacías salas de la Alhambra.

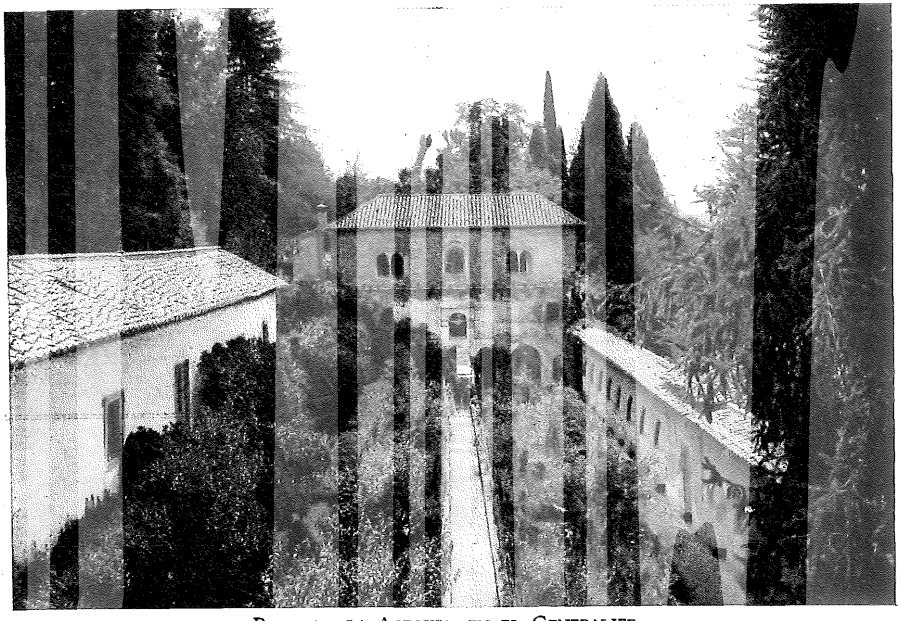
La antigua subida.

Para ir al Generalife desde el cuarto de los Leones de la Alhambra, el monarca saldría por la puerta excusada que hay en el ángulo sudeste de su patio. Cruzando frente al pórtico que dió nombre al Partal, llegaría, por el ingreso situado al pie de la torre de los Picos, a la barrancada que separa la Alhambra de la Huerta Real y que baja hacia el Darro en pendiente rápida. Unos cuantos pasos más arriba, frente a la torre del Candil, está una puerta de arco, de ladrillo, entrada hasta hace aproximadamente un siglo al Generalife.

Los patios bajos.

Un segundo tramo de callejón pendiente conduce a una puerta de arco agudo, ingreso a un patio pequeño y modestísimo, como de casa de labor, con naves a los costados. En el muro frontero, otra puerta permite penetrar en un pórtico o galería de cinco arcos lisos, de ladrillo, como todos, que, con otros a los costados, reconstruídos hace pocos años, limitan tres de los lados de un segundo patio. Cierra el cuarto un alto muro y el costado de una nave muy elevada en su centro, en la que se abre, en lo alto de una gradería, también de ladrillo, la puerta principal.

Ingrésase por ésta en un zaguán, con poyos para los soldados, y friso de labores de escayola bajo el alfarje o techo horizontal holladero. A la izquierda arranca una escalera que conduce, por una puerta con arco de escayola, al testero meridional de un patio largo y estrecho, por cuyo centro corre una acequia.



PATIO DE LA ACEQUIA, EN EL GENERALIFE.

La entrada actual: el paseo de los Cipreses.

El acceso descrito al Generalife se sustituyó, hace aproximadamente un siglo, por otro que ofrece muy diferente carácter.

La puerta actual ábrese a la izquierda del camino que bordea el muro de mediodía del recinto amurallado de la Alhambra, fuera y por encima de ésta. Tras una cancela de hierro, a poca distancia, comienza un paseo estrecho, bordeado por magníficos cipreses, a los que acompañan adelfas en la última parte de su recorrido. Al andarlo, de vuelta, en sentido inverso, las cumbres más elevadas de Sierra Nevada se ven en la lejanía, encuadradas entre el verde oscuro de los cipreses. No cabe negar belleza a este paseo, que recuerda otros de jardines italianos; pero su efecto escenográfico pugna con todo el espíritu íntimo y recatado del Generalife islámico.

La doble fila de cipreses centenarios conduce al pie de un pabellón de ladrillo descubierto, de tres plantas, sin carácter monu-

El patio de la Acequia, desde el pabellón septentrional.

GALERÍA DEL PATIO DE LA ACEQUIA, CON LA ALHAMBRA AL FONDO.

mental, en cuyo costado se abre, en un plano más bajo, la puerta con dintel de cerámica de la entrada antigua antes descrita. Esta parte ha sufrido muchas transformaciones, por lo que no es fácil evocar su aspecto primitivo.

El patio de la Acequia.

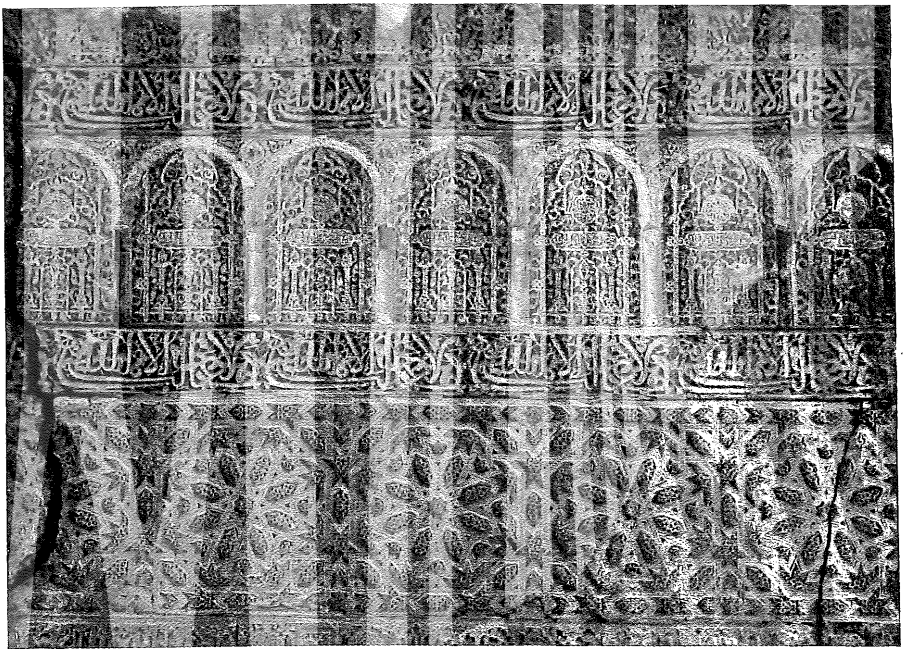
Tiene este patio rectangular, modernamente llamado *de la Acequia*, por cruzar la Real por su centro, 48,70 por 12,80 metros. Cierran sus lados menores, a sur y norte, pabellones con pórticos sobre columnas, de cinco arcos, el septentrional, y de tres el del mediodía. Limítalo a oriente un muro de contención de tierras, que lo separa de los jardines altos, y una nave de aspecto no muy antiguo, y en el frente opuesto una arquería de dieciocho arcos ligeramente agudos. Uno de los dos centrales sirve de ingreso a un pequeño mirador avanzado, abierto cada uno de sus tres lados restantes por otras tantas ventanas y ricamente deco-

INGRESO AL MIRADOR CENTRAL DEL MURO QUE CIERRA A PONIENTE EL PATIO DE LA ACEQUIA.

rado con atauriques de yeso que conservan de su decorado vestigios de colores rojo y verde y fondo azul en las inscripciones [25].

La techumbre que lo cubre es moderna. En el muro norte apareció, al levantar hace varios años unos enchapados de yesería, una decoración más vieja y menuda, de traza y policromía distintas, semejantes a otras del ex convento de San Francisco de la Alhambra y del mirador alto de la torre de las Damas. Sus inscripciones cursivas destacan sobre fondo rojo, limitando paños con labores de lazo, cuyas cintas azules forman estrellas de ocho puntas, de fondo rojo, rellenas de ataurique.

Tuvo el muro, en el que se abren los dieciocho arcos, mayor altura que en la actualidad, y lo remataba un friso de madera con inscripción cúfica y alero protector de las labores de escayola extendidas bajo él, de todo lo cual quedan vestigios en su extremo septentrional, junto al pórtico. A este muro se le adosó por la parte de afuera, poco antes de 1671—entonces se la llamaba *nueva*—, una galería ampliamente abierta por arcos que se corresponden



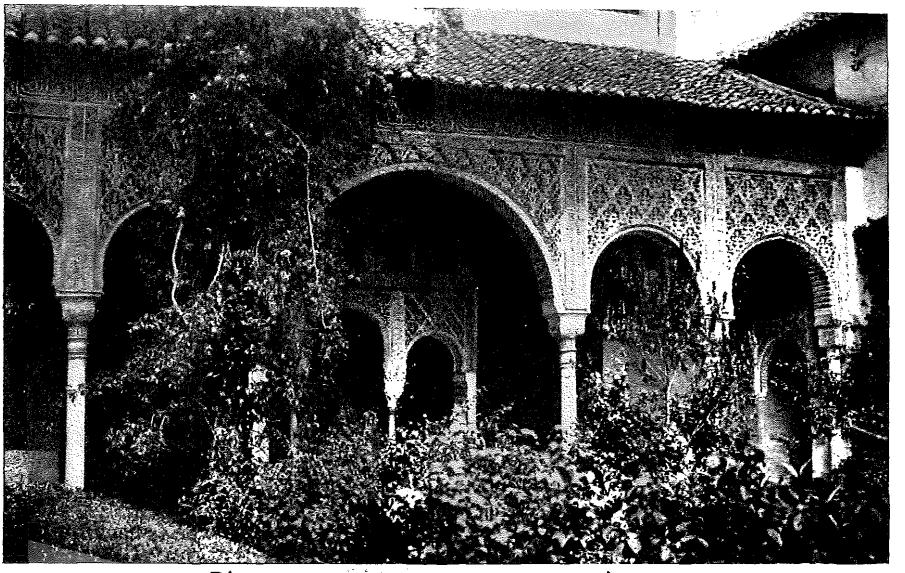
YESERÍAS DEL MIRADOR CENTRAL DEL MURO DE PONIENTE DEL PATIO DE LA ACEQUIA.

con los del muro viejo. Dichas obras obligaron a mutilar dos de las ventanas del mirador, para dar paso a la mencionada galería.

Al pie de la galería así formada extiéndense paratas que van descendiendo hasta el barranco que bordea la muralla septentrional de la Alhambra. Desde aquélla y el mirador se domina toda la colina Roja, parte de la ciudad y la vega.

Por el eje del patio corre, descubierta, conforme se dijo, la Acequia Real, bordeada por múltiples surtidores, «que entrecruzan sus sierpes transparentes», según metáfora de un poeta hispanomusulmán, y en sus extremos se derraman en dos tazas de piedra. Setos de arrayanes, naranjos, cipreses, rosales y otras plantas de flor extiéndense a ambos lados de la acequia.

En el fondo del patio se abren los cinco arcos del pórtico septentrional, mayor el del centro que los restantes, y tras él levántase una pesada construcción de dos pisos altos, con ventanas, el inferior, y abierto casi totalmente el de encima. Edificáronse por orden de la Reina Católica, a partir de 1494, sobre el pabellón

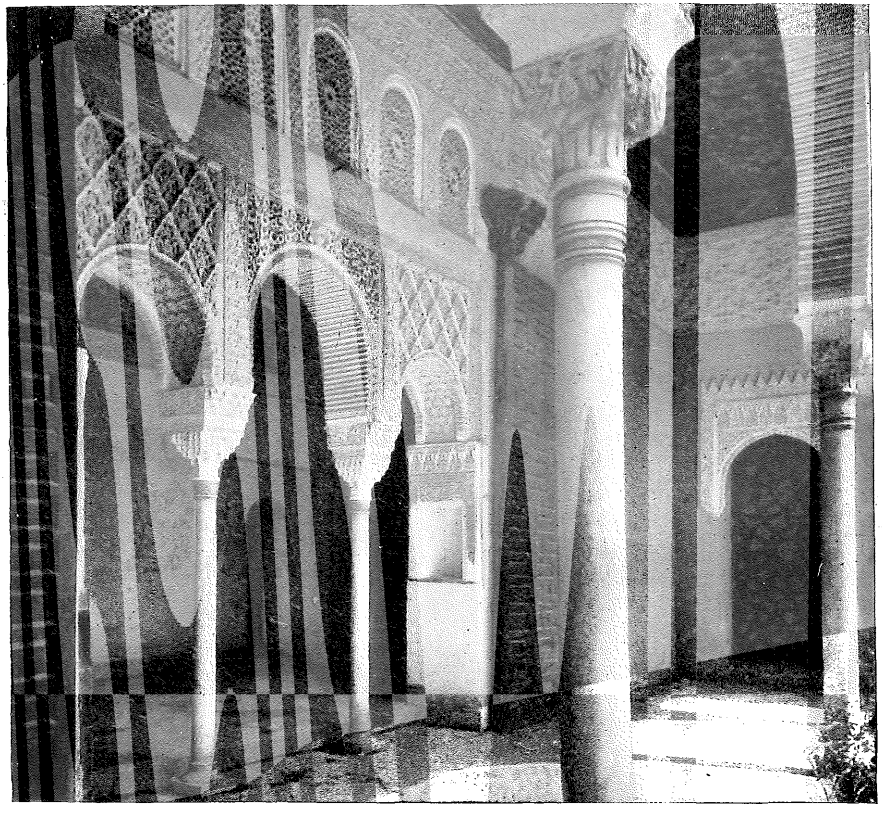


PÓRTICO SEPTENTRIONAL DEL PATIO DE LA ACEQUIA.

musulmán situado al fondo del pórtico, integrado antes únicamente por una sala transversal y una torre. Otra, a la izquierda, que contiene la escalera, y alguna construcción más de época posterior, contribuyen a desfigurar el primitivo aspecto de este edificio. Antes de 1494, el patio, no tan abrumado por las edificaciones que lo rodean, quedaba más íntimamente unido al paisaje y a los jardines inmediatos.

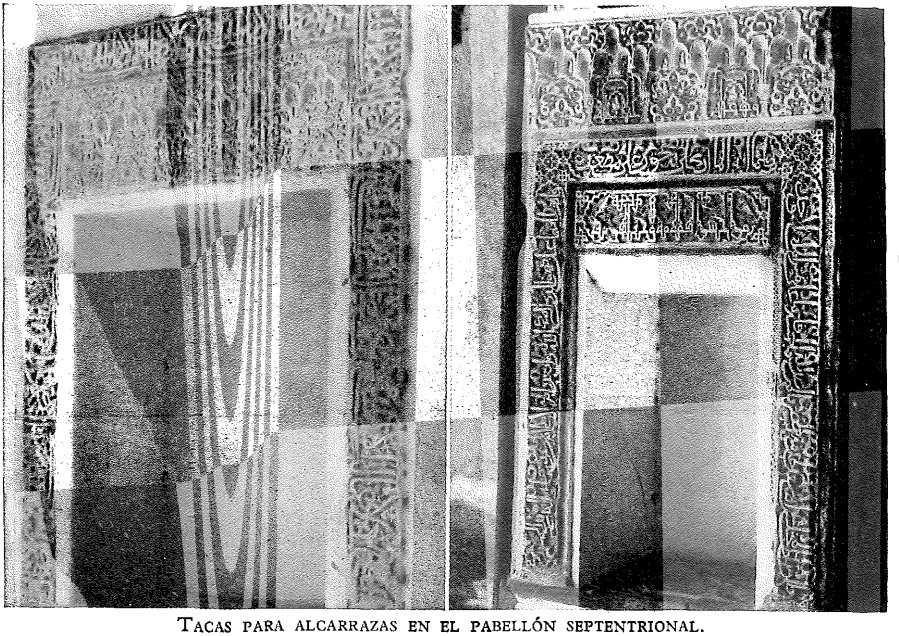
Los cinco arcos del pórtico tienen albanegas de rombos calados, de escayola, y columnas de mármol. Su techo es horizontal, de lazo que forma octógonos inscritos en estrellas, algunos llenos de mocárabes. En los costados se abrían alacenas, de las que tan sólo se conserva la de la izquierda, con rica bóveda de mocárabes de yeso. En el fondo del pórtico hay tres arcos, de medio punto y peraltados, sobre dos columnas de mármol con capiteles de mocárabes. Adornan las albanegas del central hojas lisas, asimétricas, mientras que las de los laterales tienen rombos calados. Encima hay cinco ventanitas semicirculares, con celosías de yeso en ambas caras.

Recuadra los arcos, a modo de alfiz, una inscripción en letra cursiva, poema alusivo a la renovación de los adornos y fábrica



INTERIOR DEL PÓRTICO SEPTENTRIONAL DEL PATIO DE LA ACEQUIA.

por el cuidado y diligencia de Abu-l-Walid, o sea Isma'il, sin duda el primero de este nombre—reinó de 1314 a 1325—, en el «año de la victoria de la religión y del triunfo». Probablemente se refiere a la conseguida por los nazaríes en 1319, en la vega de Granada, que costó la vida a los infantes castellanos don Juan y don Pedro. Las tacas que hay en las jambas, en el grueso del muro nombran también a Abu-l-Walid y aluden a las jarras con agua que acostumbraban tener en esas alacenas [26]. La construcción del Generalife ha de fecharse, pues, antes de ese año de 1319, en el que se renovó la decoración: en los últimos del XIII o en los primeros del XIV. De entonces serán, probablemente, las yeserías aparecidas en el mirador del patio



TACAS PARA ALCARRAZAS EN EL PABELLÓN SEPTENTRIONAL.

de la Acequia, bajo otras que, como todas las restantes, hermanan, por sus características, con las fechadas indirectamente en 1319.

Mide la entrada, a la que el triple arco sirve de ingreso, 13,10 metros, incluídas las alcobas de sus extremos, atajadas por arcos de mocárabes. En su frente hubo balcones, deshechos los centrales al adosar posteriormente la torre avanzada sobre la pendiente ladera que desciende al Darro, cuyos muros laterales interceptan parte de dos de los intermedios. Su techo es una armadura de par y nudillo, sin tirantes, decorada con lazo sencillo y pinturas moriscas. Arranca sobre un friso de mocárabes de escayola.

La torre, tal vez añadida o agrandada por Isma'il, tiene un balcón de arco semicircular en cada uno de sus frentes, con ventanitas encima. El resto de los muros está cubierto de yeserías. El techo, de madera, en forma de artesa, decoróse con labor de lazo [27].

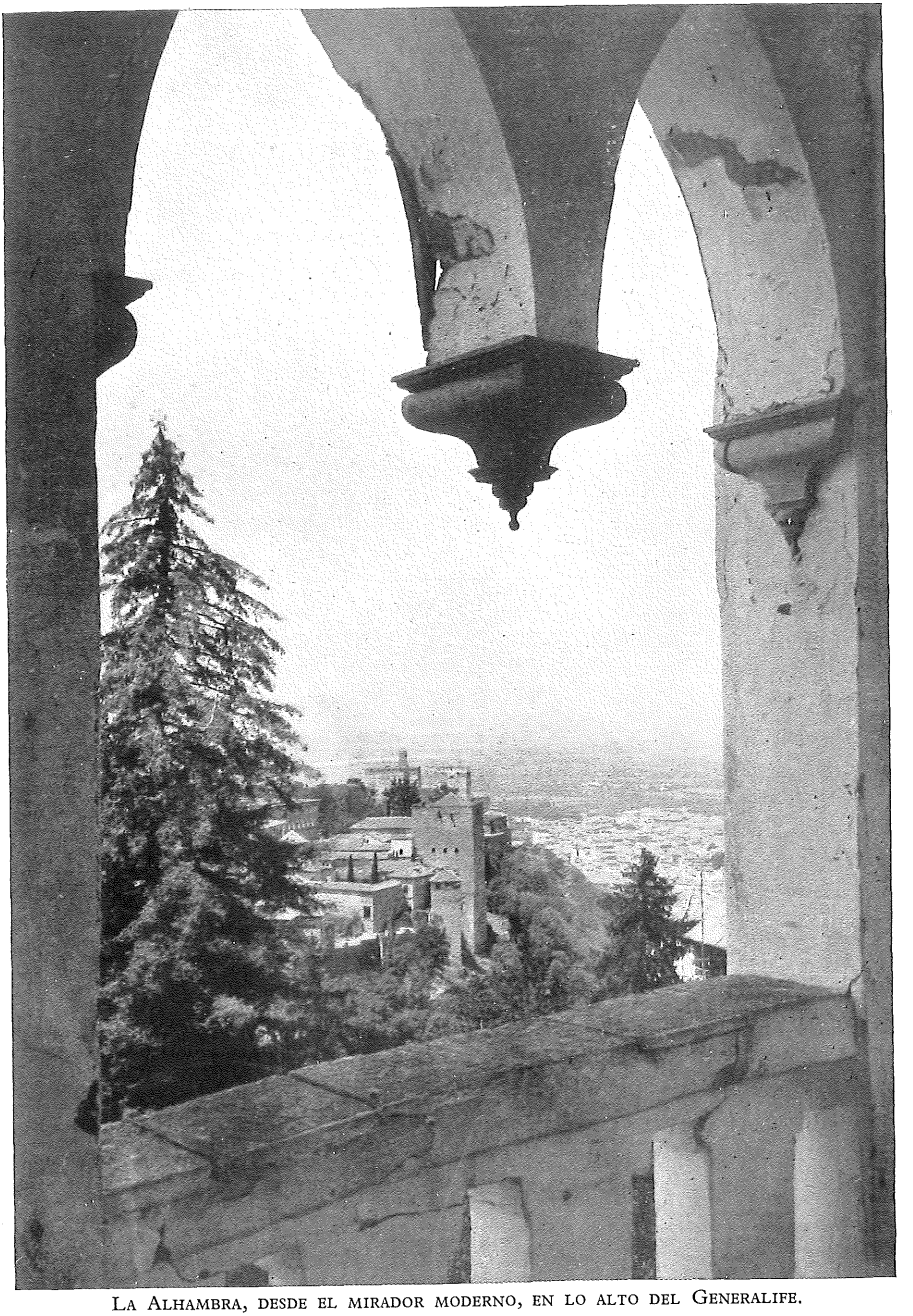
La vista desde los tres balcones es tan admirable como la que se goza desde los restantes miradores, pero de mayor adustez. Al pie de ella hay otro jardín cerrado, con fuente y surtidor en

EL ALBAICÍN, DESDE LOS JARDINES DEL GENERALIFE.

el centro, que—hubiera dicho un poeta musulmán—«apedrea al cielo con estrellas errantes, que saltan como ágiles acróbatas». Los muros en torno, calados por algunos arcos, están cubiertos de vegetación. Mucho más abajo aparece el cauce del Darro, encajonado entre colinas yermas hasta que, después de separar las que sirven de asiento a la Alhambra y la Alcazaba vieja, desemboca en la llanura de la vega, donde se une al Jenil.

El patio de los Cipreses.

En el muro del fondo de la alcoba de la derecha de la sala que precede a la torre se abre la puerta moderna de paso a un patio de nivel algo más elevado. Llámase *de los Cipreses*, por los



La Alhambra, desde el mirador moderno, en lo alto del Generalife.

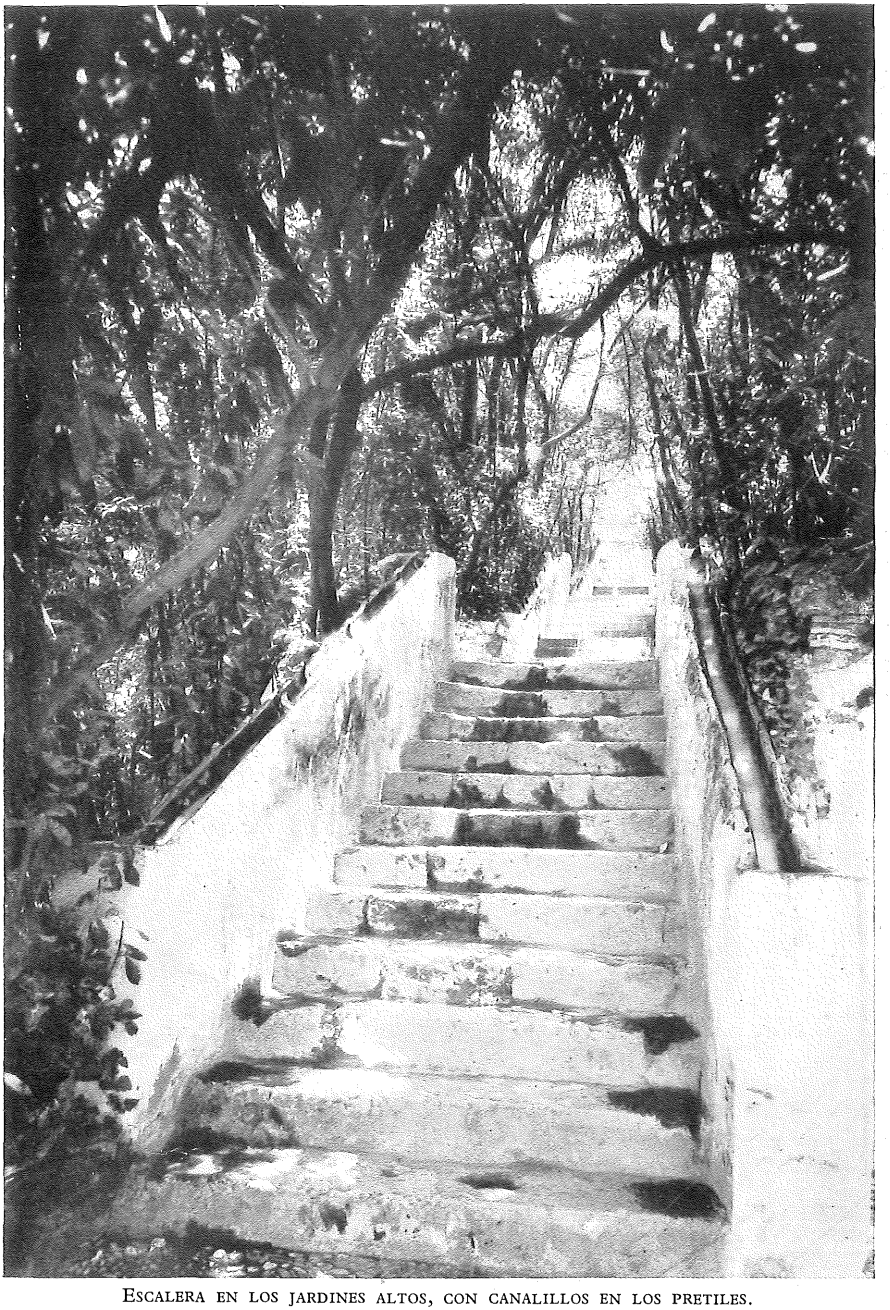
centenarios que en él se conservan y han dado origen a repetidas leyendas, derivadas de relatos novelescos de Ginés Pérez de Hita. Un ciprés, abrumado de años, ya casi seco, lo llaman de la Sultana, por suponer que bajo él sorprendieron en íntimo y amoroso coloquio a una reina granadina con un caballero abencerraje, hecho que dió lugar al descabezamiento de varios de éstos.

La puerta primitiva de comunicación del patio de la Acequia con el de los Cipreses se conserva junto al pórtico norte del primero y corresponde con otra en el muro frontero, paso ésta a una escalera que desciende a los jardines bajos.

Aparte, tal vez, del ciprés multisecular, ignórase si algo más queda en el patio de la época musulmana. Ciérralo, al norte, una galería de dos pisos, levantada de 1584 a 1586. Su planta es rectangular, y el centro lo ocupa una alberca en forma de U, en medio de la cual se dispuso otra pequeña, hace poco más de un siglo. Surtidores colocados en sus bordes, y el de una fuentecilla central de piedra, elevan sus finas y brillantes lanzas de agua, y las rodean setos de arrayán y cuadros con adelfas reales y otras plantas y flores. Este patio, umbrío, cubierto de exuberante vegetación, refrescado por el agua de sus albercas y surtidores, es lugar de gratísima estancia en los días calurosos. Será el que Navaggiero describe como un prado con algunos árboles, bellísimo—dice—, que se podía inundar por conductos ocultos bajo los pies de los que en él estaban, imprevistamente mojados.

Los jardines altos y la escalera con canalillos en los pretiles.

Por ancha y pesada escalera de piedra, construída en el siglo pasado, y que desentona en este lugar, se sube desde el patio de los Cipreses a las paratas más elevadas de los jardines, cuyo trazado es relativamente moderno. En su extremo oriental se conserva otra escalera, dividida en tres tramos, con mesetas circulares intermedias y pequeñas pilas provistas de surtidores en su centro. Limítanla pretiles de fábrica, ahuecados por arriba en forma de canales, por los que baja rápida y ruidosa el agua, y la cubre espesa bóveda de laureles y avellanos.



ESCALERA EN LOS JARDINES ALTOS, CON CANALILLOS EN LOS PRETILES.

JARDINES ALTOS DEL GENERALIFE.

FUENTE EN LOS JARDINES ALTOS DEL GENERALIFE.

Entre las diversas partes de estos jardines, efímeros y cambiantes, como todos, esta escalera, tan sencilla, a cuyo atractivo contribuyen el agua corriente y la vegetación, puede asegurarse que conserva la misma forma general que tuvo en época musulmana. Acudiremos de nuevo, para comprobarlo, al testimonio de Navaggiero, visitante del Generalife en 1526, cuando no habían transcurrido más que treinta y cuatro años desde la conquista de Granada: «En la parte más elevada de estos sitios, y en un jardín, hay una ancha escalera, que sube a un pequeño llano, ... labrada con tal arte, que los peldaños están ahuecados para poder recibir el agua, y los pretiles que por ambos lados la limitan tienen canales en su parte superior, y como en lo alto hay llaves que dan agua a cada una de estas partes, cuando se quiere, ábrese la de la que

corre por lo alto de los pretiles, o la de la que se derrama por los peldaños, pudiéndose también abrir todas a la vez, aumentando el caudal de tal suerte, que inunda por completo la escalera y se mojan los que por ella suben, haciéndose de este modo varios juegos y burlas [28].»

En lo más alto se construyó en 1836 un mirador de varios pisos.

Alonso de Herrera se refiere, en su *Libro de Agricultura*, editado en Alcalá de Henares en 1539, a las «curiosas formas que pueden tomar los arrayanes, tendiéndolos como en el palacio real de Granada y en casa de Generalife». El dato es de singular interés, pues demuestra que ese procedimiento de decoración de jardines se empleaba ya en los hispanomusulmanes. Ignoramos si a los italianos llegó desde éstos o lo recibieron directamente de Oriente.

De modo muy imperfecto se puede por medio de palabras dar idea de un edificio; pero aún es más difícil evocar con su ayuda un jardín. Ni con el auxilio de los excelentes grabados que acompañan a estas páginas se percibirá el encanto íntimo y sutil de la *huerta*—palabra menos presuntuosa que la de *jardín*—de nostalgias que es el Generalife de Granada.

NOTAS

[1] SIMONET, Francisco Javier: *Descripción del reino de Granada* (Madrid, 1860), p. 45; *Tratado de los reyes de Granada y su origen*, compuesto por Fernando DEL PULGAR, en el *Semanario Erudito*, t. XII (Madrid, 1788), p. 72.

[2] GÓMEZ-MORENO, Manuel: *Palacio del emperador Carlos V en la Alhambra*, en la *Revista de España*, 1885; GÓMEZ-MORENO, Manuel: *Las águilas del Renacimiento* (Madrid, 1941), ps. 126-137.

[3] La mejor y más detallada descripción de la Alhambra, a pesar de los años transcurridos desde su publicación, sigue siendo la de la *Guía de Granada* (Granada, 1892), ps. 22-164. Muy breve es la de su hijo M. GÓMEZ-MORENO, en *Alhambra*, I y II, de la colección «El Arte en España», números 5 y 17 (Barcelona, s. a.).

[4] *Itinerarium Hispanicum Hieronymi Monetarii*, 1494-1495, edic. de Ludwig PFANDL, *Revue Hispanique*, XLVIII, New York (París, 1920); Jerónimo MÜNZER, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*, versión del latín por Julio Puyol, *Bol. de la Real Acad. de la Hist.*, LXXXIV, Madrid, 1924, p. 88.

[5] GARCÍA GÓMEZ, Emilio: *Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra* (Madrid, 1943), p. 65.

[6] BAEZA, Hernando de: *Las cosas que pasaron entre los reyes de Granada*, en *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada* (Madrid, 1868), ps. 8 y 19.

[7] GARCÍA GÓMEZ, p. 70.

[8] GASPAR REMIRO, Mariano: *Correspondencia diplomática entre Granada y Fez (siglo XIV)*. Granada, 1916, ps. 261-270.

[9] BAEZA, ps. 42-43.

[10] MÜNZER, p. 88.

[11] TORRES BALBÁS, L.: *Paseos por la Alhambra: La Torre del Peinador de la Reina, o de la Estufa*, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, núm. 21. Madrid, 1931, ps. 193-212.

[12] MÁRMOL CARVAJAL, Luis del: *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, segunda impresión, t. I. Madrid, 1797, ps. 26-27.

[13] TORRES BALBÁS, Leopoldo: *El patio de los Leones*, en *Arquitectura*, XI. Madrid, 1929, páginas 3-11.

[14] MARÇAIS, Georges: *Remarques sur l'esthétique musulmane*, en *Annales de l'Institut de Études orientales*, Faculté des Lettres de l'Université d'Alger, IV. París, 1938, ps. 64-69.

[15] GARCÍA GÓMEZ, ps. 77-79.

[16] BAEZA, p. 5.

[17] CHUECA GOITIA, Fernando: *Invariantes castizos de la arquitectura española*. Madrid, 1947, lámina II, *a*.

[18] TORRES BALBÁS, L.: *Paseos por la Alhambra: La Rauda*, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, núm. VI. Madrid, 1926, ps. 261-285.

[19] BAEZA, ps. 19-20.

[20] TORRES BALBÁS, Leopoldo: *El oratorio y la casa de Astasio de Bracamonte, en el Partal de la Alhambra*, en *Al-Andalus*, X. Madrid, 1945, ps. 440-449.

[21] IBN AL-JATIB: *Ihata* (edic. Cairo), I, ps. 230-231; manuscrito árabe núm. 37 de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, publicado por el P. Melchor M. ANTUÑA: *Una versión árabe compendiada de la «Estoria de España» de Alfonso el Sabio*, en *Al-Andalus*, I. Madrid, 1933, p. 148.

[22] TORRES BALBÁS, Leopoldo: *Con motivo de unos planos del Generalife de Granada*, en *Al-Andalus*, V. Madrid, 1939, ps. 436-445.

[23] GARCÍA GÓMEZ, Emilio: *Un ensueño pendiente de un hilo*, en el *A B C* del 7 de marzo de 1947.

[24] MAQQARI: *The History of the Mohammedan dynasties in Spain*, adaptación de Pascual de Gayangos, II. Londres, 1843, p. 360.

[25] Transformaron el mirador en capilla hace bastantes años, tapando las ventanas y agregando un cuerpo a poniente. Derribé éste y restauré el mirador en el año 1932.

[26] NYKL, A. R.: *Inscripciones árabes de la Alhambra*, en *Al-Andalus*, V, Madrid, 1936, páginas 193-194.

[27] A un lado y otro de la torre agregáronse sendas salas en época posterior a la Reconquista, que derribé en 1927-28 y 1932.

[28] FABIÉ, Antonio María: *Viajes por España de Jorge de Einghen, del Barón León de Rosmithal de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*. Madrid, 1879, ps. 284-285.